REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

VI OCTUBRE-DICIEMBRE NÚM. 4
1944

TITUTO DE FILOLOGÍA
ULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
VERSIDAD DE BUENOS AIRES

HISPANIC INSTITUTE
DEPARTMENT OF HISPANIC LANGUAGES
COLUMBIA UNIVERSITY

UENOS AIRES • NUEVA YORK

REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

El Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y el Hispanic Institute in the United States de la Columbia University, de Nueva York, editan conjuntamente la Revista de Filología Hispánica en Buenos Aires y la Revista Hispánica Moderna en Nueva York, ambas complementarias en su objeto común de estudiar y difundir la cultura hispánica. Se publican trimestralmente. La Revista de Filología Hispánica contiene artículos y notas sobre temas de literatura española, exceptuada la época moderna; sobre el español de la Península y de América; sobre el portugués, con especial referencia al Brasil; estudios teóricos y de métodos; información crítica, en reseñas y crónicas; una bibliografía clasificada. La Institución Cultural Española de Buenos Aires, que tiene entre sus fines el fomento de esta clase de estudios, colabora con el Instituto de Filología contribuyendo a sufragar los gastos de la Revista.

DIRECTOR : AMADO ALONSO

REDACTORES

Ángel J. Battistessa	Instituto de Filología
Américo Castro	Universidad de Princeton
Fidelino de Figueiredo	Universidad de São Paulo
Pedro Henríquez Ureña	Instituto de Filología
Hayward Keniston	Universidad de Michigan
Irving A. Leonard	Universidad de Michigan
Marcos A. Morínigo	Universidad de Tucumán
S. G. Morley	Universidad de California
T. Navarro Tomás	Universidad de Columbia
Federico de Onís	Universidad de Columbia
José A. Oría	Universidad de Buenos Aires
Ricardo Rojas	Universidad de Buenos Aires
Ángel Rosenblat	Instituto de Filología
Rudolph Schevill	Universidad de California
Eleuterio F. Tiscornia	Instituto de Filología

Redactor bibliográfico : José Famadas, Universidad de Columbia

Secretarios : Raimundo Lida y María Rosa Lida, Instituto de Filología

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN Y VENTA

Anual : 4 dólares norteamericanos; número suelto, 1 dólar

Países de habla española y portuguesa : 10 pesos argentinos; número suelto 2,50 pesos argentinos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

INSTITUTO DE FILOLOGÍA
SAN MARTÍN 534
BUENOS AIRES, ARGENTINA

HISPANIC INSTITUTE
435, WEST 117th STREET
NEW YORK, ESTADOS UNIDOS

REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

AÑO VI NÚM. 4

ROMANCES JUDEO-ESPAÑOLES DE MARRUECOS

XXXVII

EL COCHIITO [1]

(RICO FRANCO)

A casa iban, a casa,
cabayeros con el rey,
que ni hayaban la casa,
ni hayaban que traer.
Arrimáransé a un castío
enforrado en oropel;
dentro estaba una donzeya,
hija era de un mercader,
que no la daba su padre
ni por bienes ni haber,
ni por monedita de oro
que se trataba en un mes.
Dióselá a un rico fraile,
rico fraile aragonés;
ya yoraba la infanta,
lagrimás de cuatro en tres.
— No yoredeis, la infanta,
no yorís, tomay plazer;
si yoras por el tu padre,
el mi carselero es;
si yoras por la tu madre,
la mi cozinera es;
si yoras por tus hermanos,
yo los matí a todos tres.
— No yoro a padre ni a madre,
ni a hermanitos todos tres;
yoraba una dezventura,
y atán negra que me fué.
Daca aquí ese cochiito,
cochiito aragonés;
cortaré de mis cabeyos
dezde un palmo hasta tres;
se los mandaré a mi madre,
que yore y tome plazer.
Por tomarle de al derecho,
le tomara de al revés;
por cortar de sus cabeyos,
cortó cabesa del rey.

Título y versos 29 y 30 : *cochiito*, diminutivo de *cochío* = *cuchillo* en el dialecto; en cuanto a las terminaciones *-ío, -ía*, por *-illo, -illa*, véanse las *Observaciones lingüísticas*.

Verso 29 : *daca*, usual en el dialecto, como en el español clásico y todavía en partes de España y de América.

Esta versión del viejo romance de *Rico Franco* es notable por su conformidad con la del siglo XVI (*Primavera*, 119), no sólo en la marcha del re-

[1] Transcripción : z = *s* sonora; J = *j* fr.; x = *sh*.

lato y en los detalles, exceptuando alguna que otra adición o interpretación vulgar (versos 8-12, 19-22), sino aun en las expresiones. Sobre todo, se ha conservado en nuestra versión el comienzo de la antigua ; Menéndez Pidal (*Catálogo,* 85) observa la misma particularidad en su versión tangerina ; las demás versiones modernas, y en particular la de Andrinópolis (Danon, 11), ignoran ese comienzo con la caza infructuosa, tan difundido en el romancero (véase el comentario de nuestro romance I).

En realidad, la relación entre este comienzo, si es primitivo, y el episodio principal, ya no es muy explícita en la versión antigua ; para enlazarlos hay que suponer, sin que el texto lo diga, ni lo haga entender, que el raptor, Rico Franco, es uno de los cazadores, e imaginar circunstancias del rapto que justifiquen la alusión, que hace más adelante, a los tres hermanos muertos (admitiendo que ese pasaje también sea primitivo). Sea lo que fuere, es interesante ver cómo en nuestra versión se ha ahondado la separación de las dos partes ; aquí ya no hay relación ninguna entre los cazadores del principio y Rico Franco, transformado en un rico fraile (!), a quien el padre le da su hija, sin que se hable de rapto alguno ; la tradición parece huir así de la excesiva tensión del relato antiguo, prefiriéndole una franca discontinuidad. Esa variante infeliz del casamiento forzoso, si hubiera llegado a dominar en todo el relato, habría falseado por completo el sentido de la leyenda ; pero el tema del rapto ha resistido, y, agregando una segunda contradicción a la primera, se ha conservado intacta la escena entre el raptor y su víctima, con las palabras crueles del primero y la venganza final de la doncella.

La cita del *Catálogo,* en vez de « diósela a un rico fraile », dice « ganóla un Rico Fraile », lo cual hace pensar en el comienzo de la versión oriental : allí el « moro blanco » (así se llama al héroe) gana la niña jugándola al ajedrez con su padre ; si la cita del *Catálogo* procede de una versión tangerina, habría que concluir que la variante del juego abarca también a Marruecos. En todo caso, esa variante sospechosa contradice la alusión a los tres hermanos muertos que figura en la versión oriental como en las demás.

Rico Franco es la más antigua de las formas que reviste en el romancero el tema, de difusión europea, de la doncella que venga su honor : remitimos, a ese respecto, al comentario del romance siguiente.

XXXVIII

EL SARGENTO Y EL ALFERES

Ayá en la plasa mayor,
hazen gran capitanía ;
tantos son de los soldados
que en la plasa no cabían.

Dijo el sargento al alferes :
— Vamos a rondar la vía.
— Rondalda vos, mi sargento,
yo rondada la tenía.

A la subida de un monte,
al abajar de una esquina,
vieron venir tres mositas
que de la misa venían ;
la una vestía en verde,
la otra la grana fina,
y la más chiquita de eyas
vestida en blanco venía.
Dijo el sargento al alferes :
— ¿ Cuál de eyas es la más linda ?
— La de lo blanco, sargento,
que a mis ojos se venía ;
si os plaze, señor sargento,
yo vos la procuraría.
— Mersedes, dijo, mersedes,
adiós a la compañía,
que siete años hazían, siete,
que la tengo por amiga.
Fuérasé para la caza
donde la niña vivía ;
golpes, golpes dió a la puerta,
nadie que le respondía,
si no era la su madre
que velaba y no dormía.
— ¿ Quién es ése u cuál es ése,
que a mi puerta combatía ?
— Sargento soy, mi señora,
que vengo yo por la niña.
— No está aquí, señor sargento,
duerme en ca de una su tía.
Con el puñal que ha traído,
la puerta desquisiaría ;
fuérasé para la cama
donde la niña dormía ;
aí la encontró durmiendo
deznudita y en camiza :
— Espératé, señor sargento,
la pondré la su sayita.
— No nesesita, señora,
que aquí está la capa mía ;
con la capa que yo traigo
a toda vos cubriría.
La salida de la puerta,
tres palabras la diría :
— Huarda tu honra, la niña,
más es tuya que no mía.
— Yo la huardaré, mi madre,
aunque me coste la vida.

Verso 38 : *combatía :* véase IV, 30.

La tradición peninsular ha conservado numerosas versiones de un romance asonantado en *í-a,* donde se refiere la historia de una doncella que, al punto de ser forzada por un caballero, lo mata con sus mismas armas (véanse en *Antología,* X, las versiones 34 a 37 de la sección asturiana) ; el romance termina con un diálogo del moribundo con la heroína. A pesar de la opinión de Menéndez y Pelayo (*Antología,* XII, pág. 508), no parece que el romance de la *Venganza de honor,* se pueda asimilar realmente con el que reproduce a continuación bajo el título de *La hija de la Viudina* (*Antología,* X, nº 38 de los asturianos). En ese otro, las heroínas son dos hermanas, y su madre figura con ellas ; también son dos los forzadores. Por esas particularidades, y por la estructura del relato y sus principales elementos (vacilación sobre cuál de las mozas es la más bella, visita a la casa, y vana resistencia de la madre), el romance de *La hija de la Viudina* se acerca mucho al que reproducimos aquí. Pero la versión asturiana termina con la venganza de la joven elegida por los raptores, quien mata a uno de ellos ; de ahí que se haya podido referir este romance al tema general de la *Venganza de honor.* Tal desenlace no existe en nuestra versión, visiblemente trunca, pero Menéndez Pidal, resumiendo otra versión marroquí, idéntica a la nues-

tra en lo que de ella cita, dice que la niña guarda su honra hasta que la matan, y agrega que abundan versiones peninsulares. Si tienen el mismo desenlace que las marroquíes, y si es ése el desenlace primitivo, *La hija de la Viudina* no tendría nada que ver con el tema del honor vengado.

Nótese en nuestra versión un intento de interpretación humorística en los versos 23-26 ; esa interpolación, además de su poca gracia, no concuerda con el mantenimiento de la tradición en lo que sigue.

XXXIX

YO ME LEVANTARA UN LUNES

(LA ADÚLTERA, ASON. Ó)

Yo me levantara un lunes,
un lunes antes de albor ;
hayí mi puerta enramada
de rozas y nuevo amor.
Ni me la enramó Beyacos,
ni hijo de un labrador ;
me la enramara don Carlos,
que de mí se namoró.
Después que me la enramara,
por la mi puerta pasó ;
vihuelita de oro en mano,
cantando iba esa cansión :
— Roza blanca, Roza blanca,
Roza blancà y nuevo amor,
¿ quién te me diera esta noche
dos horas a mi temor ?
— Toméisme, señor, toméisme,
esta noche y otras dos ;
mi marido está en las guerras,
en las guerras de León,
y para que más no volva
le echaré una baldisión,
que aí le maten los moros,
le saquen el corasón.
Eyos en esas palabras,
su marido que yegó :
— Abrádeismé, Roza blanca,
Roza blanca y nuevo amor.
— Perdido se me han, perdido,
las yaves del corredor.
— Si las yaves son de plata,
de oro las haré yo.
Con el puñal que ha traído,
la puerta la desquisió ;
a la entrada de la caza
con un cabayo encontró :
— ¿ De quién es este cabayo
que en mi cuadra veo yo ?
— Huestro es, mi señor, huestro,
mi padre vos le mandó.
— Mersedes díle a tu padre,
que cabayo tengo yo,
que, cuando no le tenía,
tu padre no me le dió.
A la entrada de la sala
con un sombrero encontró :
— ¿ De quién es este sombrero
que en mi percha veo yo ?
— Huestro es, mi señor, huestro,
mi hermano vos le mandó.
— Mersedes díle a tu hermano,
que sombrero tengo yo,
que, cuando no le tenía,
tu hermano no me le dió.
Eyos en esas palabras,
el de la cama estornudó.
— Matéisme señor, matéisme,
que la culpa tengo yo.
— No te mataré, la blanca ;
te mate quien te crió.
La cogiera de la mano,
y a su padre la yevó.
Su padre, cuando lo supo,
de puñaladas la dió.

Verso 5 : *Beyacos ;* entiéndase probablemente *un bellaco.*

Verso 16 : *a mi temor,* léase *sin temor,* o algo parecido (cf. *Primavera,* 136 : « desarmado y sin pavor » ; 136*a* : « una noche sin temor », etc.).

Verso 22 : *baldisión,* usual en el dialecto por *maldición,* quizá por analogía con *baldonar,* única palabra usada con el sentido de 'maldecir'.

De este romance existen dos versiones antiguas impresas (*Primavera,* 136 y 136*a*), y es uno de los más difundidos hoy en la Península y en América. La versión que cita el *Catálogo,* 78, debe de ser la tangerina, pues coincide en los versos citados con la nuestra ; también conozco una versión oriental (Danon, 13), en la cual no se ha conservado sino la parte media del romance (diálogo de la mujer con el marido).

No presenta nuestra versión ninguna particularidad importante ; encuentro el mismo comienzo, bastante gracioso, y que no parece muy común, en la versión catalana de *Antología,* XII, pág. 278, y en las chilenas de Vicuña Cifuentes, 40. Las ironías del marido respecto a los supuestos regalos del padre y del hermano son muy difundidas. En las versiones antiguas no se hace mención del padre en el desenlace ; esa adición, sin embargo, es muy frecuente en las versiones modernas, en las cuales presenta varias formas.

XL

ESTÁBASÉ LA GRAN SEÑORA

(LA ADÚLTERA, ASON. ÉA)

Estábasé la gran señora,
todas sus joyas son puestas ;
namoróse de un mosito
de gran linaje y haziendas.
Su marido está en los campos
recogiendo sus haziendas ;
ya le dize su corasón :
— Vaite a tu caza y no duermas ;
hayarás a tu mujer
héndoté las mil afrentas.
Solo tomó sus caminos,
solas dejó sus haziendas ;
fuérasé para su caza
como siempre iba a eya.
Golpes, golpes dió a la puerta,
nadie que le respondiera ;
con el puñal que ha traído
hizo un abujero y entra.
Primero metió los pies,
después metió la cabesa ;
candil que en el patio estaba
toda la caza relumbra ;
tomó candil de oro en mano,
subióse las escaleras,
fuérasé para la cama
donde su mujer durmiera.
Aí la encontró durmiendo,
durmiendo a pierna suelta,
con un moso de quinze años
dándolé las mil afrentas.
— Levanta, perra, la dize,
levanta, perra, y no duermas ;
dá leche a esa criatura,
que ésa es la leche postrera.
Acababa de alecharla,
de puñaladas los diera ;
la sangre que de eyos corre,
derecho a la regadera.

Tomó la niña en sus brasos
y fuése en ca de su suegra.
— Toma, mujer, esta niña,
que su madre queda muerta.
No me preguntéis por qué,
que me ha hecho las mil afrentas.
— Si te ha hecho las mil afrentas,
bastante con quedar muerta.

Verso 10 : *hendo*, usual en el dialecto como gerundio de *hazer*.
Verso 18 : *abujero*, usual en vez de *agujero ;* véanse ejemplos de esta forma en el *Diccionario histórico* de la Academia.
Verso 20 : *dispués*, nunca *después* en el dialecto.
Verso 35 : *alechar ;* existe en el *Diccionario histórico*, pero sin otro ejemplo que un pasaje de la Biblia de Ferrara, que es texto judeo-español.

Existen versiones peninsulares de este romance, que suelen ir encabezadas por nuestro LIV (requiebros de un galán) ; lo observa Menéndez Pidal en su *Catálogo*, 135, y así sucede, por ejemplo, en las versiones 130 y 131 del ya citado *Romancero de la Montaña*. En cambio, parece que en la tradición marroquí los dos romances están siempre separados. Menéndez Pidal los coloca en lugares distintos del *Catálogo* (nos 81 y 135). La parte del adulterio me parece ser, en Marruecos, de tono más popular que la de los requiebros.

XLI

VANSE EL CONDE Y LA CONDESA

(LA CONDESA TRAIDORA)

Vanse el conde y la condesa,
juntos van por un camino ;
la condesa se iba en mula,
y el huen conde en su rosino.
Ayá los tomó la noche,
debajo de un verde pino ;
la condesa tendió el manto,
y el huen conde su mantío.
El conde, como era viejo,
el sueño le había vensido ;
la condesa, como es joven,
gran traisión ha cometido :
—¿Quién quiere matar al conde ?
Aquí le traigo dormido ;
le daría yo sus armas,
sus armas y su rosino,
y ensima de todo esto
este mi cuerpo garrido.
Oído lo ha su sobrino,
que está debajo del pino :
— Tú mal hayas, la condesa,
y quien amor puzo contigo ;
por un pique de nonada
quieres perder tu marido.
¿ No te acordarás de nada,
cuando él estaba chiquito ?
Vestías en seda y grana,
condesa en todo el mundo.

Verso 23 : *pique :* mis informantes, por no entender esa palabra, la quieren cambiar por *poco* (*un poco de nonada*).

No parece que exista este romance fuera de Marruecos. Lo conoce Menéndez Pidal, quien cita en su *Catálogo*, 85 bis, algunos versos de una versión tangerina que parece muy semejante a la nuestra. Sin embargo, al resumir

el desenlace, dice que la condesa acaba por disculparse alegando que bebió « un poco de vino ». Parece que este romance ha llegado hasta nosotros en una forma muy imperfecta y oscura. Nuestra versión está visiblemente alterada en el final : los versos 25-26 no son compatibles con la diferencia de edad entre el marido y la mujer, afirmada más arriba ; el último rompe el asonante.

XLII

YO ERA UN POBRE LOSERO

(LA INFANTICIDA)

Yo era un pobre losero
cazado con una falsa ;
la falsa tenía un hijo,
el mayor que hay en la plasa.
Todo lo que pasa en caza,
a su padre lo contara :
— Padre mío y de mi alma,
un alferes entró a caza ;
yo le vidi con mi madre
en su regalada cama,
safumada con romero,
también con ahua rozada.
El padre no hizo cazo
de lo que el hijo contara ;
armara un grande viaje
de Fransia para Granada.
Dejó que el padre se fuera,
y a su hijo degoyara.
Le quitara la su lengua,
y a los perros se la daba ;
los perros, como eran nobles,
en el suelo la dejaran ;
lo que quedó de la carne,
hizo una gran casolada.
Cuando viniera el marido,
por su hijo preguntara :
— ¿ Adó mi hijo, mujer,
que no le veo aquí en caza ?
— Séntaté, marido, y come,
te contaré lo que pasa :
un día indo al paseo
por los campos de Granada,
se me perdió de los ojos,
¡ Dios del sielo me lo traiga !
Eyos en esas palabras,
la carne del plato hablara ;
— Padre mío y de mi alma,
no comáis de mis entrañas,
que una madre que tenía
meresiera degoyarla.
Como eso oyera el marido,
la diera de puñaladas.

Verso 1 : *losero,* 'fabricante de loza (?)' ; el *Catálogo,* 84, dice « lancero ».
Verso 4 : *mayor,* poco claro ; en la versión del *Catálogo,* « mejor ».
Verso 11 : *safumar* figura en esa forma en el *Vocabulario medieval* de Cejador.
Verso 31 : *indo :* véase XXV, 9.

Este romance, que combina el tema del adulterio con el de la comida monstruosa, está bastante difundido en la tradición oral de la Península. Sobre su origen y su grado de antigüedad nada puedo decir. Menéndez y Pelayo lo relaciona con cuentos análogos de varios países de Europa (*Antología,* XII, pág. 196, nota). Nuestra versión no tiene nada de particular, salvo que le falta el final acostumbrado de las peninsulares, donde la mujer, viéndose

descubierta, llama a los demonios, que la llevan al infierno ; la eliminación de ese desenlace se debe quizás a la poca popularidad de la creencia en el diablo y el infierno entre los judíos. Menéndez Pidal, en su *Catálogo,* 84, llama la atención sobre el asonante *á-a* de su versión tangerina, oponiéndole el *é-a* generalmente usado en la Península ; sin embargo, están en *á-a,* como las nuestras, las dos andaluzas de *Antología,* X, págs. 194-195.

XLIII

DELGADINA

Delgadina se pasea
en una sala cuadrada,
con gargantiya de oro
y el pelo que la arrastraba.
Un día, estando a la mesa,
su padre que la miraba :
— ¿ Qué me mirás, padre mío ?
— Que has de ser mi enamorada.
— No lo permitan los sielos
ni la Virgen soberana.
— De pronto, mis cabayeros,
los de la sala dorada,
a mi hija Delgadina
enserradla en una sala,
en el cuarto más oscuro
que en este palasio haya.
Si os pidiere de dormir,
dadle el colchón de su aya ;
si os pidiere de cubrir,
dadle las mantas mojadas ;
si os pidiere de comer,
dadle la carne salada ;
si os pidiere de beber,
dadle sumo de retama.
No se han pasado tres días,
Delgadina en la ventana ;
vido pasar a su hermano,
que con sus amigos anda :
— Hermano, si eres mi hermano,
dáme una jarrita de agua,
que de pura sed que tengo,
a Dios le entrego mi alma.
— Cáyate, la Delgadina,
cáyate, perra malvada,
que no quisiste haser
lo que el rey padre mandaba.
No se han pasado tres días,
Delgadina en la ventana ;
vido pasar a su hermana
jugando juegos de caña :
— Hermana, si eres mi hermana,
dáme una jarrita de agua,
que de pura sed que tengo,
a Dios le entrego mi alma.
— Cáyate, la Delgadina,
cáyate, mi pobre hermana,
que, si el rey padre nos viera,
contigo me enserrara.
No se han pasado tres días,
Delgadina en la ventana ;
vido pasar a su madre
peinando sus lindas canas ;
— Madre, si es usted mi madre,
déme una jarrita de agua,
que de pura sed que tengo,
a Dios le entrego mi alma.
— Hija de mi corasón,
¿cómo quieres que te dé agua,
si hasta el agua de fregar
tiene tu padre enserrada ?
No se han pasado tres días,
Delgadina en la ventana ;
vido pasar a su padre
que con cabayeros anda :
— Padre, si es usted mi padre,
déme una jarrita de agua,
que le juro y le prometo
que he de ser su enamorada.

— De pronto, mis cabayeros,
a Delgadina den agua ;
el primero que yegare,
con Delgadina se casa.
Unos con jarras de oro,
otros con jarras de plata,
por más pronto que yegaron
Delgadina en Dios estaba ;
y a su cabesera tiene
una fuente de agua clara,
y a sus pies está la Virgen
cosiéndole la mortaja,
y a su lado está el Señor
hasiéndole la compaña.

Este famoso romance de *Delgadina*, tan sabido en la Península y en América, tiene muy poca difusión entre los judíos (véase *Catálogo*, pág. 132 ; hay una versión marroquí en Ortega, pág. 234, una oriental en Danon, 14, que es la que cita el *Catálogo*, 99). La versión que reproducimos no es, en realidad, genuinamente marroquí. Me la recitó de memoria el señor Jacobo Coriat, pero no me pudo asegurar que se cantara en Tetuán ; las señoras de su familia suponen que es una versión peninsular, recogida por la madre del señor Coriat entre amigos españoles. Y en efecto, esta versión, además de diferir netamente de la que da Ortega, pág. 234, conserva muchos elementos cristianos (versos 10, 79, 81), absolutamente incompatibles con la fe judía, y que hubieran desaparecido sin duda alguna en el ambiente marroquí. He dejado en este texto, a pedido de mis informantes, la pronunciación española corriente en África del Norte, excluyendo los rasgos de fonética y morfología puramente judeo-españoles, que no se le han podido imponer, por no haber entrado en la tradición común como otros del mismo origen (véase nuestro romance XIV). Sólo doy esta versión como una muestra más de la tradición peninsular, y como prueba de la introducción de versiones españolas entre los sefarditas marroquíes en nuestros tiempos.

XLIV

MUJER DEL REY FERNANDO

(MALA SUEGRA CASTIGADA)

Mujer del rey Fernando
a la misa iría,
vestida de verde
y de grana fina.
A los nueve mezes
un hijo paría.
Mas el rey su suegro
mucho la quería ;
la reina su suegra
ya se selaría.
— Matedeis, Fernando,
a la Blanca Niña,
que, si no la matas,
yo no seré viva.
— De matarla, madre,
yo la mataría ;
mas el niño infante,
¿ quién le criaría ?
— Merquedeis, Fernando,
espejo cristalino ;
cuando el niño yore,
yo le daré abrigo.
— Merquedeis, Fernando,
espejo de cristale ;

cuando el niño yore,
yo le afalagare.
Ya se iba Fernando
a su caza reale,
que con los sus ojos,
los ríos yenare.
Aí encontró a Blanca
en el su altare,
el niño en la halda,
dándolé a mamare.
— ¿Qué tienes, Fernando,
que os veo yorare?
que, cuando tú entrabas,
solías bezarme,
y ahora, Fernando,
te veo yorare.
— ¿Qué te diré, Blanca?
No hay por qué negarte
que mi madre es mala,
quiere que te mate.
— Amoléis, Fernando,
en ese puñale,
por que el degoyío
no os manche el briale.
Ya toma Fernando,
ya toma el puñale;
por matar a Blanca,
fué y mató a su madre.
Eso se le haze
a quien mete en male.

Verso 10 : *se selaría : selarse de alguno,* corriente en el dialecto por 'tener celos de alguien'.

Verso 26 : *afalagare,* véase XII A, 40 ; no sé si *afalagar* es usual ; figura en el *Glosario* de Benoliel (*BAE*, XIV, pág. 567).

Verso 32 : *altare,* véase XII, A 32.

Verso 33 : *halda,* usual en el sentido de 'regazo' (véase *Observaciones,* índice), acepción usada en varias regiones del norte de España, según el *Diccionario,* de la Academia.

Vero 54 : *mete en male,* véase XXVI, 18.

Este romance parece desconocido fuera de Marruecos. Tiene alguna relación, aunque muy remota, con otro romance de mala suegra, muy difundido en la Península (véase *Antología,* X, págs. 93, 95, 191, 221, 227) y conocido entre los judíos (Coello, 12 *M. y P.* ; Danon, 9 ; *Catálogo,* 70 ; Ortega, pág. 224), en el cual la suegra aconseja a su nuera que vaya a parir a casa de sus padres, y luego la calumnia y hace que su hijo la maltrate y mate, descubriéndose por fin la verdad milagrosamente por boca del recién nacido. La forma en que la suegra exige, en el romance que aquí damos, la muerte de la nuera, la resignación con que el hijo accede a su exigencia, y la escena final entre el marido y la mujer hacen pensar más bien en el tema del *Conde Alarcos.*

Nuestro texto, además del cambio de asonante entre la primera parte y la segunda (*í-a* y *á-e*) lleva elementos de versificación lírica en el pasaje intermedio (versos 19-26).

XLV

POR LAS COMARCAS DEL MUNDO

(MUERTE DEL REY FELIPE)

Por las comarcas del mundo
hizo el rey corona y fiesta;
mandó a frahuar un altar
en frente de sus ojos puesto;
mandó a sacar de las tumbas
tres cabesas de hombres muertos:
— Mira, hijo, estas cabesas
sin barba y sin cabeyos;
mirailas bien por la cauza
que reyes fueron primero.
Mira, hijo, lo que vos digo:
no vos engañe el dinero;
la vara de la justisia,
no la torsáis en el suelo;
con el humilde, humilde,
con el soberbio, soberbio.
Y a huestra hermana Izabel,
tres vezes vos la encomiendo,
que es mi espoza, mi mujer,
mi regalo y mi consuelo;
y aquel vaxío de plata,
se lo dis en cazamiento.
Ya se muere el rey Felipe,
ya se muere y queda muerto.
La Blanca Niña lo supo,
va de siyero en siyero,
torsiendo sus blancos brasos,
y arrancando sus cabeyos.
Su suegra, como es discreta,
entendido lo había luego:
— Si quieres, la Blanca Niña,
vay a cumplir con el muerto;
cuando viniere Tarquino,
yo me andaré por ti luego.
Ya se va la Blanca Niña
a cumplir en ca del muerto;
¿Dónde la vino el asiento?
A la cabesera del muerto.
Unos dizen: — ¡Ay mi padre!
Otros dizen: — ¡Ay mi suegro!
La Blanca Niña dezía:
— ¡Ay mi lindo amor primero!
Cuando viniera Tarquino,
por eya preguntó luego:
— ¿Ánde está la Blanca Niña,
que no la veo aquí en medio?
— Ido se había, ido,
a cumplir en ca del muerto.
Con un criado de caza
por eya mandara luego.
— Vay, dile que no puedo ir
hasta que enterren al muerto.
— Vay, dile que, si no viene,
que la enterren con el muerto.
Ya enterran a la Blanca Niña
a la cabesera del muerto.

Verso 2: carece de sentido y rompe la asonancia; variante del *Catálogo*, 126: « quiso hacer sentimiento ».
Verso 21: *vaxío*: variante del Catálogo: « vajía » 'vajilla'.
Verso 26: *siyero*, oscuro para mis informantes; es *cillero*, pero con sentido algo cambiado ('cámara'?); véase XLVII, 14, donde va apareado con *palasio*.

Este romance es de los que en Marruecos se cantaban exclusivamente el día 9 del mes judaico de Ab, fecha aniversaria de la destrucción del templo de Jerusalén; para ese día de luto y ayuno, celebrado por los hombres en las sinagogas con llantos y lamentaciones litúrgicas, las mujeres reservaban los romances de asunto fúnebre, como es éste. A la misma categoría pertenecen, según me informan, el del *Cochiito*, el de *Huezo y el Huerco*, el de

Mainés, el del *Culebro,* y *Cuando yo enfermí de amor,* o sea nuestros números XXXVII, XLVI, XLVII, XLVIII, XLIX.

El romance está compuesto de dos partes que parecen haber sido unidas indebidamente por la tradición. La primera parte, que cuenta la muerte del rey Felipe y las supremas recomendaciones que hace a su hijo, se podría referir bastante bien a los últimos momentos de Felipe II, tanto por el aparato lúgubre que acompaña a la escena como por el tono de edificación del testamento real; las cabezas de reyes muertos pueden ser un recuerdo deformado del panteón del Escorial, creación de Felipe II; la escena en que Felipe II moribundo habla a su hijo es histórica, como el nombre de Isabel atribuído a su hija (es Isabel Clara Eugenia, la que fué duquesa de Brabante y condesa de Flandes). Existe un romance de la muerte de Felipe II que está reproducido en Durán, 1196 (y es obra de un poeta culto); en él también figura la infanta Isabel, pero en vez de encomendarla a su hijo, el rey hace lo contrario, pidiéndole a ella que aconseje a su hermano por ser mayor de edad y de más experiencia; siguen consejos dirigidos al hijo mismo, parecidos, aunque en forma remota, a los de nuestro texto; los inicia una fórmula (« A vos os digo, hijo mío... ») que puede hacer pensar en nuestro verso 11. Con todo resultan muy diferentes los dos romances (el de Durán está asonantado en *í-a*), y es muy poco probable que se haya producido en tiempos tan tardíos (murió Felipe II en 1598), una elaboración tan profunda. Tuvo que existir otro — u otros — romances de la muerte de Felipe, de donde se habrá derivado el nuestro. Si se refiere realmente a Felipe II debió llegar a Marruecos más de un siglo después del destierro; ya sabemos que no es cosa tan rara.

La segunda parte del romance (manifestaciones de dolor de la Blanca Niña, y su castigo por Tarquino) parece puramente novelesca; obsérvese que en toda esa parte no se habla más de Felipe, ni del rey, sino del « muerto »; es muy probable, pues, que sea otro romance, indebidamente geminado con el primero. Mis informantes piensan que la Blanca Niña, después de haber querido al héroe del romance, se había casado con Tarquino (en cuanto al uso de ese nombre para hombres crueles, véase nuestro XXXVI), y que éste la mata por celos al comprobar que el primer amor todavía vive en ella. Menéndez Pidal, en el resumen que hace de una versión tangerina, no habla de marido, sino de hermano (*Catálogo,* 126). Ignoro si el tema del dolor femenino ante la muerte, revelador de « un amor primero », tiene difusión en el romancero tradicional; Menéndez Pidal no da noticia de ello. Tampoco dice que conozca otras versiones del *Testamento del rey Felipe,* fuera de Marruecos.

XLVI

HUEZO Y EL HUERCO

(LA MUERTE OCULTADA)

Levantóse Huezo
lunes de mañana ;
tomara sus armas
y a la casa iría.
En un prado verde
se sentó a almorzare ;
vido estar al Huerco,
las armas tomare.
Hirió Huezo al Huerco
en el carcañale ;
hirió el Huerco a Huezo
en su voluntade.
Ya yevan a Huezo
en ca de su madre.
En ca de Alda
tañen tañedores ;
en ca de Huezo
hazían guiJdore.
— Suegra, la mi suegra,
mi suegra garrida,
las que paren niño,
¿ cuándo van a misa ?
— Unas van al mes,
otras a cuarenta días ;
y tú, la mi nuera,
cuando te convenía.
— Suegra, la mi suegra,
mi suegra garrida,
las que paren niño
¿ de qué iban vestidas ?
— Unas van de verde,
y otras en grana fina,
y tú, la mi nuera,
como te convenía.
Vistióse de verde
y de grana fina ;
todos la dezían
la viuda garrida.
— Suegra, la mi suegra,
mi suegra garrida,
¿ qué son esas vozes
que van por la vía ?
— Muerto se le ha, muerto,
el bien de su vida.
Como eso oyó Alda
muerta quedaría.

Verso 4 : rompe la asonancia ; variante del *Catálogo*, 75 : « fuérase a la caza ».
Verso 10 : *carcañal* por *calcañal*, figura en el *Glosario* de Benoliel, *BAE*, XV, pág. 48.
Verso 18 : *guiJdor :* según Benoliel, palabra árabe que designa el acto de ensangrentarse las mejillas y gritar en señal de dolor por la muerte de alguien (véase *BAE*, XV, pág. 193).

El tema de este muy sabido romance de la *Muerte ocultada* se encuentra en canciones de varios países de Europa, siendo una de las más conocidas la bellísima canción francesa del *Roi Renaud*. En el romancero, la *muerte ocultada* se presenta bajo varias formas ; la que aparece aquí es la más antigua ; Menéndez Pidal (*Flor nueva*, pág. 232) la hace remontar a fines del siglo XV ; se caracteriza generalmente por el nombre de don Bueso atribuído al héroe, por ser versificada en pareados de doce sílabas, y por el elemento sobrenatural que se mezcla en el episodio de la muerte del héroe (véase una versión extremeña en *Antología*, X, pág. 177, y datos

sobre una catalana, *ibid.*, pág. 114). También se conoce en la Península una versión más tardía versificada en metro de romance con asonante uniforme *i-a* (véase *Antología*, X, Asturias, nos 42 y 43 ; Cataluña, n° 5 y la versión sintética de *Flor Nueva*, pág. 232).

El elemento más interesante de las versiones marroquíes es, sin duda alguna, el episodio de la muerte de Bueso, que no se atribuye a un accidente de caza o guerra, sino a la intervención del fantástico Huerco, el Orcus latino, dios de la muerte. Sobre el carácter primitivo de esta variante, y el uso de la voz Huerco en el castellano antiguo, consúltese el *Catálogo*, 75 ; la palabra se sigue usando entre los judíos españoles de Marruecos (Benoliel, *BAE*, XIV, pág. 154). De la presencia de tal episodio en la tradición española, Menéndez Pidal deduce cierta independencia del romance de la *Muerte ocultada* con relación a las demás formas europeas de la leyenda, que ignoran el Huerco. No ignoran, sin embargo, el elemento sobrenatural en la muerte del héroe, atribuyéndola a una hada desdeñada (véase *Antología*, X, pág. 414).

En cuanto a la forma métrica del romance, que es la de las endechas, observa Menéndez Pidal que sólo en Marruecos se ha conservado hasta el final, mientras que en las versiones peninsulares del mismo tipo, se observa una tendencia a uniformar después de algunos versos el asonante en *i-a* (véase la versión extremeña ya citada) ; pero igual ocurre en la última parte de la nuestra, y se nota algo parecido en la del *Catálogo*, a juzgar por la cita allí reproducida. Nótese, por fin, que el romance se canta con un estribillo después de cada dístico ; ese estribillo es primero una invocación a Dios : « ¡ Criador del cielo ! », pero después de morir Bueso, se le substituye con otro : « ¡Alda y no lo sepa ! / Si Alda lo sabe, / Alda queda muerta », palabras que en la versión del *Catálogo*, se atribuyen al héroe moribundo.

Nuestra versión es muy incompleta, si se la compara con la del *Catálogo ;* le faltan numerosos versos y detalles, tanto en la muerte de Bueso como en el diálogo de las dos mujeres. En general, las versiones Marroquíes, tan notables por la grandeza mítica de su comienzo, me parecen inferiores a las peninsulares en la segunda parte (sobre todo en las contestaciones de la suegra), como se averiguará fácilmente comparándolas.

XLVII

MAINÉS

Criaba la reina
hija arregalada,
de condes y duques
era demandada.
De condes y duques
era eya pedida ;
ganóla Mainés
en las sus heridas.
— Abrádeismé, madre,
puertas del palasio,

que nuera vos traigo
y yo mal quebrado.
Abrádeismé, madre,
puertas del siyero,
que nuera vos traigo
y yo mal herido.
— Si nuera me traes
y tú mal herido,
eya sea muerta,
y tú sano y vivo.
A la media noche
suegra me yamara :
— Acudí, mi suegra,
con una lus clara,
que Mainés se muere
y yo quedo sana.
Acudí, mi suegra,
con una lus fría,
que Mainés ha muerto
y yo quedí viva.
— Mal hayas tú, nuera,
y quien te ha parido,
que por una noche,
suegra me has dezido.
Mal hayas tú nuera,
y quien te ha criado,
que por una noche,
suegra me has yamado.

Verso 2 : *arregalada*, véase X, 2.
Verso 8 : *en las sus heridas*, interpretado con el sentido de 'gracias a sus heridas'.
Verso 14 : *siyero*, véase XLV, 26.
Verso 34 : *dezido*, 'dicho' ; no es usual ; en cambio Benoliel anota *bendizido* y *maldizido* (*BAE*, XIII, pág. 357).

De este romance tampoco existen vestigios, que yo sepa, más que en Marruecos. El nombre del protagonista figura en la versión antigua de *Rico Franco*, atribuído no a una persona, sino a un castillo :

Arrimáranse a un castillo que se llamrba Maynés.

El romance no carece de belleza, de una belleza cruel, tanto en el lamento del héroe como en el diálogo de las dos mujeres que asisten a su muerte. Mantiene el tono fúnebre del principio hasta el fin, en medio de los sarcasmos y maldiciones, el estribillo que se suele cantar después de cada dístico : « ¿ Adó Mainés y adó Mainés ? / Mis dueños, ¿ adó Mainés ?» No me parecen muy acertados los versos que terminan la cita del *Catálogo*, 76 (versión tangerina), y suavizan inoportunamente el final :

Perdonéis, mi suegra, por lo que yo he dicho ;
mañana a estas horas no estaré contigo.
Perdonéis, mi suegra, por lo que he hablado ;
mañana a estas horas no estaré a tu lado.

Se puede observar la versificación puramente lírica de este texto (pareados con repetición de la misma idea en dos dísticos seguidos). Después del verso 20 falta un dístico, que se puede suplir :

Si nuera me traes y tú mal quebrado,
eya sea muerta y tú vivo y sano.

Los versos 21-22 han sido visiblemente interpolados.

XLVIII

EL CULEBRO

Estábasé la infanta
en sía de oro sentada ;
peine de oro en la su mano,
los sus cabeyos peinaba.
Por aí pasó un culebro
que de eya se namorara.
Ya ponía el rey su padre
las huardias las veinticuatro,
cuando viniera el culebro,
se le traigan vivo y sano.
Ya ponía el rey su padre
las huardias las veintisinco,
cuando viniera el culebro
se lo traigan sano y vivo.
Cuando viniera el culebro ;
a todos hayó durmiendo ;
arsó la infanta en su pico,
volando fué por el sielo.

Este extraño romance sólo se ha conservado, según parece, entre los judíos de Marruecos. Nuestra versión está truncada, pues Menéndez Pidal, citando en el *Catálogo*, 93, una versión tangerina, reproduce varios otros versos que cuentan el viaje del culebro con su víctima, y las quejas de la infanta. Desconozco las fuentes de ese relato fantástico. El comienzo hace pensar en el de la *Linda infanta y Alfonso Ramos* (*Primavera*, 118) ; pero ese comienzo (heroína peinándose con peine precioso) ha pasado a varios romances tradicionales (véase la imitación a lo divino de nuestro X, y otros ejemplos citados por María Rosa Lida en *RFH*, III, pág. 32 y nota).

La versificación del romance es muy irregular, dominando los pareados ; nótese la repetición de ideas con asonante distinto (7-10 y 11-14).

XLIX

CUANDO YO ENFERMÍ DE AMOR

Cuando yo enfermí de amor,
triste y no dormía yo,
de dolor en los mis huesos
y ansias en mi corasón.
Salíme yo a la caye
por tirar del corasón ;
hoja verde vidi en rama,
cada una y de su color.
Tendí la mano y cogíla,
de pronto se me arrojó ;
cuando la yeví a mi caza
de repente me habló.
Cuando la metí en la cama,
vidi negro y más peor,
y salíme yo a la caye
quebrado de corasón.
Todo hombre que me veía
me pregunta la razón :
— ¿Qué tenís, hombre Beyacos ?
¿Por qué cobratis valor ?
¿Si no hubo hombre en el mundo
que se cazó como vos ?
— ¡Ay ! dejaime, ¡ay ! la gente,
y dejaime en mi dolor.
Dejay, tiraré mi cuerpo
en una mar sin fondo ;
mi carne daré al pescado
y mi alma al huen Señor.

Verso 6 : *tirar del corasón*, 'arrojar la tristeza del corazón', según interpretan mis informantes.

Verso 19 : *Beyacos*, véase XXXIX, 5.

Verso 26 : *fondo* rompe la asonancia ; hay que leer *hondón*, como en la versión del *Catálogo*, 111 ; *hondón* figura en Benoliel, *BAE*, XV, pág. 199.

Es lástima que no se haya conservado mejor este romance que expresa tan trágica amargura. El texto, tal como lo reproducimos, no es muy claro ni coherente. Menéndez Pidal, quien cita en su *Catálogo* una versión tangerina, la titula *Desilusión :*

Vide hoja en verde gala de tan brillante color... ;
tendí la mano y cogíla no hallé doncella ni flor...

pero no cita la parte que corresponde al pasaje más oscuro de nuestra versión (versos 13 16), que quizás alude a un casamiento infeliz ; más oscuras aún son las palabras del interlocutor (versos 19-22), que parece atribuir al orgullo del casamiento el silencio y aislamiento del héroe ; por lo menos, así es como lo interpretan mis informantes.

No conozco ninguna versión de este romance fuera de Marruecos ; Menéndez Pidal no menciona su existencia en otra parte.

L

PASÉASÉ HUEZO

(EL REY ENVIDIOSO DE SU SOBRINO)

Paséasé Huezo
por toda Sevía ;
espada yeva en mano,
ya bien que la guía.
La gente le dize :
— ¡ Qué huena venida !
Su tío le dize :
— ¿ A qué es tu venida ?
Sobrino, sobrino,
hijo de mi hermana,
¿ de quién es Sevía ?
¿ de quién es Granada ?
— Mías son, mi tío,
si querís yevarlas.
— ¿ De quién es la espoza
que estaba en Granada ?
— Mía es, mi tío,
por eya do el alma.
— Convídoté, Huezo,
a almorzar un día.
— Madre tengo en caza,
la preguntaría.
Madre, la mi madre,
mi madre leale,
mi tío me yama
con él a almorzare ;
no sé si es por biene,
no sé si es por male.
— Tu tío es mi hermano,
no te hará male.
Ya se va don Huezo
con su tío a almorzare ;
mezas vido puestas,
y en eyas no panes,
cuchíos agudos,
saleros sin sale :

y aí vido Huezo
sus negras señales.
— Ya lo sé, mi tío,
que queréis matarme.
Con el mi cabayo
dejéisme hablare.
Cabayo, cabayo,
de sía dorada,
yévalé esta carta
a mi madre a Granada,
que ya su consejo
no me aprestó nada ;
te quite la sía,
te ponga la albarda,
te mande a los charcos
beber malas ahuas,
te mande a los campos
con las bestias malas.
Como eso oyó el cabayo,
al tío matare.

Verso 4 : Variante de Ortega, pág. 211 : « también que la envía » ; variante del *Catálogo*, 123 : « tan bien que la guía ».
Verso 18 : *do*, por *doy*, no es usual.
Verso 38 : variante *su negro mazzale* (*mazzal*, con *s* sonora larga, es palabra hebrea que significa 'suerte', 'destino').
Verso 48 : *aprestó*, véase XXII, 15.

Existen versiones de este romance en Oriente (Galante, 10) y en Marruecos (*Catálogo*, 123 ; Ortega, pág. 211). No creo que existan en España. En la versión oriental, con estar muy estragada y apenas versificada, el relato es más sencillo y lógico ; el diálogo en que el rey (no se dice que sea tío del héroe) manifiesta su envidia se sitúa durante la misma comida ; y el héroe concede sus armas al rey (no se alude aquí a ciudades), pero le dice que nunca le dará su mujer ; entonces el rey anuncia que le va a matar ; el joven avisa a su madre con un mensaje atado al pie del caballo ; la madre acude, dice al rey que le quiere dar un beso, y con un beso lo mata milagrosamente.

Ella echó sus ojos al Dió de desespero de coraçón
y con un beso la alma la arrancó.

Las versiones marroquíes, dejando un intervalo entre el diálogo y la comida, introducen el hermoso episodio de las « malas señales » que truecan en certidumbre las dudas del convidado. El mensaje a la madre se transforma en palabras amargas dirigidas al caballo ; de allí nació la idea de que el caballo podía entender el lenguaje humano y defender la vida de su dueño matando al rey. Es curiosa la tendencia, que existe tanto en Oriente como en Marruecos, de reforzar con elementos sobrenaturales lo patético de este relato.

La versificación del romance es muy incierta y vacila entre dos sistemas: pareados o asonante uniforme. En la versión de Ortega se notan casos de repetición de ideas de un dístico a otro con cambio de asonante (véase nuestro XLVII).

LI

NUBLADO HAZE, NUBLADO

(LA FRATRICIDA POR AMOR)

Nublado haze, nublado,
la luna no paresía ;
las estreyas en el sielo
juntas van en compañía,
todo por una donzeya,
doña AnJíbar la dezían,
de amores de su cuñado
mató a una hermana querida.
Matóla una noche oscura
detrás de la su cortina ;
después que la hubo matado,
para su cama se iría ;
dándolé bezos y abrasos,
don Diego recordaría ;
pensando que era su mujer
cumplióla lo que quería :
— ¡ Ay ! válgamé Dios del sielo,
¿ qué es aquesto que yo vía ?
Mujer de quinze años cazada,
donzeya la encontraría.
Fuése a buscar y hayóla,
hayóla muerta tendida ;
a los gritos que da el conde,
la justisia acudería.
— Yo la he matado, señor,
yo soy quién la mataría.
La justisia que merese,
eya mizma la diría :
que la corten pies y manos,
y la arrastren por la vía.

Versos 3 a 6 : Alterados. Un texto correcto se encuentra en la versión del *Catálogo*, 90 : « las estrellas en el cielo / su lindo rostro escondían / por no ver a esa doncella / (doña Ángela la decían) ».

De este romance dice Menéndez Pidal (*Catálogo*, 90) que sólo conoce, además de su versión tangerina, una versión catalana. No sé si alude a la que cita Milá en su *Romancerillo catalán* (nº 273, *La infame hermana*), sin poder darla entera ; Milá parece ignorar el elemento incestuoso del relato, y le falta el pasaje en que se realiza el fratricidio, pero el mismo tema del fratricidio y el nombre de don Diego establecen la relación con nuestro romance : además, la versión de Milá, al contar cómo acusan y encarcelan al marido, creyéndole culpable, está de acuerdo con la versión tangerina, tal como la resume Menéndez Pidal ; también en las dos versiones se descubre por fin la verdad y se castiga a la fratricida. En nuestra versión se ha perdido el episodio del error judicial, cuyo lugar está entre los versos 24 y 25 ; se ha conservado la confesión final de la culpable, agregándosele el final de la *Infantina* (véase nuestro I).

LII

SAIDE

(ZAIDE)

Por la caye de su dama
se pasea el moro Saide,
ahuardando que sean horas
que se asome para hablarle.
Dezesperado anda el moro
de ver que tanto se tarde,
que pensa con sólo verla
aplacar el fuego en que arde.
Vióla salir al balcón,
más beya que cuando sale
la luna en la oscura noche
y el sol en la tempestade.
Yegóse el Saide diziendo :
— Beya mora, Al-lah te huarde,
si es mentira lo que han dicho
tus criados a mis pajes.
Dizen que dejarme quieres
porque pretenden cazarte
con un moro que ha venido
de las tierras de tu padre.
Si esto es verdad, Saida hermoza,
decláraté y no me engañes ;
no quieras tener secreto
lo que tan claro se sabe.
Humilde respondió al moro :
— Mi bien, ya es tiempo que acabe
huestra amistad y la mía,
pues que ya todos lo saben.
Bien sabes que te he querido
a pezar de mi linaje,
y sabes las pezadumbres
que he tenido con mis padres,
por ahuardarte a dezhoras,
como siempre vienes tarde ;
y por quitar ocazión,
dizen que quieren cazarme.
No te faltará otra mora
hermoza y de galán taye
que te quiera y tú la quieras,
porque lo merese Saide.
Humilde respondió el moro
cargado de mil pezares :
— No entendí yo, Saida beya,
que conmigo tal uzares,
ni entendí que tal hizieras,
y así mis prendas trocases
por un moro feo y torpe,
indigno de un bien tan grande.
— A un morito mal criado
me dijeron que enseñates
la trensa de mis cabeyos
que te puzi en el turbante.
No quiero que me la des
ni tampoco que la huardes,
sólo por que entiendas, moro,
que en tu dezgrasia lo traes.
Mira, Saide, que te avizo
que no pases por mi caye,
ni hables con mis criados
ni con mis cautivos trates,
ni preguntes en qué entiendo,
ni quién viene a vizitarme,
ni qué fiestas me dan gusto,
ni qué colores me plazen.
Bastà que son por tu cauza
las que en el rostro me salen.
Serró la dama el balcón
y al moro dejó en la caye.

Verso 56 : Variante de la versión antigua (Durán, 56) : « que en mi desgracia la traes ».

Los romances del moro Zaide son muy posteriores a la expulsión de los judíos de España ; pertenecen a la clase de los romances llamados moriscos, que no aparecieron antes de la última parte del siglo XVI, y, cien años

después de terminada la reconquista, recrearon, con mucho artificio y fantasía, la Granada mora, o más bien inventaron esa Granada poética, desde entonces tan celebrada en España y fuera de España. Se puede, pues, considerar este romance como una prueba más de los contactos que siguieron existiendo entre los judíos y la Península, largos años después del destierro. Está formado con dos de los romances de Zaide (Durán, 53 y 56) que figuran en el capítulo VI de las *Guerras civiles de Granada* de Ginés Pérez de Hita (1595), el uno publicado por primera vez allí y el otro tomado de la *Flor de varios romances* de Pedro de Moncayo, 1589 (véase la edición de las *Guerras Civiles* editada en Madrid por Paula Blanchard Demouge, año 1913, Introducción, pág. LVIII). Menéndez Pidal menciona este romance entre los que se han difundido en Marruecos a pesar de ser tardíos (*Catálogo*, pág. 143).

Sin embargo, parece muy dudoso que este romance de Zaide pueda atestiguar relaciones entre Marruecos y la Península en el tiempo en que se publicó ; es mucho más probable que haya llegado a los judíos en época muy próxima a nosotros, en alguna colección impresa o pliego moderno. En efecto, reproduce con exactitud asombrosa, en sus versos 1 a 48, el texto del nº 53 de Durán (despedida melancólica de los amantes). En los 49-56 y 57-66, nuestro texto transcribe, con igual fidelidad, invirtiendo sólo su orden, dos pasajes del nº 56 de Durán, uno de ellos el famoso « Mira, Zaide, que te aviso », que ya no expresa melancolía, sino enfado. La reproducción casi literal del texto antiguo me parece excluir la hipótesis de una trasmisión puramente oral desde el siglo XVI. Existen versiones tradicionales en la Península, y Durán recogió e hizo figurar una de ellas, andaluza, en su *Romancero* (nº 54 ; está reproducida en *Antología*, X, pág. 189) ; basta leerla para notar en ella las alteraciones y cambios, acostumbrados en las versiones orales, que justamente faltan en la nuestra. Existe además en mis informantes la conciencia del origen particular de este romance, pues vacilaron mucho antes de recitarlo con la pronunciación dialectal, alegando que no era antiguo, que era « español » y que posiblemente no convenía hacerlo más marroquí de lo que era. ¿Habrá existido en Marruecos otro romance de Zaide, conservado tradicionalmente, que pudo llamar la atención sobre éste? (Así ocurrió, recordémoslo, en el caso del romance de las quejas de Jimena, nuestro XXII.) No lo podría asegurar. Lo único que puede sugerir esa idea es el final de nuestra versión :

Serró la dama el balcón y al moro dejó en la calle,

del cual no existe modelo ninguno en los romances antiguos de Zaide, y que se encuentra también en la versión oral andaluza :

y cerrando su balcón al turco deja en la calle.

La versión del *Catálogo,* 19, por lo menos en lo que de ella cita Menéndez Pidal, es idéntica a la nuestra. Es muy curioso que Menéndez Pidal, al indicar, como hace siempre, los lugares de procedencia de sus versiones, cite, en este caso, Gibraltar al lado de Tánger, como si le constara que la presencia del romance en Marruecos se debe a un contacto moderno con la Península.

LIII

EL MOLINERO Y EL PADRE CURA

A la mujer del molinero
. . . . . .
la pretende un padre cura,
la quiso pizar el pie.
— Déjalé que te le pize
si te da bien de comer.
La regalara un boyito
con su asuquita y su miel ;
la echara la bendisión ;
a la puerta pica Andrés.
— Padre cura ¡ mi marido !
¿ dónde le meto yo a usted ?
— Métemé en ese costal,
y arrímamé a la pared.
— Mujer ¿ que hay en el costal,
que está contra la pared ?
— Ese costal, mi marido,
es trigo para moler.
— Sea trigo u no lo sea,
el costal tengo que ver.
Abió el costal y miró
sombrero del padre cura.
— Buenos días, padre cura.
— Buenos los tengas, Andrés.
— Los cabayos se han parado ;
¡ padre cura, por moler !
Atóle dezde la una,
y soltóle hasta las tres.

Verso 2 : en el *Catálogo,* 118 : « que se llamaba Isabel ».
Verso 8 : *asuquita,* 'azúcar' ; ese diminutivo no es usual, que yo sepa.
Verso 10 : *pica* : no creo que *picar* por 'golpear a una puerta' sea usual en el dialecto ; Menéndez Pidal lo señala en León y Asturias (*Romances tradicionales en América,* en los *Romances de América y otros estudios,* edición citada, pág. 32).
Verso 21 : *abió,* nunca *abrió* en el dialecto.
Verso 22 : alterado.

Este romance, según Menéndez Pidal, que tiene de él una versión tangerina (*Catálogo,* 118), se deriva de un entremés del teatro del siglo XVII. Existen versiones peninsulares : la que da Narciso Alonso Cortés en *RHi,* 1920, L, pág. 241, es más completa que la nuestra, pues cuenta cómo el cura, después de desatado, corre mirando hacia atrás de miedo a que le vuelvan a atrapar, y cómo la mujer, al encontrarlo al día siguiente, se burla de él pidiéndole que vuelva a su casa a moler, y provoca esta sabrosa contestación :

— ¡ Que te lo muela el demonio ! Yo no quiero más moler,
que en lo que yo sea cura no me engaña otra Isabel.

LIV

¡AY, QUÉ RUEDA DE FORTUNA!

¡Ay, qué rueda de fortuna!
¡Ay, qué rueda de alegría!
Si no te cansas de andar,
de dar hueltas a mi reja,
si por una me trujites
a conoser estas tierras,
si por una linda dama,
linda era la su beyeza.
Yo la vidi en su balcón,
bien adornada y bien puesta;
a su derredor tenía
todas flores en maseta,
de rozas y claveyinas,
jazmines y violetas.
Atrevíme yo y pedíla
un clavel de su maseta.
— Mira cómo me lo pide
sin dezbroche ni veruensa.
— No os agraviéis, mi señora,
que es la uzansa de mi tierra;
los galanes como yo
demandan a las donzeyas;
eyas nos dan a nozotros,
nozotros damos a eyas.
Sacara una mano blanca,
toda de sortijas yena,
y la metió a su bolsío
y a su honda faldriquera.
Sacó un estuche dorado,
y del estuche unas tijeras;
cortó clavel y bezóle
y al mosuelo se le diera:
— Toméis, moso, este clavel,
recaday bien esta prenda;
la dama que os le da
el alma y la vida os diera.
Serró la dama el balcón,
y al mosuelo dejó fuera.
Mira cómo te quedates
forastero en tierra ajena;
ni bezates ni abrasates,
ni folgates con donzeyas.
No es que te irás a alabar
con mositas de esta tierra.
Esto cantaba un galán
al pie de una hierba huena;
el que no sabe de amor
no sabe de coza huena.

Verso 2 : Rompe la asonancia ; variante del *Catálogo*, 135 : « ¡Ay, qué rueda de fortuna, / ay, de fortuna qué rueda! ».

Verso 18 : *dezbroche* (también *desbroche* en la versión del *Catálogo*), palabra incomprensible.

Ya hemos dicho que este romance se encuentra unido con el de la *Adúltera* (asonancia *é-a*) en versiones peninsulares. Después de dar el clavel al mozo y declararle su amor (nuestros versos 33-36), la dama lo hace subir a la casa, y entonces el marido, que está trabajando en el campo, oye la voz de su corazón que acusa a su mujer (véase nuestro XL). La conclusión de nuestra versión, que ridiculiza al mozuelo por su escaso éxito, excluye la continuación con el adulterio. También los últimos versos, que forman un final a menudo utilizado en Marruecos (véanse nuestros romances X y XVII), refuerzan la impresión de que el romance está terminado.

Por su estilo, este romance parece tener origen tardío ; el de la *Adúltera*, si es que lo continuaba primitivamente, ha experimentado en mayor grado, en Marruecos, el trabajo de la tradición, pues su estilo es más sencillo y popular.

LV

SÉPASÉ POR TODO EL MUNDO

(EL CAPITÁN BURLADO)

Sépasé por todo el mundo,
se publique ayá en España
que es un mercader muy rico,
mercader de grande fama.
A él le yaman don Pedro
y a la su mujer doña Ana ;
los dos tienen una hija
que de quinze años no pasa,
discreta dezde chiquita,
hermoza y de mucha grasia.
Un domingo indo a misa,
por ser pascua señalada,
lo que yevara vestida
lo diré sin faltar nada :
un jugón de tornasol,
y una camiza de Irlanda,
una saya de veludo
toda eya galoneada,
un sombrero a lo fransés
que bien la señoreaba,
una media naranjada,
con ligas de oro la ata,
y un sapatito picado
con corchetes de ezmeralda,
cadena de oro al pescueso
que siete hueltas la daba,
catorze aníos muy finos
que en sus dedos los yevaba,
un alfiler de un briyante
que todo lo clareaba,
un coche a lo valiente,
sien damas que la acompañan,
cuatro cabayos mohores
que la carreta rodaban.
Fuése paso tras de paso
hasta que a la misa entrara ;
cuando por la misa entrara,
toda la gente pazmara.
Todos quitan los sombreros
ante esta discreta dama,
y el capitán don Peñón
con fuego de amor la habla ;
— ¿ Hija de quién es, la niña ?
¿ Hija de quién es, mi alma ?
— De don Pedro, mi señor,
mercader de grande fama.
— ¿ Si me haze usted el favor
de hospedarme en la su caza ?
Tomara tinta y papel,
al punto escribió una carta,
que le amueblen aí un cuarto
y aderesen una sala,
que el capitán don Peñón
se va de huésped a caza.
La respuesta que la dan :
con un sí de mala gana.
— ¿ Cómo lo haré, mi hija,
con este ladrón en caza ?
— No se os dé nada, mi padre ;
yo haré al perro una trasa.
Is, traísme ahora, padre,
a una esclava de mi caza ;
la pondré los mis vestidos,
mis ricas joyas y galas.
Y Antonia se puziera
una saya remendada ;
con una escoba en la mano
barriendo estaba la caza.
El capitán don Peñón
yevó a la esclava de caza,
y Antonia se quedó
huena y honrada en su caza.

Verso 11 : *indo,* véase XXV, 9.
Verso 12 : *pascua,* véase XXIII, 18.
Verso 15 : *jugón,* véase VII B, 30*a*.
Verso 17 : *veludo,* nunca *velludo* en el dialecto.

Verso 33 : *mohores*, véase XI, 8.
Verso 60 : *trasa* : cfr. las acepciones que da el *Diccionario* de la Academia, s. v. *traza* : 'plan', 'invención', 'recurso'.

Es también éste uno de los romances vulgares que han pasado a la tradición oral marroquí. No es fácil fijar la época en que los judíos marroquíes tuvieron conocimiento del pliego original. La versión de Ortega, pág. 217, tiene detalles distintos de la nuestra, y, en vez de concluir con el engaño imaginado por la doncella, comienza de pronto otro cuento, según el cual quieren casar a la doncella a pesar suyo; ella llama a su amigo, y éste viene, deshace la boda y se lleva a la novia. Se pueden considerar esas diferencias y alteraciones en las versiones marroquíes como indicios de haber circulado ya el romance, por lo menos algún tiempo, en la tradición oral.

Existen versiones tradicionales en la Península: la versión santanderina que da Narciso Alonso Cortés (*RHi*, L, 1920, pág. 238), con el título de *El matrimonio engañoso*, es más completa, o por lo menos más larga que las marroquíes; el capitán no sólo se lleva a la criada en lugar de la doncella, con tanta inverosimilitud como en las versiones judías, sino que se casa con ella, y cuando se entera de la verdad la mata. También se han conservado allí, mejor que en Marruecos, las violencias y amenazas del capitán, que siembra el terror en la familia y hace necesario el ardid de la doncella.

LVI

DONDE HAY DAMAS HAY AMOR

(GENEROSIDAD)

Donde hay damas hay amor,
donde hay gentileza y gala.
En la noble Andaluzía
un gran alcaide alcaidaba :
alto es y gentilhombre,
hermozo y de huena grasia,
fortunozo en el dinero
y fortunozo en las armas,
fortunozo en los amores
y en los tratos que trataba.
Un trato trató de amor
con una hermoza dama ;
la mandó muchos biyetes
muchos biyetes y alhajas,
y todo se lo volvió,
que era cazada y honrada.
Un día estando almorzando
con su marido a la meza,
tanto bien dijera de él
que a eya se la asongrasiara ;
no se levantó de aí
más que de amores tocada.
Tomara tinta y papel,
y al punto escribió una carta ;
tomó dama de secreto
y el biyete le mandara.
El conde estaba almorzando,
vido el biyete en la halda.
— ¿ De ánde me vino este bien ?
¿ De ánde me vino esta grasia ?
Si es hombre u es mujer
muy bien le será su paga.

Quitóse paños de siempre,
se puzo los de la pascua ;
cabalgó cabayo blanco,
que el rey no le cabalgaba ;
fuése paso tras de paso
hasta que yegó a la caza ;
con un anío muy fino
diera un golpe en la ventana.
La dama estaba en avizo,
no se tardó en su yegada.
— Ayer estando almorzando
con mi marido a la meza,
tanto bien dijo de ti
que a mí te me asongrasiaras.
— Si es tu marido, señora,
no le faltaré en su dama.
La dama que atenta escucha
muerta quedó en la ventana.

Versos 1 y 2 : construcción poco clara ; texto idéntico en el *Catálogo*, 113.
Verso 4 : *alcaidaba :* no creo que *alcaidar* sea usual.
Versos 20 y 46 : *asongrasiar*, corrupción de *congraciar ;* no creo que sea usual.
Verso 28 : *halda*, véase XLIV, 33 ; el texto no es muy claro.
Verso 34 : *pascua*, véase XXIII, 18.

El asunto de este romance es el rasgo de generosidad atribuído por la leyenda a Rodrigo de Narváez y llevado al teatro por Lope de Vega, aunque con modificaciones importantes, en su comedia *El remedio en la desdicha* (episodio de los amores de Narváez con la mora Álava). La leyenda original se encuentra en el *Inventario* de Antonio de Villegas, que es la única entre las fuentes posibles de la comedia de Lope que adorna con ese relato accesorio la historia famosa de la magnanimidad de Narváez con Abindarráez y Jarifa. El *Inventario* cuenta cómo Narváez se enamora de una dama casada y cómo ella lo rechaza hasta que su mismo marido, al alabarle sus virtudes, le inspira amor hacia don Rodrigo ; ella le hace llamar por una criada suya y cuando acude se le ofrece explicándole su cambio de actitud por la intervención involuntaria del marido : « Mas agradecedlo a mi marido, que tales cosas me dijo de vos, que me han puesto en el estado que agora estoy ». Entonces se arrepiente Narváez y le dice : « Por cierto, señora, yo os quiero mucho, y os querré de aquí adelante, mas nunca Dios quiera que a hombre que tan aficionadamente ha hablado de mí haga yo tan cruel daño, antes, de hoy más, he de procurar la honra de vuestro marido como la mía propia, pues en ninguna cosa le puedo pagar mejor el bien que de mí dijo » (véase ese texto en Menéndez y Pelayo, observaciones preliminares del tomo XI de las *Obras* de Lope de Vega publicadas por la Real Academia, pág. xxxvii, nota).

Nuestro romance se deriva sin duda alguna de un romance vulgar ; lo demuestra claramente el estilo de su comienzo. Ya se nota, sin embargo, en varios lugares del texto, y sobre todo en la segunda parte, la influencia simplificadora de la elaboración tradicional y la contaminación con fórmulas tomadas de los romances viejos (versos 33 y sigs.). Observemos de paso que los versos 29-32 se han sacado de su lugar normal, que sería

después del 42. No sé si existen versiones tradicionales de este romance en la Península.

La alusión a la Andalucía y a la calidad de alcalde del héroe (versos 3-4) establece la relación del romance con Narváez, alcalde de Antequera y Álora, que no está nombrado aquí. Pero el tema puede haber existido en España independientemente de la persona de Narváez, pues existe también en Italia, en tiempos de Boccaccio (véase la edición ya citada de las comedias de Lope, Espasa-Calpe, I, pág. 53, nota 6, in fine), y hasta en la literatura latina de la Edad Media (véase María Rosa Lida, *El cuento popular en la literatura española*, Buenos Aires, 1941, pág. 59).

LVII

MELCHOR Y LAURENSIA

Malagá, escuras murayas
combaten en gran soberbio
el mejor puerto del mar
que tiene el rey en su reino.
Por aqueya caye mora,
dentro de la caye nueva,
hay una mujer que la dizen
doña Juana de Cabrera.
Esta tal tiene una hija
que se yamaba Laurensia;
es más hermoza que el sol,
y más que la luna yena;
su boca es un arrebol,
su narís ahua hilada,
sus dientes menudas perlas,
sus labios son fina grana,
su garganta cristal fino,
sus mejías coloradas,
cabeyos al sol dorado
no los deferensia nada.
Ya la tratan de cazar
con un moso de la tierra,
que es galán y gentilhombre,
se yama Melchor Vilesa.
Mañanita de San Juan
fuense a folgar a una huerta
dónde está el mar y las olas,
muchas damas en consierto.
Viniera una fuerte roca,
y tirara mosos a tierra;
muchos de eyos cautivaron,
que los de demás huyeran,
y estos dos se han cautivado,
el huen Melchor y Laurensia.
Ayá en la plasa de Argel
ya los ponían en venta;
los ha comprado una mora
de gran caudal y hazienda.
Siete años fueron cautivos
sin rescate que tuvieran,
y al cabo de los siete años,
cuando la fortuna adversa,
de más entonses la mora
no pudo ver a Laurensia.
— Mira, Melchor, que te digo
que tu amor me cauza pena,
que te volvas a mi ley
de Mahoma tu profeta.
Tú te cazarás conmigo,
gozarás de mis haziendas;
gozaré tu hermozura,
y tu la mi gentileza.
Lo que Melchor la responde,
con lagrimás que le cuelgan:
— Más pronto me caiga muerto
y me sostenga la tierra,
que yo cambiar mi ley
ni olvidar a Laurensia.
— Mira, Melchor, que te digo
que ya te vendí a Laurensia.

— ¿A quién la vendites, mora?
¿y a quién has hecho esa venta?
— Ayer la ha comprado un turco
de gran caudal y haziendas;
esta noche duerme a bordo
y mañana parte a su tierra.
Y Melchor, que no dormía,
al camino se saliera.
Encontró al amo durmiendo,
Laurensia a su cabesera;
mató al amo y a dos criados,
y a una criada se yeva.
Cuatrosientos mil reales
el perro en la faldriquera,
que con eyos se hayaba;
para la mar enderesa.
Aí vieron un barquito,
embarrancado en la arena,
que de la camiza hizo
la dezdichada la vela;
y en hora y media yegaron
a ver las blancas almenas,
y a pedir una limozna
por Dios en aquesta puerta.
Abajó una niña a abrir,
una niña muy pequeña:
— Madre, aquí está una mujer,
y trae un hombre con eya.
— Anda, vay dílos que entren,
que aquí tomarán la siesta.
¡Ay! válgamé Dios del sielo,
¡a quién te me asemejas!
a una niña que tenía,
que se yamaba Laurensia.
— Digadeis, señora mía,
si tenía alguna seña.
— Tiene un lunarsito negro
en su espalda a la derecha.
— Yo soy Laurensia, mi madre,
la dezdichada Laurensia,
y éste que a mi lado veis
es el huen Melchor Vilesa.
Como eso oyera la madre,
en un dezmayo cayera;
qué de vinos y vinagres,
que del dezmayo volviera.
Echóla en sus ricos brasos,
y en sus ricos brasos la echara,
y otro día a la mañana
las ricas bodas armaran.

Verso 2 : alterado ; corregir según la variante del *Catálogo*, 50 ; « Combaten el mar soberbio ».
Verso 26 : *fuense* por *fuéronse* no es usual en el dialecto.
Versos 28 a 30 : asonancia y sentido alterados.
Versos 73-76 : construcción y sentido alterados.

Éste es otro romance vulgar que ha entrado en la tradición marroquí (véase el *Catálogo*, 50). Existen de él versiones peninsulares (Milá, en el n° 275 de su *Romancerillo catalán*, da noticias, y cita algunos versos de una de ellas ; véanse también los n^{os} 209 y 210 del *Romancero de la Montaña*). Todas esas versiones coinciden en lo esencial del relato. La transmisión tradicional ha dejado intacto el estilo de este romance, salvo algunos pasajes, demasiado literarios, que se han desfigurado y oscurecido, particularmente el enfático comienzo. Puede ser que el pliego haya llegado muy tarde a manos de los judíos de Marruecos, quizás en nuestros tiempos.

LVIII

EN EL NOMBRE DÍLO TÚ

(LEONISIO DE SALAMANCA)

En el nombre dílo tú
y su madre soberana,
te escribo, espoza querida,
esta lastimoza carta,
para que sepas por eya
la mala vida que pasa
el pobre de tu marido
entre esta perra canaya.
Bien sabrás, espoza mía,
cómo salí una mañana
de la siudad de Alicante,
sercado de malas ahuas,
navegando el viento en popa
con alegría sobrada,
cuando a las tres de la tarde
fué nuestra desgrasia tanta :
los tres barquitos del moro
nos vinieron dando casa ;
al barquito aprizionaron
y a todos nos maniatan.
¿Adónde fuimos vendidos?
En una publicá plasa.
Nos compró un turco muy rico
que Mustafá se yamaba.
A su caza me yevó
y al punto me dió una asada,
para que al jardín me fuera
y las plantas cultivara.
Me quedí en ese ejersisio
seis mezes por cuenta clara,
y al cabo de los seis mezes,
un domingo de mañana,
bajó mi ama y me dijo
estas siguientes palabras :
— Has de saber, Leonisio,
que me quemo en viva yama,
que por tus amores muero,
sólo tú eres la cauza ;
reñega de Dios, reñega,
que me empeño en mi palabra
de dar muerte a mi marido
sin que nadie sepa nada ;
tú te cazarás conmigo ;
¿qué me respondes? ¿qué ahuardas
— Mahoma es un embustero
que con diablos liga y trata,
y así te digo, Selima,
que te vayas a tu caza,
que tengas pas con mi amo,
que es coza más asertada.
Como eso oyó la señora,
como una leona brava :
— Acudí, criados míos,
que ese quistiano me mata ;
después que mató a su amo
en mí quiere hazer vengansa.
Todos me buscan soberbios
y yo, que inosente estaba,
rezando un santo rozario
a la Virgen soberana
y encomendándolé a Dios
a los hijos de mi alma.
No te puedo escribir más,
pues el aliento me falta.
Tu espozo que bien te quiere,
Leonisio de Salamanca.

Versos 1-2 : *dílo tú*, fórmula evasiva e irónica para no pronunciar el texto genuino (« En el nombre de Jesús ») ; de igual modo el verso siguiente dice *su madre* en vez de « la Virgen ». Existe en mis informantes la conciencia del texto primitivo, y la alteración es voluntaria.

Verso 39 : *reñega*, véase XVII, 9.

Este romance también se deriva de un pliego del siglo XVII o XVIII, que figura en el *Catálogo* de pliegos sueltos que da Durán en el primer tomo

de su *Romancero general*; en la lista de los del siglo XVIII, los cuales generalmente, según dice Durán, son reimpresiones del siglo XVII, menciona en efecto (pág. LXXXVII) un romance de *Dionisio el de Salamanca*, que es sin duda nuestro *Leonisio* y cuya primera parte dice también : « En el nombre de Jesús ». El estilo de nuestra versión, perfectamente conservada con los caracteres propios de esa clase de romances, su grado muy imperfecto de descristianización, pues no ha desaparecido el recuerdo del texto primitivo de los dos primeros versos y más lejos subsisten el rosario y la Virgen (versos 59-60), y el hecho de no figurar en el *Catálogo* permiten suponer que sea una adquisición reciente y poco difundida del romancero marroquí, fundado en algún pliego que habrá llegado a Marruecos en las últimas generaciones.

LIX

LA SEMANA MAL EMPLEADA

El lunes de una semana
salió a pasear la Inés ;
me encontré con la inhumana
y dije postrado a sus pies :
— Señorita, si me admite,
mi corasón la daré.
Y me respondió la ingrata :
— Ahora no puede ser.
Mañana al anocheser.
Yegó el martes ; silensioso
en su caye me paré ;
la vi salir tan hermosa,
más bien ángel que mujer.
Alargué el paso y la dije :
— Señorita, lo de ayer.
Y me respondió la ingrata :
— Ahora no puede ser.
Mañana al anocheser.
Yegó el miércoles, y, yeno
mi corasón de plaser,
la vi con su madre al lado ;
¡ ay de mí ! si la hablaré.
Medio entre dientes la dije :
— Señorita doña Inés ...
Y me respondió la ingrata :
— Ahora no puede ser.
Mañana al anocheser.
Yegó el jueves y ansioso
desperté al amaneser ;
me fuí a su casa al punto,
serrada me la encontré ;
volví por la tarde al punto ;
al verme eya díjomé :
— Cabayero, voy de marcha,
ahora no puede ser.
Mañana al anocheser.
El viernes, yo, con sentido
de hablarla con rapidés
y con fino amor, la dije :
— Señorita ¿ me ama usted ?
Si usted me ama, yo la adoro ;
no me deje padeser.
Y me respondió la ingrata :
— Ahora no puede ser,
Mañana al anocheser.
Yegó el sábado, que un siglo
se yegó a mi apareser ;
la saludé plasentero
y me respondió cortés ;
mas, al yegarme a pedirla
un favor de no se qué,
me respondió la ingrata :
— Ahora no puede ser.
Mañana al anocheser.
Yegó por fin el domingo ;
contento la fuí a abrasar,

y me respondió la ingrata
con enfado singular :
— Toda la semana entera
Bien se puede haser penar,
pero la Iglesia romana,
domingo no es regular.
Cabayero, abur y andar.

Verso 47 : alterado.

No habría incluído en la presente colección esta composición, seguramente moderna y ajena al romancero, si Menéndez Pidal no le hubiera dado lugar en su *Catálogo* (nº 137). Puede aducirse como prueba de la nueva capacidad de absorción de la tradición judía al reanudarse, después de varios siglos, las relaciones entre los desterrados y la Península. En cuanto a la ortografía que hemos adoptado para este texto, véase el comentario de nuestro XLIII.

LX

EN CA DEL HUEN REY

(EL CABALLO PERDIDO)

En ca del huen reye
se perdió un cabayo ;
dezían que el conde
lo había robado.
Ya ataban al conde
al pie de la torre,
cadena al pescueso,
su cuerpo en priziones.
Miróle la reina
dezde el corredore ;
el conde con veruensa
tapó sus priziones.
— No las tapís, conde,
no las tapís, none,
que para los hombres
se dió las priziones,
para las mujeres
los fuertes dolores,
para las alᶜazbas
las ricas labores,
para los mansebos
los huenos doblones.
Arsara sus ojos
ande el sol se pone,
miró al carpintero
que la horca haze :
— Maestro, maestro,
así Dios vos huarde,
hazelda muy alta
y angosto el coyare,
por que pierda el conde
su hermosa fase,
y no coman los perros
de atán linda carne.

Verso 1 : *reye*, véase VII, 5.
Versos 8, 12, 16 : *priziones* 'grillos', 'cadenas' (véase *Diccionario de la Academia*, s. v. *prisión*).
Verso 19 : *alᶜazba* 'moza' es palabra árabe incorporada al dialecto ; figura en el glosario de Benoliel, *BAE*, XIV, 569.

Este romance, que parece ser de los viejos, no figura, sin embargo, en las antiguas colecciones. Está bastante difundido en Marruecos, pues lo conocen Menéndez Pidal (*Catálogo*, 121 bis, versión tangerina) y Ortega,

pág. 222 (en Ortega está geminado con el del *Sevillano*, nuestro VII, al cual sirve de conclusión, a pesar de no haber relación ninguna entre los dos asuntos). Dice Menéndez Pidal que no conoce versiones peninsulares, salvo en Cataluña ; lo encontramos en el *Romancerillo Catalán* de Milá (n° 241, varias versiones).

El relato parece mejor conservado en Cataluña que en Marruecos ; allí la súplica al carpintero que hace la horca está en boca del mismo conde ; entonces es cuando el rey y la reina lo ven desde el palacio y gritan al verdugo que afloje la soga, pero es demasiado tarde y el conde ya ha muerto. El relato marroquí es menos coherente ; las palabras de la reina al conde no tienen conclusión (nuestra versión las prolonga con adiciones mecánicas, muy inoportunas) y lo que dice después al verdugo está muy alterado. Nuestros versos 31-32, idénticos a los de Ortega, parecen resultar de una interpretación falsa del verso 30, considerado como agresivo ; los versos 33-34, que faltan en Ortega, mantienen, contradictoriamente con aquéllos, el sentido primitivo.

Menéndez Pelayo (*Antología*, XII, pág. 264, nota) observa una analogía remota entre este romance y los romances asturianos sobre Bernardo del Carpio (*Ibid*, pág. 48-50) en los que Bernardo derriba la horca preparada para el conde, su padre, pero la relación es demasiado vaga para poder incluir nuestro romance en el ciclo de Bernardo.

LXI

MAÑANITA ERA, MAÑANA

(PÉRDIDA DE ANTEQUERA)

Mañanita era, mañana,
a tiempo que alboreaba ;
grandes fiestas hazen los moros
en la vega de Granada.

Aquel que amores tenía
aí se le señalaban,
y el que no los tenía
en tenerlos procuraba.

Ya hemos notado que este fragmento de romance, que viene encabezando en la tradición marroquí el del nacimiento de Bernardo del Carpio (nuestro XXI), pertenece en realidad a uno de los romances fronterizos de la pérdida de Antequera (*Primavera*, 75). También figura, y con expresiones más parecidas a las de nuestro texto, como comienzo de un romance morisco de asunto completamente distinto que publicó Pérez de Hita en sus *Guerras civiles de Granada* (está en Durán, n° 80). Menéndez Pelayo (*Antología*, XII, pág. 182) piensa que pertenece primitivamente al morisco y no al fronterizo, y que es éste un caso de contaminación de los dos géneros ; pero el fronterizo ya figura en la *Silva* de 1550, y no se suele admitir que hayan existido romances moriscos en fecha tan temprana.

LXII

POR LOS ANJIBES DEL AHUA

(ROMANCE DE PORTOCARRERO)

Por los anJibes del ahua
donde la fama salía,
saliera el rey de Granada
con su moro alcaide un día,
a mirar la escaramusa
que en el campo se hazía.
Entre eyos salió un quistiano
valiente a las maravías,
lansa de oro en la su mano,
que siete palmos tenía ;
no las midió con su puño,
que sincuenta y más tenía.
Cuando con eya bandea,
la tira de vía en vía ;
cuando con eya guerrea,
con eya mata y hería.
Preguntó el rey al alcaide
si había quien le conosía :
— Yo le conosco, señor,
de ayá de la Andaluzía ;
fuerte guerrero se yama,
natural es de Sevía.
— Por tu vida, mi alcaide,
saquísmelé al campo un día.
— No haré tal, mi señor rey,
aunque me coste la vida.
Un día se lo pidiera,
a mí caro costaría ;
me cayó de mi cabayo,
hízomé tantas heridas ;
me cautivara siete años,
los mejores de mi vida ;
y al cabo de los siete años,
para su caza me envía,
y a las puertas de Granada
escribió su valentía ;
escribió con letras de oro
un romanse que dezía :
« Quien de aquí quitare esto,
le quitaré yo la vida ».

Verso 1 : *anJibes,* léase *aljibes ;* variante del *Catálogo,* 11 : « andjibas ».

Verso 2 : *donde la fama salía,* texto corrompido ; la versión tangerina del *Catálogo,* 11, da otra variante, también alterada : « por ande la infanta había » ; el texto primitivo debe de ser el de la versión antigua inédita, citada en el mismo lugar del *Catálogo :* « que dentro de Alhambra avía » ; se alteró sin duda el pasaje al perderse el recuerdo de la Alhambra.

Versos 11-12 : oscuros.

Verso 13 : *bandea : bandear,* según el *Diccionario de la Academia,* es 'mover a una y otra banda' ; aludirá aquí al movimiento oscilatorio que precede al tiro de la lanza.

Verso 14 : *vía* es la forma dialectal de *villa.*

Verso 34 : *para su caza,* léase probablemente *mi caza ;* cfr. en la versión antigua : « en libertad me ponía ».

Éste es un romance fronterizo inédito, del cual existen, sin embargo, versiones antiguas manuscritas. Menéndez Pidal, en su *Catálogo,* 11, reproduce una de ellas, que es muy parecida tanto a la nuestra como a la tangerina citada en el mismo lugar. La antigua nombra al héroe :

Portocorrero se llama, natural es de Sevilla.

Se trata de Portocarrero, señor de Palma, que participó en las guerras de

Granada ; el verso que menciona su nombre parece olvidado en Tánger, pues no figura en la cita del *Catálogo*. Nuestra versión lo ha conservado cambiando Portocarrero en « fuerte guerrero ».

LXIII

SERCADA ESTÁ SANTA FE

(GARCILASO DE LA VEGA)

Sercada está Santa Fe
de un rico lienso enserado ;
ricas tiendas le rodean
de tersiopelo y brocado.
En la más chiquita de eyas
está Cristo señalado,
y en la cabesa de Cristo
está un rubí de oro ezmaltado,
que si le apresiáis, el Sidi,
vale más que tu reinado.
A las doze horas del día
un moro se ha demostrado,
sobre un cabayo negro
de blancas manchas manchado.

Verso 9 : *Sidi,* véase XII, 1.

Este fragmento, que se canta como comienzo de nuestra versión del *Cid y el Rey Búcar,* pertenece a un romance completamente distinto y bastante conocido : el romance fronterizo que cuenta la supuesta hazaña del joven Garcilaso de la Vega, vencedor de un moro que venía desafiando a los caballeros cristianos en la vega de Granada y por escarnio llevaba el Ave María atado a la cola del caballo. Véase a propósito de ese romance el *Tratado de los romances viejos*, de Menéndez Pelayo, en *Antología*, XII, págs. 226-235, y las observaciones preliminares del mismo autor en el tomo XI de las *Obras* de Lope de Vega, edición de la Real Academia Española, págs. XLII-XLV, XLIX-LIII, LVII.

La forma más primitiva del romance de Garcilaso, varias veces rehecho en los siglos XVI y XVII, se encuentra en Pérez de Hita (está reproducida en la *Primavera*, 93), pero tampoco parece muy vieja. Nuestro texto sigue en general el de la versión antigua, que parece ser el mismo que utilizó Lope de Vega en sus dos comedias, *Los hechos de Garcilaso* y *El cerco de Santa Fe* (véanse págs. 222 y 232 del tomo XI de la edición ya citada). No me parece muy claro su comienzo, que, sin embargo, se encuentra idéntico en todas partes.

Cercada está Santa Fe de un rico (o de mucho) lienzo encerado.

Santa Fe es la ciudad que los Reyes Católicos levantaron frente a Granada, fortificando para mayor seguridad el real que habían establecido al comenzar el asedio. El « lienzo encerado » de que está cercada la ciudad cristiana se halla explicado en forma bastante curiosa en la obra de Pérez de Hita, quien dice que el campo del rey « fué cercado de un firme baluarte, de madera

odo, y luego, por encima, cubierto de lienzo encerado, de modo que parecía una blanca y firme muralla, toda almenada y torreada, que era cosa de ver, que no parecía sino labrada de una muy fuerte cantería» (pág. 280). Esa explicación no parece fundada sino en la fantasía del autor; podemos pensar en otra acepción, ya atestiguada en el siglo XV, de la voz *lienzo*, que es trozo de muralla [1]. Es posible que el verso primitivo sólo aludiera a las murallas edificadas por los cristianos alrededor de su campo.

Las versiones del siglo XVI no ofrecen nada que corresponda a nuestros versos 5-8; en cambio describen de igual modo la llegada del moro. Son curiosos los detalles que agrega la versión de Ortega, pág. 227, en el retrato del moro:

Un oído trae sordo, el otro trae tapado;
un ojo tiene de vidrio, el otro alcojolado.
La barba trae crecida, el cabello crezco y cano;
el brazo blanco y peludo, la metaz de él argeñado [2].

Ese retrato ridículo tal vez se origina en un pasaje de la versión de nuestro romance que figura en el *Romancero historiado* de Lucas Rodríguez (1579):

Las orejas trae hendidas, el rostro hecho pedazos
porque con sus anchos dientes a morder estaba usado.

Pero aquí se trata del caballo, y no del jinete, aunque el giro gramatical pueda causar confusión al principio, pues se acaba de hablar de los dos. También hay que notar que en la comedia del *Triunfo del Ave María*, que es del siglo XVII y se siguió representando en Granada hasta nuestros días en conmemoración anual de la reconquista de la ciudad, el moro hace un papel grotesco, y los espectadores suelen burlarse de él e insultarle (véase Durán, 1118, nota). Si no son puras coincidencias, las relaciones que indicamos tenderían a demostrar un contacto de la tradición marroquí con formas tardías del romance.

Observemos, por fin, que la llegada del moro fué lo que permitió la con-

[1] Cfr. Juan de Mena, *El laberinto* (concluído en 1444), copla 96:

Cesárea se lee que con terremoto
fuesse su muro por tierra caído,
sus casas e pueblo todo destruído
que non quedó *lienzo* que non fuesse roto.

Tal acepción es corriente aún hoy en varios puntos de América, por ejemplo en Santo Domingo, según observación de don Pedro Henríquez Ureña.

[2] *Alcojolado* y *argeñado* son grafías inexactas del recolector, por *alcoḥolado* y *alḥeñado* (= *alcoholado*, *alheñado*), con restitución en el dialecto de la auténtica consonante de las radicales árabes correspondientes. *Crezco* será forma alterada de *crespo*.

taminación con el romance de *Búcar*, pues éste empieza justamente con un elemento análogo :

Hélo, hélo, por do viene el moro por la calzada,
caballero a la gineta encima una yegua baya...

Se confundió, pues, por la semejanza de la llegada, al moro sacrílego de Granada con el no menos antipático enemigo del Cid, y se pasó de un relato a otro.

LXIV

MALO ESTABA ESE REY

(MUERTE DEL PRÍNCIPE DON JUAN)

Malo estaba ese rey,
ese rey de Salamanca ;
malo está de cayentura,
que otro mal no se le hayaba.
Ya mandan por los dutores,
dutores de toda España ;
unos le miran el purso,
otros le miran las ahuas ;
todos dizen a una boca :
— Mi señor no tiene nada,
si no era el más chiquito
que Sabastián se yamaba :
— Perdón, perdón, mi señor rey,
por esta triste palabra :
tres horas le quedan de vida,
la una y media ya es pasada.
Como eso oyera su padre,
echó mano a la su barba ;
pelóselá pelo a pelo,
hasta que no dejó nada.
Por aí pasó su madre,
su madre la dezgrasiada ;
rogando iba a Dios del sielo
trocase alma por alma.
Por aí pasó su espoza,
su espoza la dezdichada,
toda vestida de luto
y una soga a la garganta :
— Apartay, condes y duques,
pasará esta dezdichada,
que bien se puede yamar
viuda antes de cazada.

Verso 3 : *Cayentura : callentura : calientura* por *calentura* ; *caliente* en el dialecto se dice *cayente*.
Verso 5 : *dutores*, véase XXX, 23.

Este romance, que sólo ha llegado hasta nosotros por la tradición oral, se refiere a un hecho histórico, ocurrido en Salamanca en el año 1497 : la muerte del príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos. Lo estudió en varias versiones peninsulares la señora María Goyri de Menéndez Pidal, *BHi*, VI, 1904, págs. 29-37 ; esas mismas versiones están reproducidas en *Antología*, XII, págs. 546-548. Es muy probable que el romance haya llegado a oídos de los judíos después del destierro, que casi coincidió con la muerte de don Juan. Se han conservado en el romance varias circunstancias históricas de la muerte de don Juan, pero dispersadas en las distintas versiones. El nombre mismo de don Juan persiste en versiones peninsulares ;

en otras se cambió por don Pedro (así en la tangerina citada por Menéndez Pidal en el *Catálogo*, 15); la nuestra y la de Galante (nº 13) no dan ningún nombre. Las marroquíes hacen mención de Salamanca, donde ocurrió el suceso histórico. En cambio olvidan al doctor de la Parra, médico de los Reyes Católicos, nombrado en versiones peninsulares y evocado en la oriental (« un dotor de grande fama »). Las versiones españolas generalmente insisten en la preocupación del moribundo por el destino de su mujer, circunstancia históricamente atestiguada por las recomendaciones incluídas en su testamento; parece que ese elemento tiende a desaparecer en las versiones judías: no figura en la de Galante, ni en las tangerinas del *Catálogo* (por lo menos no lo menciona Menéndez Pidal), ni en la nuestra. Se ha conservado mejor en el romance judío el recuerdo de la preñez de la princesa; en Oriente y en Tánger, don Juan, antes de morir, designa como sucesor al hijo que está por nacer (así lo hizo realmente en su testamento). En eso las versiones judías se mantienen más cerca de la verdad histórica que las peninsulares, que desarrollan el tema con mucha imaginación: la princesa preñada se desmaya al enterarse del estado de su esposo; los médicos, no pudiendo volverla a la vida, sacan de su vientre al niño, a quien el padre bendice antes de morir. En realidad la esposa de don Juan malparió una hija al año siguiente, sin que la muerte de su marido ni el malparto le hubiesen costado la vida; sin embargo, el tema de su muerte simultánea con la de su marido se ha desarrollado en la Península, y aun en versiones que no se interesan por el hijo ni hablan del parto (*Romancero de la Montaña*, nº 18-22; en la oriental parece que hay algo análogo en el final, que desgraciadamente está bastante alterado).

Se habrá advertido que en nuestra versión han desaparecido a la vez las recomendaciones de don Juan acerca de su mujer, el embarazo de la princesa y la preocupación por el niño. Es que se nota en esa versión una tendencia a sustituir el relato circunstanciado de un acontecimiento por una pura escena fúnebre; hace intervenir al padre, a la madre y a la mujer sólo como elementos sucesivos de un cuadro de duelo, y me parece que dentro de esa nueva inspiración hace bien en detenerse en el lamento de la mujer, sin contar siquiera la muerte del rey. Se puede observar la misma tendencia, aunque menos neta, en la versión de Danon, que también presenta el desfile fúnebre de los padres y de la esposa; hasta en las versiones peninsulares se hace sentir a veces semejante interpretación del asunto; en las montañesas ya citadas la mujer aparece

toda vestida de luto, desde los pies a la cara.

Creo que el origen de esa interpretación está en las quejas del moribundo, que ya se encuentran en las versiones menos transformadas, y por su belleza merecen haber guiado el curso ulterior del romance:

Luego me levanto, esposa, el lunes por la mañana
con los pies amarillitos y la cara amortajada ;
tú te vestirás de luto llorando desconsolada,
y te irás para la iglesia y volverás a tu casa,
hallarás las calles tristes y las tres puertas cerradas...

Este romance de la *Muerte de don Juan* no se debe confundir con el de la *Muerte de Alejandro*, asonantado en *ó* (versión antigua en la *Antología*, IX, pág. 218 ; una versión de Sofía en el *Catálogo*, 44), aunque se han podido contaminar uno con otro, como puede verse en la versión que da Galante del primero, citada más arriba (Gil, en su n° XIII, confunde versiones de los dos).

LXV

DOÑA ALDA

(EL SUEÑO DE DOÑA ALDA)

En París está doña Alda,
la espozica de Rondale,
tressientas damas con eya,
todas de alto y huen linaje.
Las siento eran de Fransia,
las siento de Portogale,
las siento eran de París,
de París la naturale.
Las siento hilaban oro,
las siento tejen sedale,
las siento tañen torneos
para doña Alda folgare.
Al són de los estrumentos
doña Alda dormida cae ;
recordó despavorida
con un pavor y atán grande :
— Un sueño soñí, mis dueñas,
. . . . . ;
la que bien me le soltare,
huen marido la he de dare ;
la que no me le soltare,
matarla con mi puñale.
Todas responden a una :
— Bien será y bien se harále.
— En aquel xaral de arriba,
un ave vidi volare :
de sus alas caen plumas,
de su pico corre sangre ;
un gavilán detrás de eya
que la quería matare.
— Las plumas, la mi señora,
aves que vais a matare ;
vendrá Rondal de la guerra,
bodas son que vais a armare ;
la sangre, la mi señora,
será huestro caronale.
Eyas en esas palabras,
un paje a la puerta bate :
— ¿Qué albrisias me traes, paje,
de mi espozo don Rondale ?
— Las albrisias que te traigo,
no te las quiJera dare :
que en las guerras de León
mataron a don Rondale.

Verso 10 : *sedal*, alteración de *cendal*, por influencia de *seda*.
Verso 18 : falta. La cita del *Catálogo*, 21, dice : « Un sueño soñé, mis dueñas, / cual en bien me lo solvadis » ; la versión antigua de la *Primavera*, 184 : « Un sueño soñé, doncellas, / que me ha dado gran pesar ». Al cantar el romance, mis informantes remedian el olvido de este hemistiquio repitiendo el siguiente.
Verso 24 : *harále*, alteración probable de un *haráe* con *e* paragógica.
Verso 36 : *caronal*, de *carnal*, forma documentada en la literatura antigua.
Verso 38 : *bate*, véase IV, 30.

Las versiones judías de este romance son las únicas modernas que conoce Menéndez Pidal (*Flor Nueva*, pág. 95). Las orientales permanecen aún inéditas; los versos que cita Menéndez Pidal en el artículo del *Catálogo* dedicado a este romance (nº 21), y que son casi idénticos a los versos correspondientes de nuestra versión, son seguramente de procedencia marroquí.

Es conocido el relato de la muerte de Alda en la *Chanson de Roland* cuando Carlomagno le anuncia que Roldán ha muerto (véase ese texto reproducido en la *Antología*, XI, pág. 115). Nuestro romance nada tiene de común con aquel relato, y deriva de una tradición muy alterada y transformada, que logró, empero, en nuestro poema, un grado sorprendente de sencillez y fuerza poética.

Es admirable la semejanza, a veces literal, de la versión marroquí con la antigua (*Primavera*, 184). La moderna sólo es un poco más breve en el relato, y difiere de la antigua en los detalles del sueño y de su explicación simbólica. Nuestros versos 21-22 son evidentemente postizos.

LXVI

ESE REY DE LOS ROMANOS

(TARQUINO Y LUCRECIA)

Ese rey de los Romanos,
que Tarquino se yamaba,
namoróse de Lucresia,
Lucresia está apalabrada,
que para dormir con eya,
una gran traisión armara.
Vistióse todo de verde
como el que viene de casa,
fuése para los palasios
donde la Lucresia estaba.
Lucresia, como le vido,
como rey le apozentara;
púzolé siyeta de oro
con los sus goznes de plata,
púzolé meza de goznes
con mantel de fina holanda.
púzolé a comer pan blanco
y a beber vino sin ahua,
y con un negro de los suyos
mandóle a hazer la cama.
Así a la media noche
Tarquino se levantara.
Tomó candil de oro en mano,
y en la otra su rica espada,
y fuése para los palasios
donde la Lucresia estaba.
— Lucresia, si me la cumples,
reina serás y abastada;
Lucresia, si no me cumples,
matarte con la mi espada.
— Que me mates, que me dejes,
a mí no se me da nada;
más vale morir con honra
que no reina y dezhonrada.

Verso 30: primitivamente, debió de decir « matarte he ».

Este romance de *Tarquino y Lucrecia* se deriva del que figura en el Romancero de Durán con el nº 519; no es de los viejos, y no lo admitió Wolf en su *Primavera*. Menéndez Pidal, por su estilo, cree que es de la primera mitad del siglo XVI; es, por consiguiente, uno de los que entraron en la tradición judía después del destierro.

Menéndez Pidal piensa que los judíos lo conocieron por el *Cancionero de Romances*, en que se publicó por primera vez. Amberes, donde se editó el *Cancionero*, era entonces un centro importante de judíos españoles, que pudieron comunicar a sus correligionarios de Marruecos y Oriente ejemplares de la famosa colección, tantas veces reeditada en la segunda mitad del siglo XVI (*Catálogo*, pág. 142). Pero queda por explicar la semejanza de las versiones tradicionales en lugares tan alejados uno de otro como Marruecos y el Oriente, y basta leer nuestra versión y la de Salónica (Coello, 1 *M. y P.*) para advertir que salen de una misma forma, ya elaborada y transformada, del romance. Las dos describen con detalles ignorados en el original cómo Lucrecia recibe al rey. Lo mismo sucede en la versión del *Catálogo*, 45 ; los detalles varían en cada una de las tres versiones, pero el hecho de existir en todas merece atención, y la merece más todavía la supresión, común a las tres, de la segunda traición de Tarquino, quien, viendo a Lucrecia dispuesta a morir, le anuncia que después de matarla pondrá en la cama un negro muerto y dirá que los encontró juntos, y con eso la obliga á ceder. No sé si el negro de nuestra versión (verso 19) es un vestigio de ese episodio, que en todo caso se ha eliminado igualmente en Marruecos y en Oriente, donde se suicida Lucrecia antes de ser deshonrada (en nuestra versión, inacabada, falta el suicidio) ; también se ha suprimido la entrevista de Lucrecia con su marido, y la confesión que le hace para explicarle su intención de suicidarse (en la versión resumida por el *Catálogo* le escribe en el momento de darse la muerte). En todas las versiones falta el último episodio : los llantos y el juramento de Colatino y la sublevación de los romanos contra Tarquino. Esas semejanzas de la tradición marroquí con la oriental se pueden explicar por las relaciones que seguramente existieron en el siglo XVI entre los desterrados de ambos extremos del Mediterráneo. También se puede suponer que se formó en España, a poco de componerse el romance, una versión tradicional, a la vez muy acortada y enriquecida con algunos detalles nuevos, y que esa versión fué la que recibieron los judíos de Marruecos y Oriente por intermedio de emigrantes tardíos o de viajeros. Ya hemos observado en los casos muy parecidos de *Landarico* y del *Rapto de Elena* (nuestros VIII y XIX) igual semejanza entre Marruecos y el Levante, también difícilmente explicable si no se admite una elaboración oral temprana del primitivo romance erudito.

Disponiendo a la vez del original literario y de los derivados populares antiguos, podemos comparar su estilo y percibir los procedimientos con los cuales la tradición simplifica y a veces embellece lo que pasa por sus manos. Los textos muestran cómo desaparecen las aposiciones, los adjetivos o adverbios redundantes, los incidentes narrativos que abundan en el original. Así, y con la adición de bellos detalles de tono arcaico o popular como en la recepción de Tarquino :

Púsole silla de oro con una cruz esmaltada;
púsole a comer gallinas y a beber agua rosada

(*Catálogo.*)

Le metió gaína en sena, cama de oro que se echara

(*Coello.*)

(véanse nuestros versos 13-18), llega a adquirir el romance algún parecido con los viejos.

LXVII

DAVID Y GOLIAT

Un pregón pregonó el rey,
un pregón que ansí dezía:
el que matare a Goliat,
medio reino le daría;
le daría medio reino
y una hija que tenía.
Aí se alḥadró un mansebito
que David por nombre había:
— Deisme huestras armas, rey;
señor, yo le mataría.
Las armas eran muy largas
y David corto sería;
arsó tres chinas del suelo
y echólas en su capía.
La una, dijo « Abraham »;
la otra, « Isḥac » diría;
la otra, « Dios de los sielos »,
con eya le mataría.

Verso 7: *se alḥadró*, véase II, 21.

Existe un romance de *David y Goliat* en Sepúlveda (Durán, 449), pero el nuestro no parece deber gran cosa a esa composición erudita, larga y detallada; difieren además en el asonante (*á-a* en Sepúlveda); parece que sus semejanzas sólo resultan del patrón bíblico común.

No sé si la versión citada en el *Catálogo*, 36, es la misma que da Benoliel en su citado artículo (*BAE*, XIV, 1927, pág. 366). Es más larga que la nuestra, tiene un retrato de Goliat y sus armas, imitado de la Biblia (I *Samuel*, XVII, 4-7), e imagina que David arroja de sí las armas del rey, no porque le estorben, sino por haber observado que Saúl tenía celos de él al verle armado (es un recuerdo de un episodio posterior al de Goliat: I *Samuel*, XVIII, 7-9). La nuestra elimina el diálogo de David y Goliat antes del combate; su originalidad está en los últimos versos: en vez de matar a Goliat del primer golpe, como en el romance de Sepúlveda y en la versión de Benoliel, fieles en eso al relatobíblico (I *Samuel*, XVII, 49), David utiliza las tres piedras, invocando al lanzar cada una de las dos primeras el nombre de un patriarca, y triunfando con la última por haber invocado al « Dios de los cielos ». Esa variante dramática quizás proceda del pasaje bíblico en que David dice al gigante: « Yo vengo a ti en nombre de Jehovah » (I *Samuel*, XVII, 45), y que se encuentra, más o menos adaptado, en las demás versiones, pero en su lugar normal, es decir, en el diálogo de los dos adversarios.

LXVIII

AMNÓN Y TAMAR

Un hijo tiene el rey David
que por nombre Amnón se yama;
namoróse de Tamar,
aunque era su propia hermana.
Fuertes fueron los amores,
malo cayó y echado en cama.
Un día por la mañana
su padre a verle entrara :
— ¿ Qué tienes, y tú, Amnón,
hijo mío y de mi alma ?
— Malo estoy yo, el mi padre,
malo estoy yo y no como nada.
— Sí comerás tú, Amnón,
pechuhuita de una pava.
— Yo la comeré, mi padre,
si Tamar me la guizara.
— Yo se lo diré a Tamar,
que la guize y te la traiga.
Otro día a la mañana,
Tamar por la puerta entrara ;
— ¿ Qué tienes, y tú, Amnón,
hermano mío y de mi alma ?
— Los tus amores, Tamar,
me trujeron a esta cama.
— Si de mi amor estás malo,
no te levantes de esta cama.

Verso 6 : *echado,* véase IV, 39.

Versos 9 y 21 : *¿ Qué tienes, y tú...* ? Así se canta : *y tú,* remediando con una *y* superflua la insuficiencia métrica.

Es éste uno de los rarísimos romances — si no el único — de tema bíblico conservados en la tradición oral de la Península. Las versiones judías (sólo marroquíes, pues no conozco versiones orientales) no difieren sensiblemente de las peninsulares, que conservan los elementos esenciales del relato bíblico (II *Samuel,* XIII), suprimiendo generalmente el diálogo de Tamar con Amnón antes de la escena incestuosa y agregando un final postizo con consuelos humorísticos, o con maldiciones, o con demonios. La única versión cuyo desenlace se conforma al de la Biblia es la de Ortega, pág. 218, en que Tamar se queja a su hermano Absalón de lo ocurrido y él promete vengarla (cf. II *Samuel,* XIII, 20-29). Esa misma versión, sin embargo, olvida indicar el aborrecimiento que en Amnón sigue a la satisfacción de su deseo (II *Samnel,* XIII, 15) y que se conservó en versiones peninsulares. Nuestra versión muy acortada elimina hasta la misma escena incestuosa, terminando con una maldición de la hermana ofendida, ajena al texto sagrado.

No conozco versión antigua de este romance ; la artificiosa y pesada composición del siglo XVII que está en Durán, nº 452, no me parece que tenga nada que ver con ésta. Hubo de existir, sin embargo, un original común de las modernas, judías y no judías.

Los nombres de los protagonistas han experimentado a veces, aun entre los judíos, los cambios más fantásticos : Tamar es Altamar, Altamare, Altamara, Ultramara ; Amnón es Hablón en Ortega, a veces Tarquino (véase nuestro XXXVI), don Flores, y hasta Miguel Alonso.

APÉNDICE

I. *Romance de Don Gato.* — Es un romance humorístico, conocido en España y América (véase Moya, *Romancero*, I, págs. 565 570, una versión dominicana en Pedro Henríquez Ureña, *Romances en América*, en la revista *Cuba Contemporánea*, de La Habana, noviembre de 1913, pág. 361, una versión mexicana, incompleta, en Pedro Henríquez Ureña y Beltram D. Wolfe, *Romances tradicionales en Méjico*, nº 12, en *Homenaje a Menéndez Pidal*, tomo II, y una versión chilena en Menéndez Pidal, *Romances de América*, pág. 24). Trata de un gato que, conmovido por la noticia de su próximo casamiento, o para besar a una gata, se cae de un tejado y se mata. La versión de que he tenido noticia en Orán aplicaba simbólicamente la historia a un novio de Tetúan, a quien había ocurrido la misma desventura queriendo besar a su novia de una ventana a la otra : hasta se citaban los nombres de ambos en los primeros versos. No di mayor importancia a la canción, pensando que se trataba de una obra de actualidad, puramente judía. Sólo después conocí la existencia universal, en el dominio hispánico, del *Romance de Don Gato*. También se conoce entre los judíos de Marruecos en su forma original, sin aplicación a personas (véase Ortega, *ob. cit.* 144).

II. Ya he dicho que existían entre los judíos españoles de Marruecos cantos distintos de los romances. No puedo citar aquí sino un canto para bodas que enumera las bellezas de la novia, celebrándolas cada una en una copla con una comparación poética. El mismo procedimiento existe, con otro fin, en un romance reproducido por Ortega, pág. 219 (« Ya se va la blanca niña »). Señalo esa canción (que no es un romance), por su estribillo :

Aí por las arenitas y por el arenar,
Aí por cayes del novio me harís andar.
Adobar, adobar y adobar,
Calderita de mi amiga y a mi caldera adobar.

Danon reproduce (*Revue des Études Juives*, 1896, pág. 104 y siguientes) una lista de títulos de canciones sacadas de un manuscrito judeo-español de Oriente, del año 1641 ; entre esos títulos figura el siguiente :

Adobar, adobar, caldero adobar.

Es prueba de que mi canción, aunque invadida por palabras árabes, se deriva de una tradición muy antigua. En general, queda por recoger y estudiar la tradición marroquí ajena al romancero, que, según puedo juzgar, es muy abundante y debe de ser en gran parte antigua.

CONCLUSIONES

Quisiera esbozar aquí algunas conclusiones sobre nuestros romances, considerados con relación al conjunto del romancero.

I. COMPARACIÓN DE LA TRADICIÓN MARROQUÍ CON LA PENINSULAR

a) *Romances conocidos en la tradición peninsular* : Nuestros romances, en su gran mayoría (54 sobre 68), existen también en la tradición peninsular (versiones antiguas, manuscritas o impresas, o indicios de que existieron, y versiones modernas). Sólo adoptaremos aquí el punto de vista de la cantidad y del buen o mal estado de conservación del material, sin considerar el valor poético de las variantes.

1) En muchos casos, las versiones judías son las únicas versiones modernas de un romance consignado en las colecciones antiguas o cuya existencia está evocada en textos antiguos. Es notable, por ejemplo, la riqueza de nuestra tradición en romances históricos, categoría muy prestigiosa y sin embargo muy olvidada en la tradición peninsular moderna. Nuestros nos XXI (*Bernardo del Carpio*), XXIII (*Don Sancho y Urraca*), los fronterizos LXI (*Pérdida de Antequera*), LXII (*Portocarrero*), LXIII (*Garcilaso*), no parecen haber dejado recuerdo ninguno en la Península [1]. Sólo el XXII y el XXIV (*Quejas de Jimena* y *El Cid y Búcar*) se han conservado también en España ; es un caso excepcional el del LXIV (*Muerte del Príncipe don Juan*), del cual no subsiste versión antigua, y que está mejor conservado en la tradición moderna de la Península que en la judía. Además de los romances históricos, varios carolingios y novelescos de las colecciones antiguas se han conservado sólo entre los judíos ; así nuestros nos II (*La linda Melisenda*), V (*Las bodas en París*), IX (*Vos labraré yo un pendón*), XII (*La buena hija*), XIX (*Robo de Elena*), XXV (*Vergilios*), XXVII (*Juliasesa*), XXIX (*Conde Arnaldos*), LXV (*Sueño de doña Alda*), a los cuales se puede agregar el VIII (*Landarico*) y el X (*¿Por qué no cantáis, la bella ?*), que son muy raros en la Península.

En todos esos casos lo más frecuente es que la versión judía moderna sea inferior o equivalente a la antigua, pero no es siempre así : el V (*Bodas en París*), el XII (*La buena hija*) y el XXIX (*Conde Arnaldos*) están más completos en las versiones judías que en las del siglo XVI.

2) Cuando tenemos versiones peninsulares modernas, la comparación,

[1] Claro está que me fundo en el material que conozco, o en las noticias que tengo, que son muy incompletas ; esa salvedad va implícita en cuantos lugares de este estudio hablo de la tradición peninsular moderna. Sin embargo, no creo que hayan quedado fuera de mi alcance romances verdaderamente difundidos, sino piezas de popularidad escasa.

en muchos de los casos en que la pude hacer, es favorable a las versiones judías (I, *La infantina*; III, *Don Galván y la infanta*; VII, *Me casó mi madre*; XXXVII, *Rico Franco*; XLVI, *La muerte ocultada*), que han conservado elementos primitivos o antiguos. Sólo en XI (*Doncella guerrera*), XXXVIII (*El sargento y el alférez*), XLVI (*La muerte ocultada*, segunda parte), LXVIII (*Amnón y Tamar*), nuestra tradición aparece inferior (en el último romance otra versión marroquí compensa la inferioridad de la nuestra). En los demás casos, las versiones judías valen por lo menos tanto como las peninsulares.

Bastan, pues, nuestros romances para hacer resaltar el valor particular del romancero judío, tantas veces afirmado por Menéndez Pidal; para más ejemplos, remitimos a su *Catálogo*. La tradición judía es indudablemente depositaria de riquezas antiguas que en otras partes desaparecieron. Y al balance que precede hay que agregar algunas observaciones que le dan más fuerza todavía: en primer lugar, un estudio crítico de cada romance, fundado en un amplio material peninsular, haría seguramente aparecer, en el detalle de las variantes judías, rasgos más arcaicos y una fidelidad mayor al relato primitivo que en las peninsulares (el IV, *Gerineldo*, y el XVI, *Boda estorbada*, que fueron estudiados a fondo por Menéndez Pidal, le han inspirado semejantes conclusiones, que muy probablemente se repetirían acerca de otros). Además, se puede decir que, a igualdad de contenido, las versiones judías son casi siempre de tono y de estilo más auténtico. Este privilegio se explica, claro está, por el destierro de los judíos y el arcaísmo del judeo-español, pero es de inapreciable valor en un dominio como el romancero, donde el tipo de elocución es tan difícilmente separable de la poesía misma.

b) *Romances ignorados fuera de Marruecos:* Nuestra colección comprende doce romances de los cuales no conozco ninguna versión peninsular, antigua o moderna [1]. Entre ellos los hay bastante bien conservados, y notables por su valor poético, como el XXXI (*Venganza de un hijo*), el XXXIII (*Rapto*), el XLV (*Muerte del rey Felipe*), el XLVII (*Mainés*), el L (*Rey envidioso de su sobrino*). Otros, que nos han llegado alterados o incompletos, conservan restos de su belleza primitiva (XXXII, XLI, XLIV, XLVIII, XLIX). No hay que creer que esos romances, por ser Marruecos su único refugio, sean de creación judía. Los nos VI y X nos hubieran podido sugerir igual ilusión, de no haberse descubierto algunas versiones peninsulares que bastan para demostrar la pertenencia del romance al patrimonio hispánico, y ya hemos visto que en muchos otros sólo establece esa prueba una versión antigua o un testimonio indirecto. Es de suponer que, en los casos en que las

[1] No comprendo en esa cantidad el nº LVI, poco interesante, porque se deriva seguramente de una composición peninsular tardía, ni el LIX, de origen todavía más moderno.

versiones marroquíes son las únicas conocidas, la tradición peninsular ha olvidado más completamente aún el romance, o ha sido insuficientemente explorada. Hay que considerar, pues, la tradición marroquí como un depósito, particularmente rico, de tesoros desaparecidos, no como una fuente creadora de especial fecundidad.

La única excepción posible se refiere a una clase de romances cuya creación ha sido favorecida por el culto judío : los bíblicos. En nuestra colección, el nº XVIII y el LXVII pueden haber nacido entre los judíos. El *Catálogo* de Menéndez Pidal contiene muchos más.

II. RASGOS DE DECADENCIA EN LA TRADICIÓN MARROQUÍ

Nuestros romances ponen de manifiesto los mismos defectos que se pueden observar en toda la tradición moderna :

a) *Desenlaces alterados :* El punto más débil y peor conservado en ellos es casi siempre el desenlace, muchas veces precipitado y remendado con una fórmula estereotipada, que manifiesta a la vez la flaqueza de la memoria y el afán de concluir explícitamente el relato : véanse los nºs II, III A, XI, XII, XX, XXI, XXV, XXXIII, LVII (terminación en bodas); XIX A, XXXV, XLVI, LVI (muerte de un protagonista) ; VIII, XXIV, XXXIX, XLII, L (se da muerte al personaje odioso) ; del mismo tipo es el XXIII (terminación feliz). Esa particularidad parece caracterizar especialmente el romancero marroquí (véanse, en la colección de Ortega, las págs. 210, 216, 220, 224, 227, 229, 231, 232 : algunos de estos romances no figuran en nuestra colección). También hay casos en que una buena fórmula de desenlace se toma de un romance y se aplica a otro o a varios otros (véanse I y LI ; X, XVII B y LIV). Todos esos ejemplos se pueden agrupar bajo la denominación de *desenlaces artificiales*. Pero también se da el caso de que el final esté francamente *incompleto* o *trunco* (véanse XLI y XLVIII). Parece a veces que la memoria, impresionada por una fórmula enérgica en el curso del relato, no puede ir más allá (véanse XXXIV, XXXVIII, XLI, LX, LXVI y LXVIII). Otras veces la tradición, encontrando bastante interés en un episodio, no va más allá de su conclusión, abandonando lo demás (XIX B, LIII, LV). En todos esos casos ya se trata de algo más que de la debilidad del recuerdo ; actúa la sensibilidad del recitador en un vago instinto de compensar con un efecto dramático la falla de la memoria. De ese aspecto de la trasmisión tradicional hablaremos más adelante.

Observemos, en cambio, en nuestra tradición varios casos en que se han conservado desenlaces completos, olvidados en la Península (son los nºs V, XII, XXIX, ya mencionados).

b) *Lagunas, adiciones, contaminación y geminación :* Se advierten lagunas en nuestros XXXVI, XLVI (segunda parte), LI, LX, cuyo estado de

alteración se puede apreciar comparando nuestras versiones con otras; los nos XXXII, XLI, XLIX, ignorados fuera de Marruecos, aparecen muy incompletos. En cambio, es frecuente encontrar en nuestras versiones, como en toda poesía tradicional, adiciones de tipo algo mecánico, traídas por la asociación de ideas y la tendencia a desarrollar un detalle más bien que por una preocupación constructiva; es como si una imaginación centrífuga, latente en la tradición, se diese libre carrera en esos casos, casi siempre a expensas del buen sentido y de la lógica (véanse VIII, XI B, XII, XXII, XXIX, XXXIII, LX; a la misma clase pertenece la interpolación cómica en XXXVIII). Pero tal procedimiento es muy antiguo en el romancero, pues ya se observan sus efectos en versiones del siglo XVI (véase, en el comentario del XXII, lo que se refiere al texto de las quejas de Jimena; también en el VIII las adiciones son seguramente de origen antiguo).

Tenemos dos romances geminados (LXI con XXI, LXIII con XXIV), y probablemente tres si contamos el XLV, que parece componerse de dos distintos; en cuanto a los nos LIV y XL, que van separados en nuestra tradición y unidos en la Península, no sabría decir cuál es su relación primitiva. Observo pocos casos de contaminación profunda de temas (el IV A y, en menor grado, el XXV). La pureza del I, del III, del XXXIV, tan frecuentemente contaminados en la Península, es otra prueba más de la relativa resistencia de nuestra tradición a admitir contaminaciones.

III. ELABORACIÓN Y CREACIÓN EN LA TRADICIÓN MODERNA

Los procedimientos con los cuales la tradición recrea su materia al transmitirla son los mismos en nuestros tiempos que en la primera época del romancero. Lucha perpetua contra el olvido, la tradición, hoy como en los siglos XV y XVI, se esfuerza para que el poema no pierda valor al perder sustancia; fuente de invención y de vida, trata de animar y exaltar lo que trasmite. En todo eso actúa semiconscientemente, tanteando y probando muchas soluciones malas para encontrar una buena [1]. La única diferencia entre el trabajo de la tradición en los primeros tiempos del romancero y en el nuestro estriba en los resultados, y no es poca: de un lado está todo el romancero viejo, tal como aparece en las colecciones y pliegos antiguos, y también en las versiones modernas que lo conservaron; en comparación con tan prestigiosa riqueza, los cambios e invenciones introducidas en la época moderna producen muy mala impresión. Sin embargo, es interesante observar que los procedimientos viciosos de la tradición moderna no son entera-

[1] Quizá no se hayan percibido bastante, en los procesos de elaboración de la poesía colectiva, ciertas semejanzas sugestivas con los mecanismos de la invención individual, que muchas veces tampoco conoce de antemano sus fines, y se dirige hacia ellos a través de la misma combinación de accidentes, de inspiración oscura y de inteligencia.

mente nuevos (de ello ya hemos visto un ejemplo al tratar de las adiciones mecánicas) y que en cambio el espíritu creador del romancero no se ha extinguido completamente. Examinaremos nuestras versiones desde ese punto de vista.

a) Claro está que la tradición antigua es la fuente principal de todo nuestro material; es muy poco lo que se ha elaborado en nuestros tiempos; aun en varios casos en que nuestras versiones presentan un estado de elaboración profunda con relación a las del siglo XVI no cabe duda de que dicha elaboración es antigua. Así ocurre en nuestros XVI, *La boda estorbada*, y XXVI, *Montesinos* (condensación de un juglaresco), en los VIII, *Landarico*, XIX, *El robo de Elena*, y XLVI, *Tarquino y Lucrecia* (adopción y adaptación tradicional de un erudito; algo semejante hubo de producirse en el caso del XXXVI). El XLV, *Muerte del Rey Felipe*, pudo elaborarse a principios del siglo XVII.

b) Es interesante observar cómo muchas veces las dificultades que encuentra la tradición moderna para mantener la coherencia del relato en un romance alterado tienen su raíz en anomalías ya muy antiguas del texto (así en nuestro XIII, *Conde Flor*, XXXIV, *Aliarda*, y XXXVII, *Rico Franco*). La tradición moderna no tiene el monopolio de las torpezas y contradicciones; pero sí las acentúa pesadamente con relación a las versiones antiguas (para XXXIV y XXXVII se puede hacer la comparación). En otro caso de refundición, seguramente moderna, debida a la necesidad de adaptar todo el romance a un elemento contaminado, asistimos a un trabajo bastante ingenioso y acertado; pero la transformación deja el poema degradado, pues lo traslada del tono poético al burlesco (IV A, *Gerineldo*). Igual degradación se nota en nuestro V (*Las bodas en París*). En cambio, en otro caso, la transformación de un romance entero, empezada probablemente en tiempos antiguos con la adición de un detalle, se prosiguió y completó con acierto en una versión marroquí (LXIV, *Muerte del Príncipe don Juan*).

c) Otra tendencia de la tradición consiste en dar un significado moral a un relato que primitivamente no lo tiene. Esa tendencia, muy fuerte en la tradición moderna, también se deja vislumbrar en el pasado: hemos visto cómo la elaboración en ese sentido del desenlace de nuestro II (*Melisenda*) se realizó ya en el siglo XVI; observamos transformaciones análogas, muy probablemente modernas, en nuestro IV B (*Gerineldo*, final), XIX (*Robo de Elena*), XXXVI (*Blancaflor y Filomena*); en cambio, nuestra tradición ignora un desenlace edificante en XXVIII (*Conde Olinos*), donde es muy común. Junto con esa tendencia moralizadora se puede mencionar, por ser de la misma inspiración popular, la invención de elementos patéticos, sobre todo en los desenlaces (véase nuestro XXXV, *El veneno de Moriana*; en cambio nuestras versiones desconocen tal elaboración en el VII, *Me casó mi madre*). Claro está que esas direcciones de la tradición moderna se ale-

jan del espíritu verdadero del romancero ; esa forma de creación no es prueba de vitalidad, sino síntoma de decadencia. Me parece relativamente poco desarrollada en la tradición marroquí, probablemente preservada hasta cierto punto por su falta de contactos con la Península.

d) En general, los episodios o pasajes de invención tardía son mediocres (véase, además de los ejemplos anteriores, la segunda parte de nuestro XXI, *Nacimiento de Bernardo del Carpio*). En cambio, el arte de embellecer cortando o abreviando, o más bien de utilizar poéticamente las flaquezas de la memoria, no está completamente olvidado en la tradición moderna, a la cual se deben seguramente los finales de nuestros XVI (*Boda estorbada*) y XVII (*Cautivo del renegado*).

e) En las versiones tradicionales de los romances de fecha más tardía es donde se podría apreciar mejor el trabajo de la tradición en la última época. A esa clase pertenecen principalmente nuestros XX, LV, LVI, LVII, LVIII, romances vulgares de los siglos XVII o XVIII : hemos visto que la tradición no ha dejado de modificar su estilo, simplificándolo y aproximándolo, aunque muy desigualmente y siempre en forma muy incompleta, a la sencillez del tradicional. Pero también es muy fuerte la tendencia a la reproducción pasiva de esos largos textos, sin mayor esfuerzo para disimular o remediar las ruinas producidas por la mala memoria (véase nuestro LVII). Para estudiar más precisamente la acción de la tradición en esos casos recientes, habría que disponer del texto original del romance ; desgraciadamente, no ha sido éste mi caso.

IV. COMPARACIÓN DE LA TRADICIÓN MARROQUÍ CON LA ORIENTAL

La superioridad de la tradición marroquí sobre la oriental es muy sensible en casi todos los casos en que existen versiones de las dos procedencias. Entre nuestros romances, constituye excepción sólo el V, que se halla más completo en Oriente que en Marruecos, y el VIII, que tiene más o menos igual valor en las dos partes. Fuera de esos dos casos, es indiscutible la superioridad de nuestras versiones. Además, en todos los casos, sin excepción, los detalles del texto y de la versificación, y la pureza del vocabulario, están mejor conservados en Marruecos. Por último, el romancero marroquí es mucho más rico numéricamente : de los 143 romances del *Catálogo,* apenas unos 20 se conocen sólo en Oriente ; son más de 80 los que existen únicamente en Marruecos; los demás son comunes a las dos tradiciones. Se podría explicar esa desigualdad por el hecho de que, al publicarse el *Catálogo,* habría sido mejor explorada la tradición marroquí que la oriental (gracias a José Benoliel), pero ya hemos visto que las exploraciones ulteriores han confirmado las primeras conclusiones (véase más arriba, *RFH,* VI, 1944, pág. 38 y nota 2). La superioridad marroquí se explica sin dificultad por la pro-

ximidad de la Península, pero esa explicación supone relaciones frecuentes entre España y los judíos desterrados. Esto nos lleva a plantear el problema de la cronología del romancero marroquí.

V. CRONOLOGÍA DEL ROMANCERO MARROQUÍ

Ya sabemos que, si bien la tradición judía, en su conjunto, es de las más antiguas, por ser anterior al destierro, no dejó de enriquecerse después de 1492 con aportes nuevos, probablemente traídos a Marruecos por judíos rezagados en su salida de España, por viajeros, por cautivos cristianos, quizás también por los moriscos expulsados a su vez de España. Menéndez Pidal cita datos que prueban las relaciones de los judíos de Oriente con España hasta el siglo XVII (*Catálogo*, pág. 136 y siguientes) y supone, con mucha razón, que los contactos tuvieron que ser más estrictos y frecuentes aún con Marruecos.

Entre los romances acogidos por la tradición marroquí después del destierro, se pueden distinguir dos clases:

a) Los que pudieron llegar a Marruecos en las décadas que sucedieron al destierro y hasta fines del siglo XVI, época en la cual es indudable que las relaciones con España siguieron muy activas. En esa categoría se pueden colocar el LXIV (*Muerte del príncipe don Juan*), que relata un suceso ocurrido el mismo año de la expulsión; el XLV (*Muerte del rey Felipe*), si no me equivoco al pensar que relata la muerte de Felipe II, ocurrida en 1598; también todos aquellos sobre cuya fecha de aparición hay dudas, no pudiéndose afirmar que son de los más viejos (así el XXI, *Bernardo del Carpio;* los VIII y XIX, *Landarico* y *Robo de Elena,* que son de origen erudito; hay que agregarles seguramente muchos otros entre los novelescos, como el XVI, *La boda estorbada,* que, según Menéndez Pidal, puede no remontarse más allá del siglo XVI); por fin los que se derivan total o parcialmente de textos de la época clásica (el XXII, *Quejas de Jimena;* el LXVI, *Tarquino y Lucrecia;* el romance morisco de *Zaide*[1], si es que existió en Marruecos antes de su lectura en libros modernos).

b) La segunda categoría comprende los romances de origen más tardío (siglos XVII y XVIII), que pudieron llevarse en su tiempo a Marruecos, como parece ser el caso del LIII (*El molinero y el cura*); pero, como figuran probablemente muchos de ellos en pliegos modernos, no excluyen la sospecha de que se introdujeron entre los judíos por esa vía en las últimas generaciones; me refiero a los nos XX, LIV (?), LV, LVI, LVII, LVIII, LIX, sin poder pronunciarme rotundamente en todos los casos por falta de documentación sobre la difusión del romancero vulgar en nuestros tiempos. Me fundo

[1] Véase también el comentario del LXIII.

primero en la costumbre de los judíos marroquíes de recoger versiones impresas en los libros modernos y aprenderlas de memoria (véase el comentario de nuestro XXII, con el caso de una versión de la *Quejas de Jimena*, sacada de un tomo de Corneille e íntegramente repetida; véase también el caso probatorio de nuestra versión de *Zaide*). En segundo lugar, conozco por lo menos un romance vulgar introducido en Marruecos por un folleto moderno. Es el de *Don Pedro Acedo* (figura en el *Catálogo* bajo el nº 132 bis): una de mis informantes me dijo que lo conocía, y que me lo podía recitar entero, avisándome que era muy largo y se componía de varias partes; agregó que vendían libros en Ceuta donde estaba completo y que creía que de allí habría llegado a Tetuán. Además, como ya lo hice observar, en varios casos mis informantes tienen la impresión de que el romance «es español». Como última prueba de la capacidad adquisitiva de la tradición marroquí en nuestros tiempos y del sentido persistente, entre los judíos españoles de Marruecos, de la unidad del romancero, recordaremos que dos de nuestras versiones (XIV, *Don Bueso*; XLIII, *Delgadina*) son versiones peninsulares modernas acogidas en el patrimonio marroquí; claro está que puede haber otras mejor incorporadas en la tradición judía, y por lo tanto menos fácilmente identificables.

Para volver al problema de la cronología del romancero marroquí, creo que se puede resumir así lo esencial:

1) la mayor parte de la tradición marroquí se remonta a la época anterior al destierro;

2) en la época que siguió al destierro (siglo XVI y principios del XVII) continuó en forma activa la circulación de romances entre España y Marruecos (igual cosa sucedió en la tradición oriental);

3) en los siglos XVII y XVIII disminuyeron los contactos, a causa del aislamiento creciente de los judíos en sus nuevos territorios; apenas pudo llegar a Marruecos, durante esa época, uno que otro romance peninsular (el Oriente aparece completamente aislado, y su tradición cortada de España desde entonces hasta hoy);

4) en el siglo XIX, y sobre todo desde la penetración europea en el África del Norte y la reanudación de las comunicaciones materiales y culturales con España, se registran en Marruecos nuevos aportes peninsulares, que consisten en versiones impresas (particularmente vulgares) y versiones tradicionales llevadas por inmigrantes españoles. Es superfluo observar que ese último enriquecimiento, si bien demuestra la afición persistente de los judíos españoles de Marruecos hacia el romancero, no ha aumentado mucho el valor de su patrimonio. Quizás haya sido más provechoso para el romancero marroquí otro efecto del contacto con la España moderna: la corrección, en muchos casos acertada, de los versos alterados; la restitución, hecha espontáneamente, del texto correcto de los romances (véase lo que dice Menéndez Pidal de las versiones de Benoliel en los prelimina-

res de su *Catálogo*, y el texto de nuestras versiones recogidas en la Argentina).

VI. ¿TIENE CARACTERES PROPIOS LA TRADICIÓN JUDÍA?

La comparación de la tradición marroquí con la oriental sugiere otro problema : el de grado de originalidad o personalidad de la tradición judía considerada en su conjunto. Es indudable que el romancero judío de Marruecos y el de Oriente presentan rasgos comunes frente a la tradición oral de la Península. No hablemos de lo que uno y otro deben a las condiciones históricas comunes, es decir, sobre todo, su arcaísmo. Lo que nos preguntamos es si, antes de que hayan actuado esas condiciones, existía ya un romancero judío con tendencias o preferencias propias. Ahora bien, sólo en esta colección, sin hablar de coincidencias menores, notamos no menos de doce romances desconocidos o muy escasos en la península, que existen también en Oriente (nos II, V, VI, VIII, IX, X, XIX, XXV, XXVII, L, LXV, LXVI). No se puede explicar tal coincidencia por la antigüedad de la tradición judía, puesto que algunos de los romances no son de los más viejos (el VIII, particularmente difundido entre los judíos, y el XIX), y uno de ellos ya es tardío (el LXVI). No se alegarían con más razón motivos geográficos, pues se sabe que los judíos españoles de Oriente proceden de distintas regiones de España, y no cabe duda de que a Marruecos también fueron judíos de varias partes de la Península. Tampoco se puede invocar algún rasgo del espíritu o de las creencias judías que explique la elección de los romances más arriba citados. No veo explicación posible sino en las relaciones que debieron de tener unas con otras, antes del destierro, las comunidades judías esparcidas en España ; es posible que esas relaciones, fundadas en la identidad de la fe y de las condiciones de vida y concretadas en viajes de una comunidad a otra, matrimonios entre familias de distintas ciudades, celebración de bodas y fiestas en que precisamente se cantaban romances, hayan unificado la tradición judía en un grado mayor que el que hubiera dado el juego normal de la transmisión geográfica, haciendo que llegaran a ser populares o que cayeran en el olvido, entre todos los judíos de España, unos mismos romances. El particularismo judío, si existió en ese dominio, no resultó, pues, de una diferencia de espíritu o conformación moral entre judíos y cristianos, sino de la separación material que creaba en esos tiempos la diferencia de religión.

El caso de nuestro LXVI (*Tarquino y Lucrecia*) tiende a demostrar, además, que las relaciones entre judíos marroquíes y orientales siguieron existiendo algún tiempo después del destierro : es muy probable que en las primeras décadas no sólo llegaran a una y otra parte judíos emigrados después de los demás, sino que circularan judíos de un punto a otro del Mediterráneo buscando un asilo definitivo. Así pudo mantenerse

la unidad de la tradición judía durante todo el período vivo del romancero.

VII. LA TRADICIÓN JUDÍA Y LA GEOGRAFÍA DEL ROMANCERO

Otro problema es el de la situación de las variantes judías en la geografía del romancero. En la proporción en que la tradición judía es anterior al destierro, debe de hundir sus raíces en las regiones de España, indudablemente diversas, donde vivieron los judíos españoles, triunfando, en la unificación relativa del romancero judío, los romances y las variantes de las regiones donde los judíos eran más numerosos e influyentes. Por lo menos es ésa la hipótesis más verosímil. Al contrario, en las creaciones, aumentos y cambios experimentados después del destierro, es natural que la tradición judía dependiera más íntimamente de las regiones españolas más cercanas; claro está que en el Oriente, demasiado lejano, no pudo influir la mayor o menor proximidad, pero Marruecos tuvo que estar particularmente expuesto a la influencia de las provincias meridionales de España y de su litoral mediterráneo.

Hemos tenido que limitarnos a formular esos problemas a propósito de nuestro romances IV y XVI.

VIII. ELIMINACIÓN DE ELEMENTOS CRISTIANOS EN EL ROMANCERO JUDEO-ESPAÑOL

En un solo punto, puramente negativo, las creencias judías dejan su sello en el romancero. Aludo a ese fenómeno curioso que hemos observado varias veces en nuestros romances y designado con el nombre de *descristianización*. Este proceso hubo de producirse entre los judíos desde la época más remota, en la proporción en que se interesaban por la literatura profana de origen no judío. En cuanto al romancero, sabemos, por la vitalidad misma de la tradición judía, cuán vivo era ese interés. Sabemos, además, que la inclinación hacia la poesía profana en lengua castellana era bastante fuerte entre los judíos españoles para influir en las creaciones de sus poetas litúrgicos. La música de los poemas españoles servía para los cantos religiosos, hasta tal punto que los rabinos más severos creyeron necesario prohibir semejante uso, que creaba, según ellos, una peligrosa confusión de lo profano y de lo sagrado (véase Danon, *Revue des Études Juives*, año 1896, pág. 103 y sigs.; es muy probable que hechos semejantes a los que señala Danon hayan existido en Marruecos). Es de suponer que la afición de los judíos hacia la poesía española no naciera con el romancero. Ya antes debieron interesarse igualmente por los cantares épicos. Sería erróneo imaginarlos, sobre todo a principios de la Edad Media, aislados

en sí mismos e ignorantes de lo que entusiasmaba a sus contemporáneos cristianos. El aislamiento les fué impuesto progresivamente ; sabido es que el « ghetto » nace en los últimos tiempos de la Edad Media. Sin querer llevar más lejos esta cuestión, haremos observar que los judíos del Norte de Francia, por ejemplo, eran grandes lectores de relatos heroicos (¿ « chansons de geste » ?, ¿ novelas de caballerías ?), como lo demuestra la opinión expresada por uno de sus rabinos, el cual juzga que no se deben leer, el día del sábado, « los relatos de guerra escritos en francés » (*Tosafoth,* Sabb. 116 *b*, citado por Neubauer en la *Revue des Études Juives*, año 1882, pág. 46 y nota 3 ; el texto es de los siglos XII-XIII) : en este caso el rabino temía que semejantes lecturas profanasen el sábado; lo curioso es ver cómo los fieles judíos ocupaban la inacción de ese día sacrosanto leyendo las hazañas de los caballeros cristianos. Lo que se comprueba entre los judíos del norte de Francia, particularmente encerrados en sí mismos y limitados a su cultura rabínica, se puede aplicar más aún a los del Mediodía de Francia y a los de España, cuya cultura era mucho más brillante y que mantenían con el mundo exterior relaciones mucho más frecuentes. Para volver a nuestro tema particular, cabe pensar que los judíos de España participaron desde los tiempos más antiguos, como los demás habitantes de la Península, en la difusión y trasmisión de la epopeya castellana. Pero esa epopeya, y el romancero, que es su última forma, por estar impregnados de espíritu cristiano y sembrados de ideas y expresiones católicas chocantes para los judíos, tuvieron que despojarse de algunas de ellas para poder incorporarse al patrimonio judeo-español.

Recapitularemos aquí los hechos principales que a ese respecto se observan en nuestros romances :

a) Se han eliminado las invocaciones a Jesús (X, LVIII) y a la Virgen o a una santa (IV B, XV, LVIII). El hecho de persistir el recuerdo del texto primitivo en el nº LVIII es indicio de adquisición muy reciente del romance. La mención devota del Señor y de la Virgen en el XLIII revela igualmente que es una versión peninsular, sin popularidad ninguna en Marruecos. Ha desparecido un final exaltador del cristianismo en el XIII. En otro caso se ha eliminado una intervención de los demonios (XLII).

b) Han desaparecido alusiones a romerías cristianas en el II y XIII, y la mención de un rosario en el XII.

c) Subsisten, sin embargo, varias menciones de fiestas cristianas (Navidad, en XXXI ; Pascua Florida, en XIII, y también en XIV, version peninsular adoptada y cantada en una familia judía); se menciona en el nº XXVIII un entierro en la iglesia ; los nºs XXV, XXXIV, XXXVIII, XLIV, XLVI, LV, aluden a la misa ; aparece un cura en el LIII, un obispo y un fraile en el XXV y el XXXVII (aunque por el contexto se ve que se habría olvidado el significado exacto de esas palabras) ; se alude al estado de monja en el XV (en el XII no creo que haya habido eliminación judía de

ese elemento, sino adición en la versión peninsular antigua) ; se conservan nombres de santos y santas para designar conventos (XV) o fechas (XXIX), y hasta el nombre de Cristo, aplicado a una estatua de Jesús (LXIII).

De todo eso resulta muy claramente que lo único que ha sido eliminado es lo que parecía implicar de parte del recitador una adhesión a las creencias o a la devoción cristiana ; en cambio no estorbaba en ningún modo la alusión puramente objetiva a cosas y costumbres cristianas. No estamos, pues, en presencia de una influencia positiva del espíritu judío sobre el romancero, sino de una intervención negativa, de una expurgación, reducida a lo indispensable e inspirada en los escrúpulos religiosos del recitador judío. Cuando el texto no daba lugar a semejantes escrúpulos se conservaron los elementos cristianos del romancero, sin otra alteración que la que podía producir la incomprensión creciente de las alusiones cristianas en el ambiente islámico de Marruecos.

En cambio, parecen existir elementos de una judaización positiva en ciertas versiones orientales. Ya hemos notado un curioso desenlace judío en la versión que da Galante de nuestro romance XIII (*El Conde Flor*), y una alusión a « la ley santa y bendita » en una versión oriental de *Delgadina* (véase el comentario de nuestro XV). Hallo en el romance nº 1 de la colección de Danon (nº 7 en *Antología*, X, sección 6ª) estas palabras de una madre a su hijo:

Aséntate a mi lado, cántame una cantica
de las que cantaba tu padre en la noche de la Pascua.

« Pascua » entre los judíos es una fiesta religiosa cualquiera, y « noche de pascua » es una expresión muy corriente para designar la noche que precede al día de la fiesta, y para los judíos señala el comienzo de las solemnidades y regocijos. Ni el *Catálogo*, 122, ni Ortega, pág. 232, conocen esta variante, que parece sustituir a la variante cristiana que da Milá (*Romancerillo Catalán*, nº 207) ;

— ¿Quina cantaría, mare? ¿Quina cantaría yo?
— La que cantava 'l teu pare a la nit de l'Ascensió.

Igualmente el romance de la mujer que labró un pendón, en la versión de Danon, lleva esta queja del marido :

Tengo los ojos marchitos de meldar [1] la ley de Dios.

[1] Esta palabra, corrientemente usada por los judíos españoles de Marruecos, significa 'leer los textos religiosos (estudiando o rezando)'. En cuanto a la etimología de la palabra (probablemente derivada de un vocablo del bajo latín, calcado sobre el griego μελετᾶν 'cuidar, ejercer') y a su extensión (formas francesas y provenzales), véase Blondheim, *Essai d'un vocabulaire comparatif des parlers romans des juifs au Moyen Age*, en *Ro*, año 1923 (artículo « meletare »).

En todos estos ejemplos se puede observar la introducción de costumbres y expresiones netamente judías en el romancero castellano.

En el conjunto de los romances judíos que conozco, sólo hallo un caso de polémica anticristiana abierta. Está en un romance poco conocido (*Catálogo*, 40, reproducido en Gil, VI). Durante una tormenta en el mar, un personaje parece invocar a la Virgen (el texto no es explícito) y provoca con esa invocación la ira del Dios verdadero, el cual, al suplicarlo en buena forma otro personaje, podrá calmar la tormenta :

— Señora, la mi Señora, de esta fortuna escápame ;
si de esta fortuna me escapas con oro vos encoronare.
Esto sintió el patrón del mundo, las olas más sobreviare.
— Vate, vate, pota amaria [1] que sos falsa y mentirosa ;
tenemos un padre *raḥman* [2] que muchas maravías hace ;
mos las haga de contino, de prisa que non de ṭadre. [3]
Él quite la nave del golfo como la parida que pare...

Sin embargo, esos hechos, cuyo número y alcance son muy limitados, no cambian la conclusión general sugerida por el romancero judío : la tradición conservada entre los judíos españoles no ha sufrido refundiciones profundas, inspiradas por la diferencia de creencias y costumbres. Lo que nos trasmiten los judíos del Mediterráneo es una tradición española.

[1] Gil entiende « amarga »

[2] *Raḥman*, piadoso en árabe.

[3] Entiendo *detadre* (por *detarde* 'demore'). Véase, en el comentario de nuestro XIII, lo que se refiere al desenlace de la versión Galante.

Damos a continuación un cuadro de correspondencias de nuestros romances con las dos principales colecciones modernas de versiones antiguamente impresas (*Romancero* de Durán y *Primavera* de Wolf) y con las más importantes colecciones de romances judeo-españoles tradicionales. En cuanto a la tradición oral no judía, nos limitamos a señalar si llegaron a nuestro conocimiento versiones modernas del romance, sin dar las referencias, generalmente demasiado numerosas. Igual hemos hecho respecto a las versiones judías cuando Menéndez Pidal señala en algún escrito su existencia, sin que se haya publicado su texto. Para más detalles, siempre hay que referirse al comentario del romance correspondiente en esta colección.

Hay que recordar que la colección de romances judíos del Levante publicada en la *Antología* de Menéndez y Pelayo (tomo X) no es original, salvo en las versiones de Coello que por primera vez aparecieron impresas allí ; en lo demás no es sino reproducción de Danon. Igualmente, la colección de Gil no hace más que reproducir, bajo cada número, el conjunto de versiones orientales ya publicadas, y a veces las citas del *Catálogo* de Menéndez Pidal ; parece original únicamente en la versión ya señalada de la *Buena hija* (nº LIX ; véase el comentario de nuestro romance XII). Sin embargo, he hecho figurar esas dos colecciones en este cuadro, por ser más fáciles de conseguir que los originales que reproducen. He aquí varios errores de Gil : las versiones orientales de *Melisenda* aparecen en su colección bajo el número XVIII, pero las citas que de ese mismo romance trae el *Catálogo* están reproducidas junto a una versión del romance de don Gaiferos, que es del todo distinto, bajo el número XXXV. Las versiones de nuestro XXV (*Vergilios*) están repartidas en dos lugares distintos (L y LIII), sin que se pueda justificar esa separación. Igual ocurre con nuestro L (*Rey envidioso de su sobrino*), cuyas versiones figuran bajo los nºs X y XLVII. En cambio, están unidos, bajo el V, nuestro romance X y otro de igual exordio (« Una hija tiene el rey, una hija regalada »), pero sin relación con él (es el nº 108 del *Catálogo :* « Princesa enamorada de un segador »), y bajo el nº XIII, como ya hemos observado, una versión de nuestro LXIV (*Muerte del príncipe don Juan*) y una de la *Muerte de Alejandro*

Número de orden	Títulos	Versiones antiguas impresas: Durán	Versiones antiguas impresas: *Primavera* o Apéndice I en *Antología*, IX	Tradición oral peninsular o americana	*Flor Nueva* de Menéndez Pidal	Versiones judeo-españolas: Oriente: Danon	Oriente: Coello	Oriente: *Antología* X, sec. 6ª	Oriente: Galante	Oriente: Gil	Marruecos: Ortega	*Cátalogo* Menéndez Pidal
I	La infantina	295	151	existe	p. 219	existe en Oriente					p. 235	114
II	La linda Melisenda	322	198	.....	p. 100	7	.....	20	.....	XVIII y XXXV	.....	28
III	Don Galván y la infanta	328 y 1889	159 y 160	existe	.....	10	.....	22	.....	XXVIII	.....	106
IV	Gerineldo	320 y 321	161ª y 161ª	existe	p. 60	existe en Oriente					.....	101
V	Las bodas en París	290	157	.....	.....	.....	(8 M. y P.)	8	.....	XXV	p. 214	95
VI	La malcasada del pastor	.....	.....	existe	.....	33	.....	44	3	III	.....	72
VII	Me casó mi madre	[existió]		existe	.....	32	.....	43	.....	XLI	p. 221	74
VIII	Landarico	.....	Ap., 36	existe	.....	16	(4 M. y P.)	4 y 5	11	XI	.....	82
IX	Vos labraré yo un pendón	[existió]		.....	.....	30	.....	41	.....	XIX	.....	120
X	¿Por qué no cantáis, la bella?	[existió]		existe	.....	existe en Oriente				V	.....	57
XI	La doncella guerrera	[existió]		existe	p. 213	26	.....	37	.....	XXXIX	p. 210	121
XII	La buena hija	317	117	.....	.....	.....	.....	.....	.....	LIX	.....	119
XIII	El Conde Flor	.....	.....	existe	.....	21	.....	32	7	VII	p. 225	48
XIV	Don Bueso	.....	.....	existe	p. 248	18	.....	29	.....	XLV	.....	49
XV	Las señas del marido	318	156	existe	.....	.....	.....	.....	.....	.....	p. 212	59
XVI	La boda estorbada	.....	.....	existe	p. 223	.....	.....	.....	.....	.....	.....	60
XVII	El cautivo del renegado	258	131	existe	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	51
XVIII	Juicio de Salomón	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	39
XIX	Robo de Elena	.....	109	.....	.....	2	.....	14	.....	XXIX	.....	43
XX	Diego León											

XXIV	El Cid y Bucar	838	33	existe	p. 155						p. 227	3
XXV	Vergilios	283	111			15		27		L y LIII		46
XXVI	Montesinos	382	175	existe								25
XXVII	Julianesa	7	121		p. 246	existe en Oriente					p. 230	61
XXVIII	El Conde Olinos	[existió]		existe	p. 137	19	(6 M. y P.)	6 y 30	2	II		55
XXIX	El Conde Arnaldos	286	153		p. 217							143
XXX	La mala hierba (véase el III)			existe		10		22		XXVIII		108 bis
XXXI	Venganza de un hijo											119 bis
XXXII	El Polo											128
XXXIII	Rapto (ason. ía)										p. 226	94
XXXIV	Aliarda	-/329/-	138/139/ Ap., 47	existe							p. 219	102
XXXV	El veneno de Moriana	[existió]		existe	p. 135						p. 222	86
XXXVI	Blancaflor y Filomena			existe			(3 M. y P.)	3	9	IX		100
XXXVII	Rico Franco	296	119	existe		11		23		XXXVI		85
XXXVIII	El sargento y el alférez			existe								96
XXXIX	La adúltera (ason. ó)	298 y 299	136 y 136[a]	existe		13		25		XXXVII		78
XL	La adúltera (ason. éa)			existe								81
XLI	La condesa traidora											85 bis
XLII	La infanticida			existe								84
XLIII	Delgadina			existe		14		26		LIV	p. 234	99
XLIV	Mala suegra castigada											69
XLV	Muerte del rey Felipe											126
XLVI	La muerte ocultada			existe	p. 229							75
XLVII	Mainés											76
XLVIII	El culebro											93
XLIX	Cuando yo enfermé de amor											111
L	Rey envidioso de su sobrino								10	XyXLVII	p. 211	123
LI	La fratricida por amor			existe								90
LII	Zaide	53 y 56		existe								19
LIII	El molinero y el cura			existe								118
LIV	¡Ay, qué rueda de fortuna!			existe								135

Número de orden	Títulos	Versiones antiguas impresas		Tradición oral peninsular o americana	*Ftor Nueva* de Menéndez Pidal	Versiones judeo-españolas						
						Oriente					Marruecos	*Catálogo* Menéndez Pidal
		Durán	*Primavera* o Apéndice I en *Antología*, IX			Danon	Coello	*Antología* X, sec. 6ª	Galante	Gil	Ortega	
LV	El cápitan burlado	.....	.....	existe	.....	.....	.....	.....	.....	.....	p. 217	117
LVI	Generosidad	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	113
LVII	Melchor y Laurencia	.....	.....	existe	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	50
LVIII	Leonisio de Salamanca	[pliego suelto del siglo XVII o XVIII]										
LIX	La semana mal empleada	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	137
LX	El caballo perdido	.....	.....	existe	.....	.....	.....	.....	.....	.....	p. 222	121 bis
LXI	Pérdida de Antequera	1045	75	.....	p. 237	.....	.....	.....	.....	.....	.....	8
LXII	Portocarrero	[existe en manuscritos]		.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	11
LXIII	Garcilaso	1121	93	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....
LXIV	Muerte del príncipe don Juan	.....	.....	existe	.....	.....	.....	.....	13	XIII	.....	15
LXV	El sueño de doña Alda	400	184	.....	p. 93	existe en Oriente					.....	21
LXVI	Tarquino y Lucrecia	519	.....	.....	.....	.....	(1 M. y P.)	1	.....	XV	.....	45
LXVII	David y Goliat	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	36
LXVIII	Amnón y Tamar	.....	.....	existe	.....	.....	.....	.....	.....	.....	p. 218	37

ÍNDICE METÓDICO DE ROMANCES

He aquí una clasificación de nuestros romances por asuntos, que, por los motivos ya explicados, no se pudo observar dentro del artículo mismo.

I. Romances históricos.

a) Bernardo del Carpio.... XXI
b) *Del Cid :*
Ximena pide justicia..... XXI
El rey don Sancho y Urraca XXII
El Cid y Búcar..... XXIV
c) *Fronterizos :*
Pérdida de Antequera.... LXI
Portocarrero..... LXII
Garcilaso..... LXIII
d) *Otros :*
Muerte del príncipe don Juan..... LXIV
Muerte del rey Felipe.... XLV

II. Romances de asunto carolingio.

La linda Melisenda..... II
Don Galván y la infanta.. III
Gerineldo..... IV
Montesinos..... XXVI
El sueño de doña Alda... LXV
Relacionados con asuntos carolingios :
Las señas del marido..... XV
La boda estorbada..... XVI
Julianesa..... XXVII
La mala hierba..... XXX

III. Romances novelescos.

a) *Malcasadas y adúlteras :*
Las bodas en París..... V
La malcasada del pastor.. VI
Me casó mi madre..... VII
La adúltera (ason. *ó*)..... XXXIX
La adúltera (ason. *éa*).... XL
La condesa traidora..... XLI
b) *Venganzas de mujeres :*
El veneno de Moriana ... XXXV
Rico Franco..... XXXVII
c) *Raptores y seductores :*
Rapto (ason. *ía*)..... XXXIII
Aliarda..... XXXIV
El sargento y el alférez... XXXVIII
El culebro raptor..... XLVIII
d) *Tragedias familiares :*
Venganza de un hijo..... XXXI
La infanticida..... XLII
Delgadina..... XLIII
Mala suegra castigada.... XLIV
La muerte ocultada..... XLVI
Mainés..... XLVII
El rey envidioso de su sobrino..... L
La fratricida por amor... LI
e) *Cautivos y desgraciados :*
El cautivo del renegado.. XVII
El Conde Arnaldos..... XXIX
El Polo..... XXXII
Cuando yo enfermé de amor XLIX
El caballo perdido..... LX
f) *Reconocimientos :*
El Conde Flor..... XIII
Don Bueso..... XIV
g) *Buenas mujeres :*
Vos labraré yo un pendón IX
¿Por qué no cantáis, la bella?..... X
La doncella guerrera..... XI
La buena hija..... XII
h) *Asuntos maravillosos :*
La infantina..... I
El Conde Olinos..... XXVIII

IV. Romances de asunto antiguo o erudito.

Robo de Elena..... XIX
Blancaflor y Filomena.... XXXVI
Vergilios..... XXV
Tarquino y Lucrecia..... LXVI
Landarico..... VIII

V. Romances de asunto bíblico.

Juicio de Salomón..... XVIII
David y Goliat..... LXVII
Amnón y Tamar..... LXVIII

VI. Moriscos.

Zaide..... LII

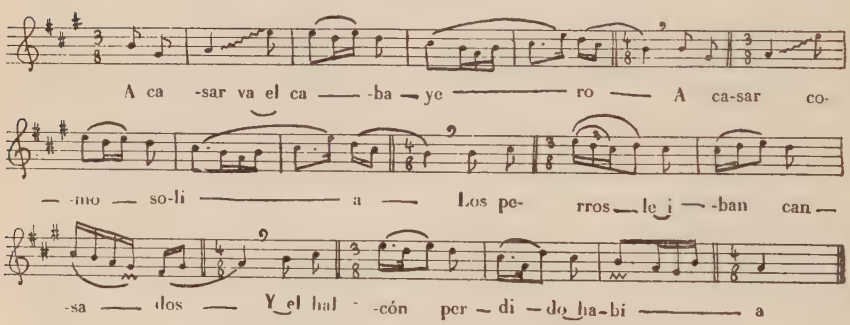
VII. Romances de tema burlesco.
El molinero y el cura.... LIII
VIII. Vulgares.
Diego León..... XX
¡Ay, qué rueda de fortuna! LIV
El capitán burlado LV
Generosidad..... LVI
Melchor y Lauaencia LVII
Leonisio de Salamanca... LVIII
La semana mal empleada. LIX

MELODÍAS TRADICIONALES

Doy aquí las melodías tradicionales de veintiún romances. Algunas de ellas las aprendí en Orán y las transcribió mi amigo el señor León Algazi, de París; le agradezco su ayuda tanto más afectuosamente cuanto que las circunstancias impiden todavía que llegue hasta él ningún testimonio de mi amistad. Las demás transcripciones se hicieron en Buenos Aires, sobre las melodías cantadas por las señoras Coriat y Lévy: algunas se deben a la señora Jane Bathori; las demás, y la revisión del conjunto, al señor Daniel Devoto; a ambos les agradezco su amistosa ayuda y su paciencia en la notación de esta difícil música tradicional.

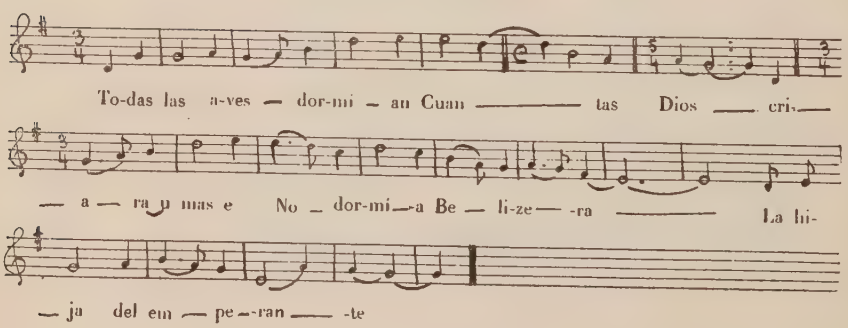
I

A CAZAR VA EL CABAYERO

(LA INFANTINA)

II

BELIZERA

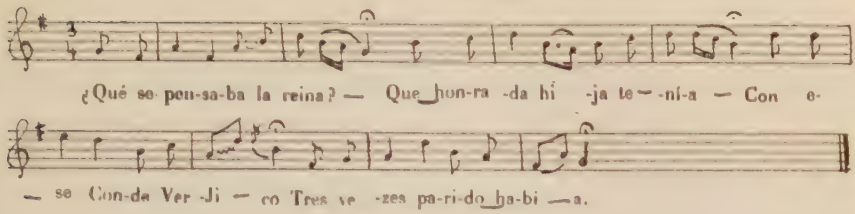
(LA LINDA MELISENDA)



III

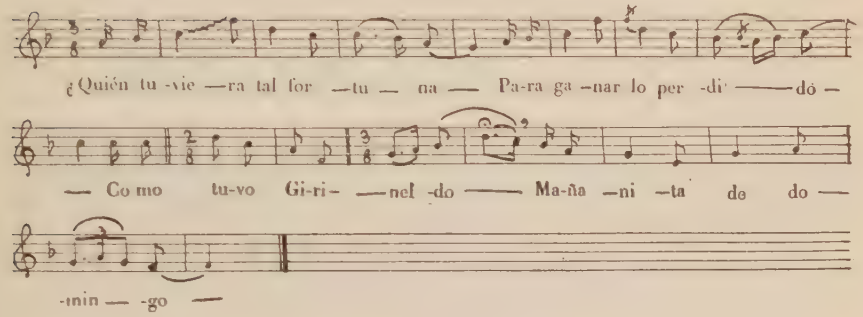
¿QUE SE PENSABA LA REINA?

(DON GALVÁN Y LA INFANTA)

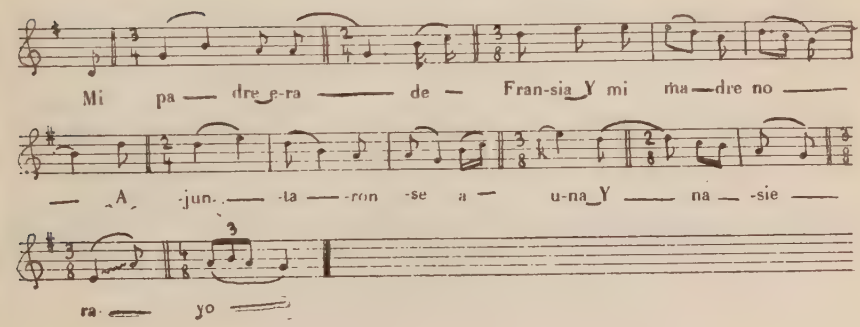


IV

GIRINELDO

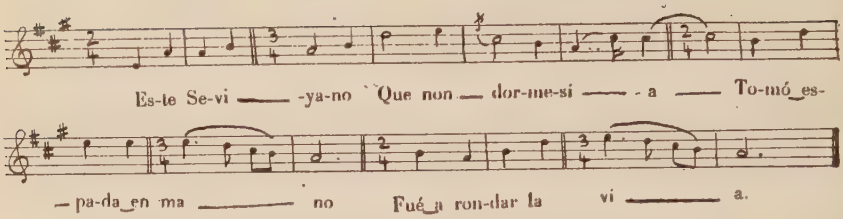
(GERINELDO)

VI

MI PADRE ERA DE FRANSIA

(LA MALCASADA DEL PASTOR)

VII

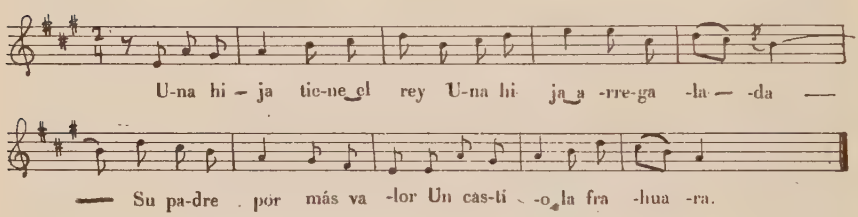
EL SEVIYANO

(ME CASÓ MI MADRE)



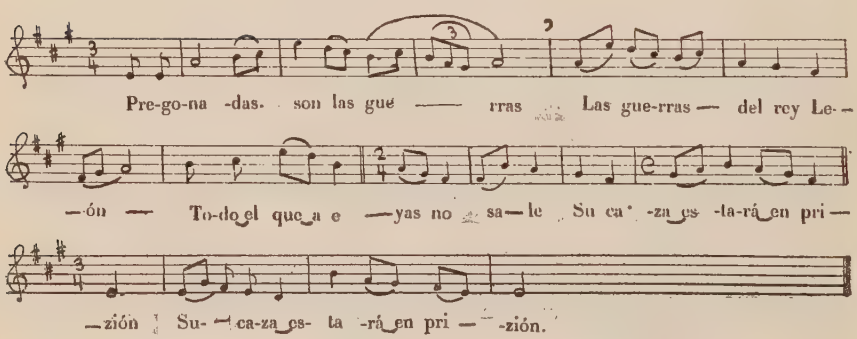
X

CANTO DE UN GALÁN

(¿ POR QUÉ NO CANTÁIS, LA BELLA ?)

XI

PREGONADAS SON LAS GUERRAS

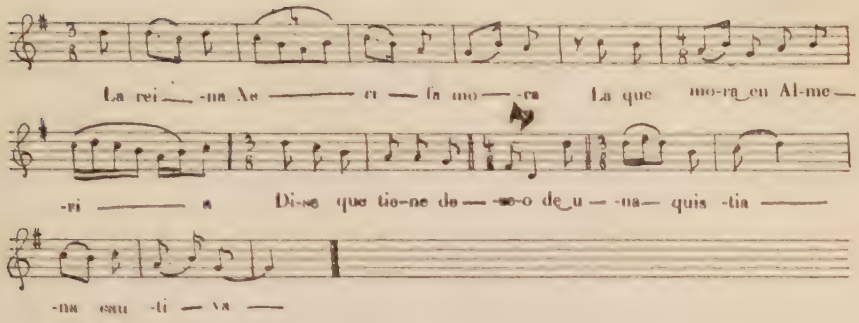
(LA DONCELLA GUERRERA)


Pre-go-na -das. son las gue — rras Las gue-rras — del rey Le-
—ón — To-do el que a e —yas no sa—le Su ca -za es -la-rá en pri —
—zión Su- ca-za es- ta -rá en pri — -zión.

XIII

LA REINA XERIFA MORA

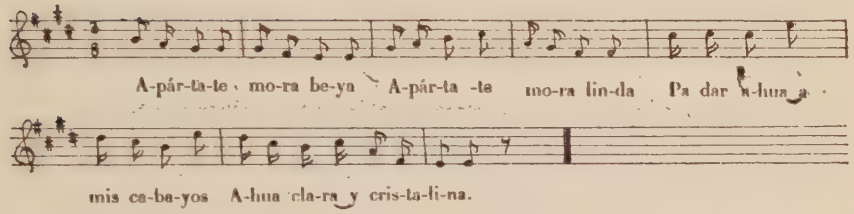
(EL CONDE FLOR)



XIV

MORA BEYA

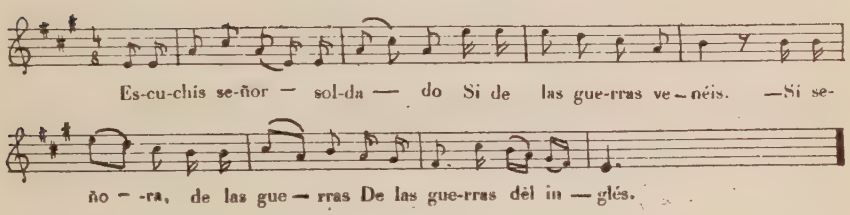
(DON BUESO)



XV

ESCUCHÍS SEÑOR SOLDADO

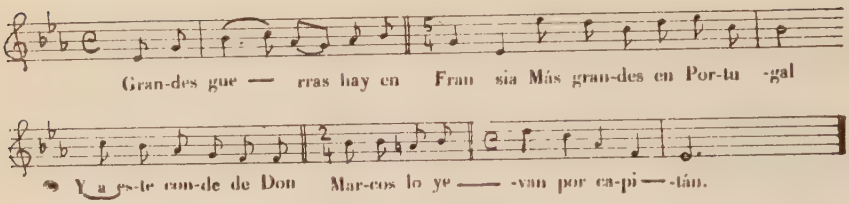
(LAS SEÑAS DEL MARIDO)



XVI

GRANDES GUERRAS HAY EN FRANSIA

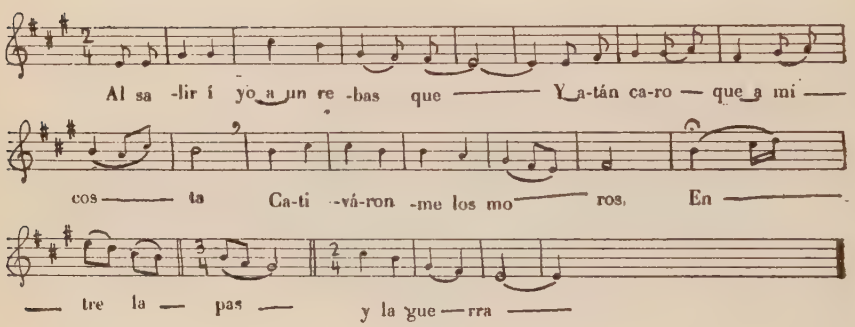
(LA BODA ESTORBADA)



XVII

AL SALIR Í YO A UN REBASQUE

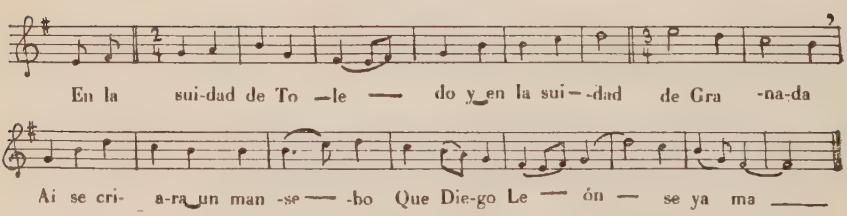
(EL CAUTIVO DEL RENEGADO)



XX

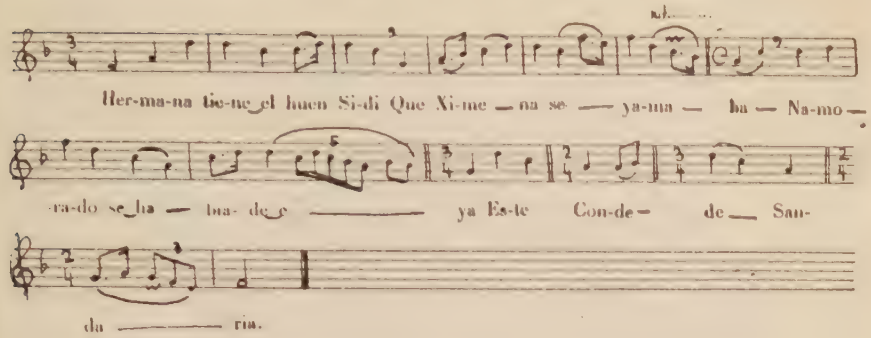
EN LA SIUDAD DE TOLEDO

(DIEGO LEÓN)



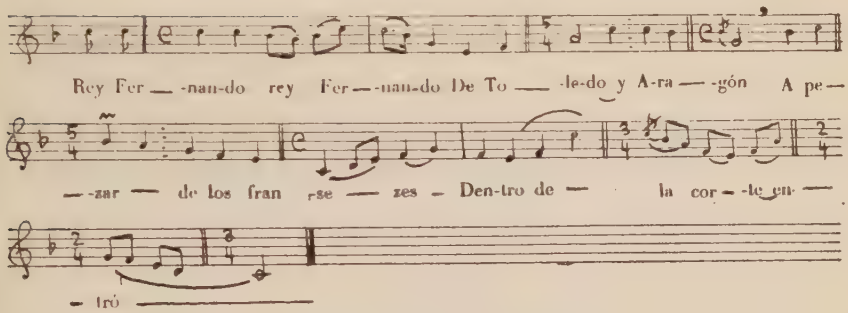
XXI

EL CONDE DE SANDARIA

(NACIMIENTO DE BERNARDO DEL CARPIO)

XXIII

EL REY FERNANDO

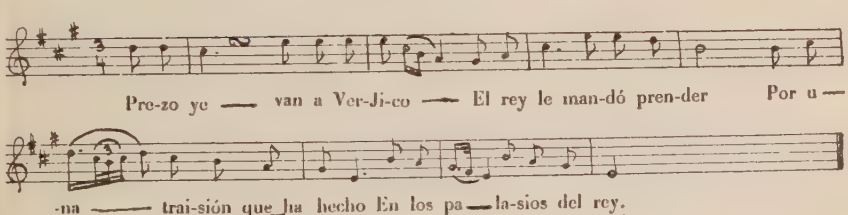
(EL REY DON SANCHO Y URRACA)



XXV

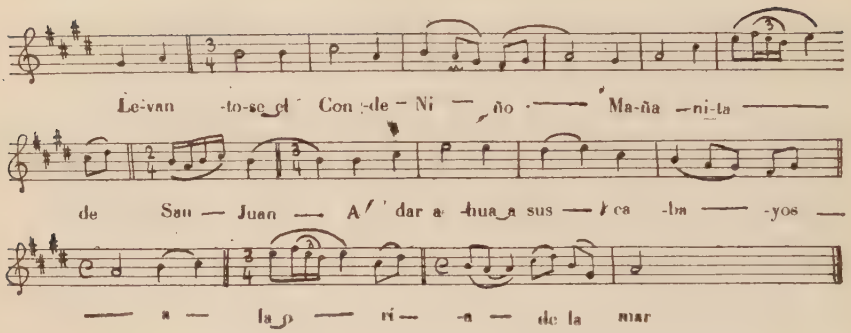
VERJICO

(VERGILIOS)



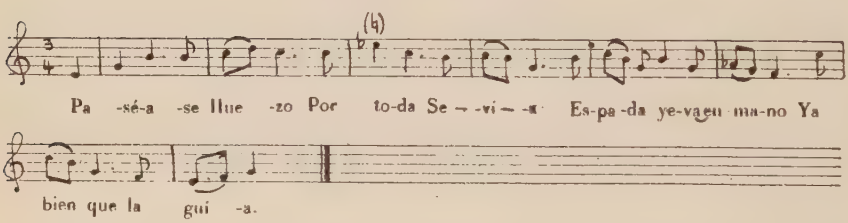
XXVIII

EL CONDE NIÑO

(CONDE OLINOS)

L

PASÉASE HUEZO

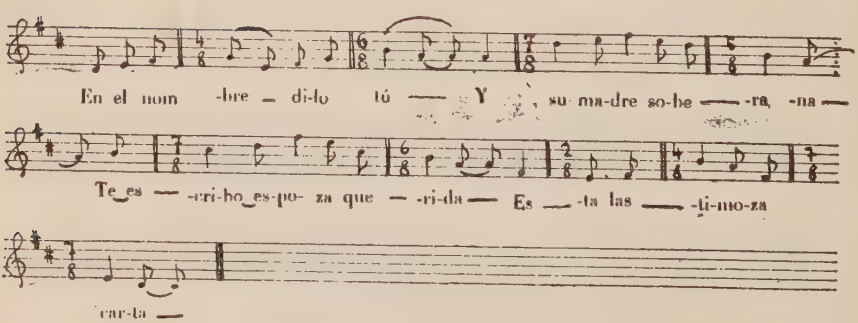
(EL REY ENVIDIOSO A SU SOBRINO)



LVIII

EN EL NOMBRE DÍLO TÚ

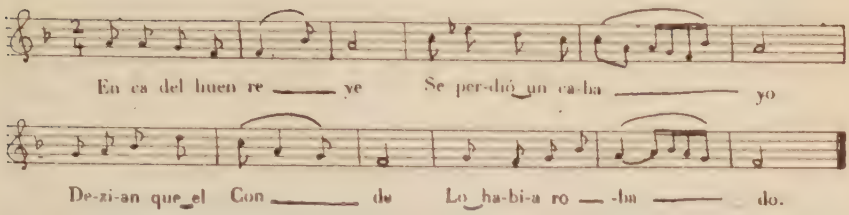
(LEONISIO DE SALAMANCA)



LX

EN CA DEL HUEN REY

(EL CABALLO PERDIDO)



Paul Bénichou.

EL NOMBRE DE CATALUÑA

La etimología corriente del nombre de *Cataluña* (cat. *Catalunya*) es **Got-alania:* sería el país conquistado por los godos y los alanos juntos[1]. Pero, en primer lugar, este nombre **Got-alania* no está atestiguado en ninguna parte, ni directa ni indirectamente, ni los **got-alani* tampoco; y además hay cuatro dificultades fonéticas, algunas muy graves (la *g-* inicial, la *-t-* no sonorizada — cf. *godos* —, la *o* de la primera sílaba y la *a* de la tercera). Meyer-Lübke mismo, que la defiende, no se ha atrevido a aceptar sin muchas dudas esta extraña hipótesis.

Esto me permite proponer otra, que, si no segura, es siquiera un poco menos fantástica.

Hay en la Galia belga un pueblo muy conocido llamado *Catalauni,* que ha dado su nombre a la ciudad de *Châlons-sur-Marne* y a los *Campi Catalaunici,* célebres por la terrible derrota de Atila en 451 (Jordanes, *Getica,* 36). Este nombre está atestiguado en esta forma en treinta y ocho textos antiguos y medievales[2], y su existencia, así como su conexión con los nom-

[1] Consúltese, por ejemplo, W. Meyer-Lübke, *Das Katalanische,* págs. 184 y sigs.; J. Brüch, en *RLR,* 1926, II, pág. 72; *Enciclopedia italiana,* s. v. *Catalogna.*

El *Diccionari català-valencià-balear* de Alcover y Moll (Palma de Mallorca, 1935), s. v. *Catalunya,* dice: « etim[ologia] incerta ». Allí se encontrarán también discutidas otras hipótesis, ninguna de las cuales me parece necesario examinar aquí, por carecer de fundamento por una u otra razón.

[2] Véase el material en Pauly-Wissowa, *RE,* s. v. *Catalauni;* Gröhler, *Französische Ortsnamen* [2], I, pág. 88; A. Holder, *Alt-Celtischer Sprachschatz,* s. v. *Catuuellauni; Thesaurus linguae latinae,* s. v. *Catalauni.*

La opinión que hace derivar *Catalauni* de *Catuuellauni* (nombre de pueblo británico) me parece muy dudosa: el pueblo británico lleva siempre el nombre de *Catuuellauni,* Κατουελλαυνοί, o formas semejantes (véanse Holder y Pauly-Wissowa), mientras que el pueblo galo se llama siempre *Catalauni,* con una sola excepción (la *Notitia Galliarum,* 6, 3), donde aparece como variante *Catuellaunorum,* sin duda por confusión con el pueblo británico.

Sobre la etimología de *Catalauni* (preposición *cata* + sustantivo *launon,* cf. alemán *Lohn*) véase mi artículo en *Rivista Indo-greco-italica,* 1935, XIX, pág. 175. Es posible también que *Catalauni* contenga el nombre céltico *Alaunus, Alauna, Alauni,* sobre el cual véase Hubert, *The greatness and decline of the Celts,* Londres, 1934, pág. 125.

bres de *Châlons* (ant. *Chaalons*), de *Chalonge* (*Catalaunicus ager*) y de *Châlonnais* (*Catalaunensis*), no ofrece la menor duda [1].

Mi hipótesis es que una rama de estos *Catalauni* se habría establecido en tiempos antiquísimos en Cataluña, y habría dado el nombre de *Catalaunia* a algún distrito de este territorio; este nombre se habría extendido después, en los « siglos oscuros », a todo el territorio de Cataluña, como el de *Italia* se extendió de una fracción de Calabria a toda la península, y el de *Hélade* a toda Grecia; y es el caso de los nombres de Francia, Suiza, Prusia, entre tantos otros.

¿Hubo celtas en Cataluña? Hay un hecho singular y muy significativo, porque nos prueba lo poco que nos dicen los textos sobre la historia de las regiones más conocidas de Europa: ningún texto, ninguna inscripción hace la menor alusión a celtas en Cataluña; y sin embargo su presencia está atestiguada por la arqueología [2] y más todavía por una serie de nombres en *-dūnum*: *Besalù, Verdú, Berdún, Salardú*, etc. [3].

[1] Dada la gran dispersión de los pueblos célticos, es natural que se encuentre un mismo nombre de pueblo en regiones muy alejadas, a veces más todavía de lo que lo están Cataluña y la Galia belga; cf., e. g., Hubert, *The greatness and decline of the Celts*, págs. 124 y sigs.: « Encontramos *Boii* en Bohemia, en la cuenca de Arcachon, en Italia [en Pannonia] y en Galacia; *Tectosages* en Tolosa de Francia y en Galacia; *Brigantes* en la Gran Bretaña y en Bregenz; *Parisii* y *Atrebates* en Inglaterra [y en la Galia]. De los *Aulerci* se separaron los *Brannouices* entre el Loira y el Ródano, los *Cenomani* en Italia, otros *Cenomani* entre los *Volcae Arecomici*, y *Andes* en Italia. Los *Senones*, que mudaban mucho de lugar, fundaron pequeños establecimientos en diversas partes de la Galia: *Cenon* cerca de Burdeos, *Senon* en Vienne, *Sénonnes* en Mayenne. Pasaron en cierta época a Bélgica [y a Italia] », etc. Y así hay *Senones* en la *Gallia Lugdunensis* y en la Umbría, *Lingones* en la *Gallia Belgica* y en la *Cispadana*, etc.

[2] Bosch Gimpera, *Prähistorische Zeitschrift*, 15, págs. 81 y sigs.; *Mannus* 6, Erg.-Bd., 1928, págs. 258 y sigs.; L. Weisgerber, *Deutsches archäol. Institut, Zwanzigster Bericht*, 1930, pág. 170; Hubert, *The rise of the Celts*, págs. 283 n., 286, 294 y sig., con bibliografía; *Enciel. Italiana*, s. v. *Iberica, penisola*, pág. 677 *d*; Pokorny y Pittioni, *Zur Urgeschichte der Kelten und Illyrier* (1938), págs. 210 y sig. (con bibl.), 214 y sigs. (con bibl.).

[3] Meyer-Lübke, *Das Katalanische*, pág. 161 (el nombre *Savardú* que da Meyer-Lübke es probablemente una errata por *Salardú*); Hubert, *The greatness and decline*, págs. 75 y sigs.; Dottin, *Manuel*, (1915), págs. 427 y sigs.; *Langue gauloise*, pág. 22; D'Arbois de Jubainville, *Les Celtes depuis les temps les plus reculés*, París, 1904, págs. 111 y sig., 185.

Don Ramón Menéndez Pidal, que ha tenido la bondad de interesarse en este trabajo mío, me escribe con fecha de 20 de junio de 1940: « Los nombres de lugar acabados en *-dunum* que recuerdo son: *Arialdunum* de Plinio y *Esttledunum* de inscripción, los dos de la Bética (la identificación del segundo con Estola, que hace Holder, no sé si es fundada, aparte de que tal nombre de Estola no lo encuentro en Madoz ni en el Nomenclator de la provincia de Córdoba); *Caladuno*, itinerario [de] Antonino, al nordeste de Bracard; *Sebenduno* de Tolomeo, que se suele identificar (D'Arbois, Bosch, etc.) con *Beseldunum*, hoy *Besalú*, en la provincia de Gerona, pero la metátesis queda muy dificultosa de admitir. Además de estos cuatro, nombrados por los textos antiguos, la toponimia nos da *Verdú*, en Lérida, *Berdún*, en Huesca = *Virodunum*, *Besalú*, en Gerona, que en la Edad Media

Hay que añadir que los *Catalauni* son una tribu de los belgas (cf. Pauly-Wissowa, s. v. *Belgae*, 206), y que son precisamente los belgas quienes, según parece, entre 350 y 250 antes de J. C. [1], invadieron a Cataluña [2], cuando ya siglos atrás otros celtas se habían establecido en las demás regiones de la Península Ibérica [3]. Una de las características más claras de este celtismo más reciente son los nombres de lugar en *-dūnum*, frecuentes en Cataluña como en el resto de Europa, mientras que inversamente los nombres en *-briga* [4], que abundan en España y Portugal (¡donde *-dūnum* es

solía latinizarse *Bisuldunum* (*España del Cid*, págs. 882 y 883 fin), forma admitida como originaria por D'Arbois (v. Holder), pero yo restauro el adjetivo **Uesaldonensis* en la *Historia Roderici*, de hacia 1110, en vista de las traducciones españolas de dicha *Historia*, que todas ponen *-ald-* (*España del Cid*, pág. 922). Véase Meyer-Lübke, *Sitzungsberichte Akad. Wien*, 1901, CXLIII, págs. 28-29 : *Salardú* en Lérida, **Salarodunum* de Holder ; *Navardún* en Zaragoza : añádase a los conocidos este curioso nombre híbrido del nombre mediterráneo *Navarra* + *duno ; Valduno* en Asturias, partido judicial de Oviedo, y *Villardún* en Santander, es difícil que encierren el componente *-dunum* ».

Si completamos, pues, a Dottin, *Manuel*, 2ª ed., págs. 426 y sigs., con lo que dice Menéndez Pidal, habría en la Península Ibérica nueve *-dūnum* seguros, de los cuales seis se hallan en Cataluña (Lérida, Gerona) o en las provincias colindantes de Huesca y Zaragoza ; en las demás partes del mundo céltico se encuentran cincuenta y uno (Dottin, pág. 445).

[1] Es ésta la época de las grandes invasiones célticas en Europa y en Asia y del predominio de los belgas, del cual se encuentra todavía un eco en César, *De Bello Gallico*, I, 1 : *Horum omnium* [scil. *Belgae, Aquitani, Galli siue Celtae*] *fortissimi sunt Belgae.*

[2] Cf. Hubert, *The greatness and decline*, págs, 75 y sigs., especialmente pág. 77 : « Hay nombres correspondientes a esta serie [*-dūnum*] en el otro extremo del mundo céltico. La mayoría de estas terminaciones en *-dunum* han sido descubiertas al norte del Sena y al este de los Cévennes (nota 2). Hay toda una ristra de lugares llamados *Virodunum* desde el departamento de Tarn y Garona hasta Alemania. *Kuchl* en la provincia de Salzburgo y *Cogolo* en el Tirol fueron antaño *Cucullae* (nota 3) [Cf. D'Arbois, *Les Celtes*, pág. 123 : « A *Cucullae* sumamos *Cogols* en España, provincia de Gerona »]. Estas analogías sugieren que debiéramos buscar al norte y al este el punto de arranque del nuevo contingente de invasores, y muchos de ellos eran ciertamente *Belgae*. En la *Hispania Tarraconensis* existió una *Belgida* (nota 4), de localización desconocida, y una *Belgica*, escrita también *Vellica*. Una tercera ciudad, *Suessatium* (nota 5), recuerda el nombre de los *Suessiones* [cf. la ciudad francesa *Soissons*], que eran un pueblo belga ». Véase también D'Arbois, *Les Celtes*, págs. 111 y sigs. En la Britannia, largamente colonizada por los Belgas (Hubert, *The rise of the Celts*, págs. 190 y sig., 210-211, 216 y sigs.), hay varios *-dūnum* (diez según Dottin, pág. 445).

[3] Si la interpretación que da Hubert, *Revue Celtique*, 1927, XLIV, págs. 78-89, del nombre del rey mítico de Tarteso, *Arganthonios* (cf. Heródoto, I, 163) como 'el Platero' es exacta (y no me parece dudoso que lo sea), la presencia de celtas en el sur de España en el siglo VII a J. C. estaría probada. Véase Weisgerber, págs. 157, 170, 193 ; Bonfante, *Emerita*, 1935, III, pág. 185 ; Hubert, *The rise of the Celts*, pág. 288.

[4] Según Hubert, *The rise of the Celts*, pág. 294, se encuentran por lo menos treinta y cinco *-briga* en la Península Ibérica ; seis en las demás regiones célticas de Europa y de Asia ; faltan por completo en las Islas Británicas y en Italia. Cfr. también Dottin, *Manuel*, pág. 445 ; Schulten, Pauly-Wissowd, *RE.*, s. v. *Hispania*, 2030.

rarísimo!), faltan por completo en Cataluña y son casi excepcionales fuera de la Península Ibérica [1].

Quizás, sin embargo, se encuentre un rastro de nuestro pueblo en un texto algo corrompido de Tolomeo, *Geographia*, 2, 6, 70, donde en la Cataluña septentrional, entre los *Ausetani* y los *Iaccetani*, se mencionan los Καστελλανοί o Καστελανοί (una de sus ciudades es ¡Σεβέλδουνον!) [2]. Con la simple supresión de una letra tendríamos aquí *Κατελανοί, que se parecía extraordinariamente al nombre moderno de *Catalanes* [3]. No hay que olvidar, a propósito de la ε de la segunda sílaba, que el nombre de los Catalauni de la Galia belga también presenta frecuentemente la forma con *e*, *Catelauni* [4].

Catalaunia, que sería pues el país de los *Catalauni*, está atestiguado, o en esta forma, o en la ya medio románica de *Catalonia*, desde el año 1176 en adelante [5]. De *Catalaunia* viene regularmente, aparte la *-t-*, esp. *Cataluña*, cat. *Catalunya* [6].

Quedan, pues, dos dificultades solas, ninguna de las cuales me parece muy grave.

La primera es la conservación de la *-t-* intervocálica (esperaríamos *-d-*). Ésta se debe probablemente a influencia de la lengua oficial o escrita, muy

[1] Hubert, *The rise of the Celts*, págs. 293 y sigs.

[2] La localización geográfica exacta de este pueblo se puede encontrar en el magnífico atlas histórico de Baratta y Fraccaro, Novara, 1923, mapa 20. Viven en el valle superior del río *Rubricatus* (hoy *Llobregat*), a ambos lados de la *Via Augusta*, alrededor de la ciudad de *Bergium* (Berga).

[3] *Catalán*, *catalanes* es, naturalmente, palabra de origen catalán y de fonética catalana; la forma española sería desde luego **catalano*, plur. **catalanos*.

[4] La hipótesis de que Καστελλανοί sea latino, y derivado de *castellum* (cf. *castellano : Castilla*), aunque atractiva desde el punto de vista formal, me parece inaceptable por razones culturales: el nombre Καστελ(λ)ανοί está en Tolomeo, y ningún nombre de población española (ni gala ni rética ni dácica, etc.) tiene origen latino, que yo sepa, mientras que los nombres de ciudad lo tienen con frecuencia. Las razones son conocidas: el carácter de la cultura romana es esencialmente urbano, mientras que las culturas prerromanas de Europa (a excepción de Grecia) son fundamentalmente agrícolas o nómadas, basadas en la tribu o población, y carecen de ciudades. Cf. para España: *Iaccetani*, *Ausetani*, *Indigetes*, *Ilergetes*, *Cessetani*, *Ilercauones*, *Contestani*, *Bastetani*, *Edetani*, *Vascones*, *Areuaci*, *Carpetani*, etc., ninguno de ellos romano. En Galia las ciudades mismas tienen hoy todavía nombres de tribus: *Suessiones* = *Soissons*, *Andecauis* = *Angers*, *Parisii* = *Paris*, *Bodiocasses* = *Bayeux*, *Remis* = *Reims*, *Pictauis* = *Poitiers*, etc. (véase por ejemplo H. Gröhler, *Franz. Ortsnamen*, s. v. v.). Es posible, sin embargo, que un antiguo *Κατελανοί (véase arriba, en el texto) se haya hecho Καστελ(λ)ανοί por etimología popular. Cf. también Alcover y Moll, *Dicc.*, t. 3, pág. 43 y sig.

[5] Véase *Enciclopedia italiana*, s. v. *Catalogna*, pág. 414 *a*; *Enciclopedia Espasa*, s. v. *Cataluña*, 464 *d*; Alcover y Moll, *Diccionari català-valencià-balear*, s. v. *Catalunya*.

[6] « La forma con *u* [Cataluña] es catalana, como la de *Gascuña* [= *Vasconia*]. En cast. ant. era *Cataloña* », me escribe Menéndez Pidal, en fecha 15 de junio de 1939. Cf. también Alcover y Moll, *Dicc.*, 3, pág. 44, 2, quienes citan *Bolonia* [sic] > *Bolunya*, *Colonia* > *Colunya*. Dante tiene *Catalogna*, en el *Paradiso*, VIII, 77: *l'avara povertà di Catalogna*.

fuerte en nombres de lugar: *Emerita, Compita, Corduba* no darían *Mérida,* ni *Cómpeta,* ni *Córdoba* en fonética « popular ». Habrá que acostumbrarse, más todavía de lo que se hace, a considerar cada nombre como un problema por sí, sin temor a las sagradas « leyes fonéticas ».

La segunda dificultad es que, aparte el pasaje algo dudoso de Tolomeo, no encontramos rastro de *Catalauni* en Cataluña. Pero éste es el caso de miles y miles de toponímicos románicos, que no están atestiguados más que en fecha reciente, y son, sin embargo, sin la menor duda, romanos o prerromanos. El caso de *Cataluña* es relativamente más favorable que el de otros muchos, pues (aun prescindiendo de los Καστελανοί de Tolomeo) los *Catalauni* están abundantemente atestiguados, aunque en otra parte del mundo céltico [1].

Queda desde luego por explicar el nombre *catalanes* con *a* en la tercera sílaba.

Giuliano Bonfante.

Princeton University.

[1] El Diccionario de Alcover y Moll, III, pág. 44, también admite una relación entre los *Catalauni* de los autores latinos y el nombre de *Cataluña,* pero de otra forma: el nombre antiguo *Catalania* — de origen desconocido — se hizo *Catalaunia* y luego *Catalunya, Cataluña* por contaminación con el célebre nombre de los *Campos Cataláunicos.*

NOTAS

PAPA Y BATATA

NOTAS ADICIONALES [1]

I

En el conjunto del territorio lingüístico catalán, podría decirse que el nombre de la papa (*Solanum tuberosum*) separa a Valencia de Cataluña. En Cataluña se dice en general *patata*, denominación que convive en algunas partes [2] con la de *trunfa* [3], usada también en Aragón. En Valencia se dice generalmente *creílla*. La forma *crilla* [4] aparece también en zonas de habla aragonesa del reino de Valencia, como en el valle de Ayora [5], al oeste de Énguera [6]. *Crilla* es voz rústica que convive con *patata*, usada por las gentes más cultivadas de los pueblos, y cada vez más general.

La batata (*Batatas edulis*, antes *Ipomoea batatas*, a su vez precedido por *Convolvulus batatas*), en cambio, tiene una misma denominación en Cataluña y en Valencia : *moniato*. El *moniato*, hasta hace pocos años al menos, era muy apreciado en la capital valenciana, donde se vendía asado por las calles, como en Madrid las *chuletas de huerta* (papas asadas). El nombre de *batata* no es desconocido, pero expresiones como « dulce de batata » son exclusivas de las pastelerías.

El nombre de *moniato* se usa también en Valencia metafóricamente, significando lo que 'buñuelo' o 'churro' : algo deforme, mal o torpemente hecho.

[1] Cf. Pedro Henríquez Ureña, *Para la historia de los indigenismos*, Buenos Aires, 1936 (Anejo III de *BDH*).

[2] Me dicen que por el norte de Cataluña, desde Lérida hasta el Ampurdán. Parece denominación vulgar. En Figueras la usaban las muchachas de servicio procedentes de Ampurdán.

[3] El vocablo aparece en alguna novela catalana moderna, que no puedo recordar.

[4] *Crilla* < *criaílla* < *criadilla*. Existe en Cataluña también la forma *criadeta*.

[5] En Jalance, pueblo de mis padres, y en otros pueblos del partido.

[6] Del aragonés de Énguera habló Menéndez Pidal en *1er Congrés de Llengua Catalana*, que no tengo.

Úsase también peyorativamente, aplicado a personas, indicando bobería, aunque *faba* (haba) es más corriente en el mismo sentido [1].

Vicente Llorens Castillo.

Universidad de Santo Domingo.

II

La papa llegó a España con su nombre quechua [2], que se mantuvo como general hasta principios del siglo XIX : así lo atestigua el *Diccionario de la Academia* en todas sus ediciones desde 1737 hasta 1803 ; sólo desde 1817 empieza a llamarla *patata,* palabra que antes registraba como mera variante de *batata,* es decir, como nombre de la convolvulácea y no de la solanácea. Aun hoy, en Andalucía se dice *papa,* y también en parte de Murcia y de Extremadura. El *Diccionario* asigna todavía a *patata* dos significados : el de 'papa' y el de 'batata' [3].

La palabra *papa* pasó de España a países vecinos en Europa durante el siglo XVI : en Francia, Clusius emplea el nombre latino *papas Peruanum* o *Peruanorum ;* después, Gaspard Bauhin, el creador del nombre latino *Solanum tuberosum,* dice en francés *papas des Indes* y *papas des espagnols* (1620), y su hermano Jean Bauhin dice *pappa d'Amérique.* En Inglaterra, John Gerard dice (1599) *pappus orbiculatus sive battata Virginiana* : corría ya la noción equivocada de que la papa procedía de Virginia, donde no se la conoció hasta el siglo XVIII ; ade-

[1] [Según datos de don Juan Corominas (Instituto de Lingüística, Universidad de Cuyo), *criadilla* abarca en la región valenciana desde el extremo sur hasta la capital : sobre la forma *queraílla*, muy extendida (por ejemplo, en Elche : ver *BDC*, XVII, 52), cf. nota de J. F. Pastor, en *RFE*, 1927, XIV, 73. Pero en el norte valenciano, informa el señor Corominas, se oye *pataca*, variante de *patata* (p. ej. en Tortosa : ver *BDC*, III, 105 ; el informante la ha oído en Castellón de la Plana, y cree posible que llegue más allá). *Trunfa*, prosigue informando el profesor Corominas, es término rural común a la mayor parte del Principado, desde Falset hasta los Pirineos, y pasa a la región catalana de Francia (ver *BDC*, IX, 40) ; se oye también en el Alto Aragón : p. ej., en Plan, Gistain y Bielsa (ver *BDC*, XXIV, 182). La forma *trunfo*, propia de Berga y otras comarcas del centro septentrional catalán, presenta la dificultad de su *-o*, vocal final que en catalán se pierde : podría suponerse que procede de **trúnfol*, en relación con formas como genovés *trífulu*, milanés *tartüfol*, etc. Se hallan, además, formas sin *-n-*, sólo a lo largo del límite con el provenzal y como prolongación del área que ocupan en el Sur de Francia : p. ej., en Capcir *trœfa* (cf. *BDC*, III, 123), Arán *trüha*, hecho *trufa*.]

[2] Cf. *Para la historia de los indigenismos*, págs. 44-45. Es interesante señalar, de paso, que los españoles llevaron de Sud América a Europa una sola especie de papa, el *Solanum tuberosum ;* la expedición científica dirigida por Bukasov y Yuzepczuk en 1925-1928 recorrió nuestro hemisferio desde México hasta Chile y la Argentina y descubrió otras trece especies utilizables, cultivadas por los indios, además de gran número de especies silvestres (J. G. Crowther, *Soviet science*, Londres, 1936 ; cons. págs. 163-165 de la edición de 1942 en la colección *Penguin Books*).

[3] En 1826 Andrés Bello, en su silva *La agricultura de la zona tórrida* dice, « sus rubias pomas la patata educa ». Esta patata es la batata.

más, registra en inglés el nombre *potato*, robado a la batata [1]. Pero es bien sabido que el nombre *papa* no sobrevivió fuera de España; la planta adquirió nuevos nombres: ante todo, *batata* (así en portugués) o sus variantes *patata* y *pataca*, conocidas desde el siglo XVI [2].

La forma *pataca* es posible que haya surgido por contaminación con una palabra española ya existente, antiguo nombre de moneda (v. infra). En español académico es hoy uno de los nombres de la aguaturma o tupinambo (sinantérea: el *Helianthus tuberosus*): como se ve, cada una de las tres antiguas formas de *batata* se ha especializado. Pero en hablas populares de España *pataca* se aplica todavía a la papa: así, en pueblos de la provincia de Santander (cf. G. Adriano García-Lomas y García-Lomas, *Estudio del dialecto popular montañés*, San Sebastián, 1922), en Asturias (Bernardo Acevedo y Huelves y Marcelino Fernández y Fernández, *Vocabulario del bable de occidente*, Madrid, 1932), en León (Verardo García Rey, *Vocabulario del Bierzo*, Madrid, 1934), en Galicia (Juan Cuveiro Piñol, *Diccionario gallego*, Barcelona, 1876), en lugares de Valencia (dato del profesor Corominas).

En Italia se le da normalmente a la papa el nombre de *patata*: el uso comenzó, según parece, antes que en España. La variante *pataca* aparece esporádicamente en el territorio italiano [3]: en Castelnuovo, de la Liguria (punto 199 del *Atlas* de Jaberg y Jud), *pataka* es la forma rústica y *patata* la urbana; en Borgomaro (punto 193), también de Liguria, *e patake* (en plural, según registra muchas veces estas palabras el *Atlas*); en Vigevano (punto 271), ciudad de Lombardía, *i patak*: en Arsengio (500), de la Toscana, *al patak*; igualmente en Albinea (444), de la Emilia, alternando con *i pom da tera*, de origen francés [4], y en Nonantola (436), también de la Emilia; en Baura, incluyendo la ciudad de Ferrara (427), *il patak*; en Concordia (415), de la Lombardía, *li pataki*; en Ruda (359), cerca de Trieste, *li patachis*; en Selva di Gardena (312), del Véneto, *patach*: en Fantina (818), de Sicilia, *i patakki*; en Aidone (865), de Sicilia también, *i patak*, alternando con *i patat*.

La forma *pataca* ha penetrado en uno de los islotes de lengua albanesa dentro del territorio de Italia: Acquaformosa (751), de la Calabria, dice *patákat*.

Dejando aparte Sicilia, *pataca* se presenta en zonas contiguas entre sí, pero en

[1] Cf. Leo Spitzer, *Die Namengebung bei neuen Kulturpflanzen im Französischen*, en *Wörter und Sachen*, 1912, IV, 147-164; además, *Para la historia de los indigenismos*, 51-52.

[2] Sobre los nombres de la papa en Francia, cf. Spitzer, estudio citado: hace historia y geografía de ellos, con mapa, basado en los datos del *Atlas linguistique de la France*, de Gilliéron y Edmont. Además, Meyer-Lübke, *REWb*, s. v. *patata* (hay un error: en España nunca se le ha dicho *batata* a la papa), y Gilliéron, *Thaumaturgie linguistique*, París, 1923, págs. 115-120, y *Pathologie et thérapeutique verbales*, París, 1921, págs. 82-123, y 164-198.

[3] Datos del *Sprach- und Sachatlas Italiens und der Südschweiz*, de Karl Jaberg y Jakob Jud, tomo VII. Agradezco al profesor Jaberg el haberme llamado la atención sobre ellos.

[4] En vasco se ha adoptado también *pomme de terre*, pero traduciéndolo: *lursagar*, de *lur* 'tierra' y *sagar* 'manzana'.

puntos salteados. La forma pudo llegar desde España [1]. En Francia existe también, pero en zona reducida y muy distante de Italia, en la costa del Atlántico o cerca [2].

La forma primitiva *batata* se aplica normalmente en Italia a la planta de igual nombre en castellano [3]. Aparece aplicada a la papa en Cerdeña, en lugares como Désulo (957) — *sa batata*, alternando con *sa patata* —, Mógoro (963) — *sa batata* alternando con *patatas* —, Escalaplano (967) — *sa battata* —, Macomer (943) — *sa batata*, alternando con *pomuderra* —, Perdas de Fogu (968) — *sa betata*, alternando con *sa petata* —, y en la islita de Sant' Antioco, junto a Cerdeña, *sa batata*; pero éstos no son casos de conservación sino de mera coincidencia de la forma primitiva con formas nuevas, debidas a la sonorización de la *p* inicial en contacto con la *a* del artículo: sonorización que caracteriza la fonética sintáctica de una parte de Cerdeña [4].

La forma *patata* sufre alteraciones diversas en Italia. A veces, el cambio $t > d$, como en *al patade*, en Sologno (453), de la Emilia, *le petade*, en Leonessa (615), de los Abruzos, y en formas que se citarán después (*pateda, pated*): en estos casos *patata* se adapta al cambio de la terminación *-ata* en *-ada*; pero generalmente la palabra, como exótica y tardía, ha resistido al cambio. Este cambio se complica, duplicándose y combinándose con la presencia de *b* inicial, en *badade*, de Palombara (643) y Serrone (654) en el Lacio. Hay también sonorización de la *t* que precede al acento, en *padane*, de Colli (616), en los Abruzos (sobre la *n*, v. infra) [5].

Igualmente ocurre el fácil cambio $a > e$ en sílaba inicial: por ejemplo, en

[1] El profesor Jaberg, sin embargo, me sugiere la posibilidad de que *pataca* haya surgido de modo independiente en Italia y agrega: « Comp. ital. *patacca, baiocco*, para monedas de escaso valor; *-acco, -occo* tienen aquí valor peyorativo. En *pataca* 'papa' el sufijo puede resultar simbólico del origen exótico de la planta ».

[2] *Patak* en Talmont, de la Vendée (punto 540 del *Atlas linguistique de la France*), y en la islita de La Cotinière (535), de Charente-Inférieure; de ahí *patas*, en lugares del departamento bretón de Ille-et-Vilaine (450, 460, 462), en el de Mayenne (339, 421, 443), en el de Loire-Inférieure (445, 446), en el de Maine-et-Loire (412, 415, 423, 433), en el de la Vendée (427), en el de Deux-Sèvres (417, 419): son, todas, zonas contiguas (ver el mapa de Spitzer). Recuérdese que en Francia se le dice *patate* a la batata, pero también, en hablas regionales (a lo largo de la costa atlántica, desde Bretaña hasta la frontera española), a la papa, y aun en París se dice humorísticamente, según me informa el profesor Paul Bénichou.

[3] Pero se debe de usar muy poco: Giuseppe Rigutini, en el *Dizionario della lingua parlata*, no le da ningún nombre.

[4] Debo esta y otras observaciones al profesor A. Benvenuto Terracini, de la Universidad de Tucumán. Cf. Max Leopold Wagner, *Lautlehre der südsardischen Mundarten*, Halle, 1907, § 209; Meyer-Lubke, *Italienische Grammatik*, § 184.

[5] Sobre estos problemas de sonorización de sordas en el territorio italiano del centro y el sur, muy poco claros, cf. Carlo Battisti, *Le dentali esplosive intervocaliche nei dialetti italiani*, Halle, 1912; G. Rohlfs, *Sprachliche Berührungen zwischen Sardinien und Süd-Italien*, en *Donum natalicium Jaberg*, Zurich, 1937 (v. pág. 34), y *Galloitalienischen Sprachkolonien in der Basilikata*, en *ZRPh*, 1931, 249-279; Robert H. Hall, jr., *The Papal States in Italian linguistic history*, en *Lan*, 1943, XIX, 125-140.

Corigliano (748), de la Apulia, *tes petate*. Probablemente a través de *a* > *e* se llega a *i*: por ejemplo, le *pitate*, en Vermole (739), de la Apulia.

De mayor importancia es el cambio *a* > *e* en la sílaba acentuada. Abunda en la Emilia: por ejemplo, *l pateti*, de Meldola (478), *l patet*, de Portico e San Benedetto (490), *al patet* de Minerbio (446) y Savigno (455), *al patet* o *el patet* de Bolonia (456), *al patet* de Prignano (454), donde alterna con *la pateda*, *al pated* de Saludecio (499). En los Abruzos se halla *la patet*, de Castelli (618); en las Marcas, *l patet* de Fano (529), *le patet* de Urbino (537) y Mercatello (536), *i pateti* de Sant' Agata Feltria (528); en la Umbría, *le patete*, de Civitella-Benazzone (555), en la comuna de Perusa. Además, en Loiano (466), de la Emilia, *al patak* se convierte en *al patek*. El cierre de *á* en *é* es común en gran parte de la Emilia, la Umbría, las Marcas y los Abruzos. Ocurre en sílaba libre, de modo que en estos casos ha de haberse realizado antes de la caída de la vocal final [1].

Se encuentra además la diptongación de la vocal acentuada: *al patéat*, en Ravena (459), *l patéat* en Fusignano (458) y Brisighella (476), de la Emilia. Hay lugares donde la diptongación está apenas comenzando, como en Dozza (467), de la Emilia.

La forma *patana* se debe probablemente a un cruce de sufijos o quizás de palabras: el adjetivo *patano*, según el *Dizionario della lingua parlata*, de Rigutini, «se usa en el modo *Tanto patano* para significar cosa gruesa, muy grande, o por el estilo; y la palabra suele acompañarse con el gesto: C'é una buca tanto patana; Un pane tanto patano». El fenómeno es meridional: comienza en el sur de las Marcas — *le patane* en Muccia (567) —, sigue en los Abruzos — *le patana* en Montesilvano (619), *le padane* en Colli (616), *la patana* en Crecchio (639), Trasacco (646), Fara San Martino (648) y Roccasicura (666), y llega a dominar en la Apulia, en la Basilicata, en la Campania y en el norte de la Calabria, alternando con *patata* [2].

Nuevos cruces, probablemente, producen en los Abruzos *patona*, que alterna con *la ppatana*, de Scanno (655); *la patayna*, de Morrone del Sannio (658); *li paten'*, de Bellante (608). Hay metátesis en *le panate*, de Tagliacozzo (645), de los Abruzos.

El nombre *papa* se halla todavía en el Lacio, a poca distancia de Roma: en Sant' Oreste (633), *e pappe*. Puede suponerse una supervivencia: las primeras papas debieron de llegar a Italia en el siglo XVI con su nombre quechua. O puede suponerse importación reciente y solitaria. Y tal vez pudieran atribuirse a contaminación con *papa*, olvidada después, las formas *papade*, en Montecarotto (548), de las Marcas, y *papate*, en Marsciano (574), de la Umbría, en Montefortino (577), de las Marcas, y, alternando con *patate*, en Norcia (576) y Nocera (566), de la Umbría [3].

[1] Cf. Meyer-Lübke, *Italienische Grammatik*, §§ 18 y 19; Bertoni, *L'Italia dialettale*, págs. 58, 134 y 159.

[2] Estas formas con *n* coinciden con otras de Francia, especialmente de la zona provenzal; pero no hay contigüidad.

[3] El profesor Terracini me sugiere que *pappe* pudiera proceder de contaminación de

Rarezas: *le patape*, en Sonico (229), de Lombardía, y *le papepe*, alternando con *le papete*, en Gubbio (556), de la Umbría.

Las papas tienen en Italia muchos otros nombres: *bodi*, en el Piamonte, cerca de la frontera francesa (Pietraporzio, 170, y Valdieri, 181); formas derivadas del fr. *pomme de terre*, que aparecen en el Piamonte, la Lombardía y la Emilia, en la isla de Cerdeña, y, desde luego, en la Suiza italiana (en el Véneto sólo aparece, aisladamente, *pommas*, en Penia — 313 —, como *li pomi*, en Tempio — 916 —, de Cerdeña); *karotes*, aislado, traslación del nombre de las zanahorias, en el Véneto (en Forni di Sotto, 327); *pestorte*, en el Véneto (en Cortina d'Ampezzo, 316, y en Pieve di Cadore, 317); *soni* y *sansoni*, otra traslación de nombre, en el Véneto (San Vigilio, 305, y Colfosco in Badia, 314); finalmente, multitud de variantes de *trufa* — otra traslación de nombre, muy común, en diversos idiomas europeos, y muy antigua [1] — en el Piamonte, la Lombardía, el Véneto y la Suiza italiana: *trufas*, *trüfas*, *trufla*, *trúfals*, *túfals*, *trufóle*, *trífole*, *trífule*, *tríhule*, *trífulas*, *tríful*, *trifla*, *tartúfoli*, *tartúfuli*, *tartúfals*, *tartífole*, *tartífuli*, *tartífoli*, *tertífol*, *tartífuy*, *tartüfuy*, *kartúfulis*, *kartúfolas* — formas, estas últimas, que ya colindan con el al. *Kartoffel*, derivada, según es bien sabido, del italiano.

Los nombres de plantas están peculiarmente sujetos a confusiones, porque las especies resultan excesivas en número para la atención del vulgo. Cualquier semejanza, a veces muy vaga, autoriza la transferencia o el cruce de las designaciones. Ante una planta nueva para nosotros, parecería cómodo atenerse al nombre que trajo de su país de origen; pero eso no siempre ocurre, o porque el nombre resulta difícil de pronunciar, o porque tropieza con palabras de forma semejante, o simplemente porque la descripción comparativa engendra la sustitución.

La batata, procedente de las Antillas, probablemente llegó a Europa desde antes de 1500 y fué largo tiempo muy estimada [2]; la papa, procedente del Perú, llegó después de 1560, y todos conocen su historia europea: humilde primero, triunfante después. El vocablo taíno *batata* no tropezó con dificultades: era de estructura simple y no chocaba con ninguno similar. A menudo se comparó la raíz tuberosa comestible de la planta con las castañas y su desarrollo subterráneo con el nabo, la zanahoria, la trufa y la turma; pero de la comparación no surgió ningún nombre [3]. En cambio, el vocablo *papa* tropezó con el nombre del

patata con *pappa* 'comida', procedente del latín *pappa*. En español existe la palabra, y el verbo *papar*, como en italiano *pappare*. El Diccionario de la Academia, hasta fines del siglo XIX, se empeñaba en derivar de la palabra latina, existente en castellano desde antes del Descubrimiento de América, el nombre de la planta sudamericana.

[1] V. el estudio de Spitzer.

[2] Sobre la estimación de que gozó la batata, v. *Para la historia de los indigenismos*, págs. 23 y 51-52. Puede agregarse este pasaje del poeta brasileño Manoel Botelho de Oliveira (1636-1711), en su poema *A ilha de Maré*:

As batatas que assadas ou cozidas
são muito apetecidas;
dela se fez a rica batatada,
das belgicas nações solicitada.

[3] Cf. *Para la historia de los indigenismos*, págs. 20-22 y 49.

pontífice de Roma, y en España e Italia, además, con el viejo nombre latino de la comida, *pappa*. Por la semejanza exterior de sus tubérculos con las raíces tuberosas de la batata, y por la comunidad de origen, resultaba inevitable designarla con los nombres de la convolvulácea, y así la vemos apropiarse de sus tres formas (*batata, patata, pataca*). Pero además, desde el principio, como planta cuyo producto alimenticio es subterráneo, se le llamó *trufa*, nombre que bajo innumerables formas conserva todavía en Francia, Italia, Suiza, Alemania, y después se le aplicaron nombres nuevos, por razones semejantes, como *turma* y *criadilla* en España, *karotes* en Italia, *poirot* en Francia. De comparación descriptiva nacen *pomme de terre* y *truffe blanche*. Otra manera de evitar el nombre *papa* era la designación del origen geográfico: *indias* se dice todavía en España, en la provincia de Zamora; *canada* se dice en Francia y Bélgica (*Canadá* en Francia, como *Virginia* en Inglaterra, fueron en otros tiempos, para el vulgo, vagas designaciones de América) [1]. Hay, finalmente, designaciones caprichosas, como *spud*, en inglés, del nombre de la escarda.

El nombre de la batata, a su vez, ha sufrido evoluciones: a medida que se la ha ido cultivando menos en Europa, se ha ido convirtiendo en subordinada, lingüísticamente, de la papa; si al principio, en Inglaterra, la papa era *bastard potato*, después a la que hubo que identificar mediante adjetivo supletorio fué a la batata: en inglés, *sweet potato* o *Spanish potato* — procedencia geográfica no menos equivocada que la de Irlanda atribuída a la papa (*Irish potato*) —; en portugués, *batata doce*; en italiano, *patata dolce* o *patata americana* — como si la papa no fuese igualmente americana —; hasta en castellano ha llegado a decirse *papa dulce* y *patata dulce*.

Es curioso que la forma *pataca* haya hecho fortuna, relativa, ya como nombre de la papa, ya como nombre del tupinambo, aunque tropezó con otra palabra muy semejante: la procedente del árabe *abutaca*, que designaba en España antiguos tipos de moneda: todavía se oye el derivado *patacón*. Es posible que *pataca*, como variante de *patata*, haya nacido de confusión léxica. En Italia se usó *patacca* como nombre de moneda, de poco valor; ahora significa 'cosa de poco valor' y además 'mancha de suciedad' (Rigutini, *Dizionario della lingua parlata*). De esta *pataca* procede, según Meyer-Lübke (*REWb*, 55*a*), la palabra francesa *patraque* 'máquina que anda mal' y 'persona débil y enfermiza'. Ahora el empleo de *patraque* como sustantivo tiende a desaparecer; el uso corriente es el de adjetivo: « ma montre est patraque »; « je suis patraque ». El Diccionario de Littré agregaba la variante ginebrina *patracle*; tanto él como después Darmesteter y Hatzfeld daban *patraque* como de origen desconocido. Además, Littré daba como otra acepción de la misma palabra, y no como otra palabra de igual forma, 'papa esférica' (« toutes les variétés de pomme de terre plus ou moins régulière-

[1] Sobre razones de estos cambios, cf. Vittorio Bertoldi, *Esigenze linguistiche del mercato*, en *VR*, 1940, V, 87-105; especialmente, con relación a la papa, págs. 87 (los diminutivos que llama acariciadores, *vezzeggiativi*, como *patatine*) y 100 (procedencia geográfica: referencia a *papas des espagnols*; nombres traducidos: *lursagar* en vasco; nombres originarios: *batata*; incidentalmente repite el error de Meyer-Lübke, de creer que en castellano se le aplica al *Solanum tuberosum*). Cf., además, Gilliéron, *Pathologie et thérapeutique verbales*, 164-198.

ment sphériques, par opposition aux cylindriques et aux aplaties ») : pero se ve que no es otra cosa que variante de *pataca* 'papa', influída tal vez por la palabra de origen árabe.

Según el *Diccionario de voces aragonesas*, de Jerónimo Borao (Zaragoza, 1908), en Aragón se le llama *pataca* a una 'pasta de harina, grasa y sangre de cerdo, cocida luego con agua' y, como derivación figurada, a una 'mujer de formas pesadas'. No hallo fácil decidir si es ésta una proliferación del vocablo de origen árabe o del de origen taíno.

Pedro Henríquez Ureña.

LAS EXPRESIONES TEMPORALES *A LO QUE, A LA QUE,* ETC. EN ESPAÑA Y AMÉRICA

C. E. Kany ha estudiado recientemente [1] las expresiones *a lo que, lo que, a la que, en lo que, aná que, a no (que)*, y ha mostrado, apoyándose en materiales cuidadosamente revisados y después de discutir por menudo a quienes le habían precedido en ese tema (Cuervo, Keniston, Amado Alonso, etc.), que la primera conjunción temporal es, en España, exclusivamente aragonesa (con amplia difusión en Hispanoamérica) y significa simultaneidad y, con más frecuencia, sucesión inmediata, mientras que *a la que* se limita a la Península Ibérica y significa más bien simultaneidad ; *lo que* es clásico y americano ; *aná que* es aragonés ; *a no (que)* aparece sólo en Colombia. Para explicar estos giros, Kany sugiere la formación de *a lo que* según el modelo *al tiempo (punto) que* o bien sobre *lo que* precedido de *a* (como en *a los ocho días*, que significa 'después de...'), con apoyo de una forma popular *aluego que* (un mexicano que había empleado *a lo que* dijo, al pedirle Kany que lo repitiera, *luego que*) ; *a la que* = (por elipsis) *a la hora (sazón) que* ; *en lo que* = *lo que* + ant. esp. *en que* ; *a no que* = *a lo que* + *no bien*.

Yo creo que Kany, una vez establecidos rigurosamente los hechos, no hubiera debido ceder, en la explicación, a esa extraña repugnancia que los lingüistas norteamericanos sienten por la psicología de los hechos gramaticales. Sólo ella — no tan especulativa como se cree, ya que es posible controlarla por paralelos verificables — es capaz de darnos el sentido último de los giros consagrados por el uso. En los casos a que aquí nos referimos, el autor habría tenido que establecer el significado primordial de *lo que* y de *a la que*, que no parecen suscitarle ninguna reflexión. En efecto, *lo que* contiene un neutro « de definición » (« *zusammenfassendes* lo », como decía Eugen Herzog) ; el clásico *dure lo que durare* contiene sin duda un *lo que* = fr. *ce que* en el verso de Malherbe : « *Elle a vécu* ce que *vivent les roses* », expresión « neutra » que no decide la magnitud, grande o pequeña, de la duración. Igual matiz nos presenta el ant. fr. *que que* 'mientras que', con su pronombre neutro generalizador (= lat. *quodcumque, quidvis*). No ha de extrañarnos el ver que se agregue la palabra *todo : todo lo que*, señalado por Keniston ; el ejemplo de *Martín Fierro* citado en la pág. 135 : « Para llevar de ventaja / lo que emplearan en hallarlo » equivale

[1] *Temporal conjunction* a lo que *and its congeners in American Spanish* (en *HR*, 1943, XI, págs. 131-142).

a *todo lo que*, pero no contiene conjunción, pues *lo que* es complemento directo de *llevar* : 'para tener... todo el tiempo que...' No veo ninguna dificultad en la evolución (clás.) 'mientras' > (amer.) 'cuando', sobre todo si se considera que en Ecuador se ha conservado la acepción clásica de *lo que* (pág. 140 : « Hacerles pasar tiempo *lo que* estuvieran ganando la plata » : *lo que* 'mientras' > 'cuando', con el matiz adversativo de *en tanto que*, fr. *tandis que*. Con *lo que*, puesto que tiene originariamente un sentido generalizador de 'todo el tiempo que', es de prever que se encuentre con bastante frecuencia el subjuntivo hipotético (*dure lo que durare*). Me parece que el *luego* (*logo*) *que*, registrado junto a *lo que*, contiene una *-g-* secundaria, ultracorrecta (cf. esp. pop. *cogorza* de * *cohorça* < * c o n f o r t i a , como la *-d-* ultracorrecta de *Vencesladu*, etc.). Es que *lo que*, con ese neutro, resulta expresión muy abstracta — como el *ce que* de Malherbe — contra la cual reacciona el pueblo con « etimologías populares », es decir, con interpretaciones que están más a su alcance ; en este caso, con * *logo, luego que*.

A la que, por el contrario, es de origen muy popular, como se ve por la presencia del « neutro feminizado », a que me he referido en mi artículo sobre la *Feminización del neutro* [1] : el femenino usado en lugar del neutro no se refiere nunca a abstracciones, sino que en tales giros se sobreentiende un sustantivo femenino que significa 'cosa', 'asunto', 'lance' (fr. *la bailler belle ; tu me la payeras, celle-là !*, etc.). En nuestro caso, pues, no puede haber alusión a un lapso indeterminado de tiempo, como en el *lo que* clásico ; en los ejemplos clásicos de *a lo que*, se trata siempre de un lapso bien preciso — puede entenderse, en efecto, *hora, sazón* —, y queda excluído el subjuntivo hipotético. También es significativo que no haya un * *la que* junto a *a la que*, mientras que hay un *lo que* junto a *a lo que* : * *dure* la *que durare* sería imposible, porque el matiz de indeterminación no puede expresarse con *la que*. Esta ausencia de * *la que*, frente a *lo que* y *a la que*, parece sugerir que *lo que* (impreciso) ha tomado su *a* de *a la que* (preciso), en que esa preposición *a* era necesaria. Si en Gracián se encuentran a la vez *lo que* y *a la que*, no será difícil admitir su coexistencia en español ; la distribución de las áreas, tal como la describe Kany, sería entonces cosa secundaria.

Kany no nos da explicación del *aná que* (= *a nada que*) aragonés : *aná que llegue, te escribiré*. Pero creo que esa forma nos resulta útil para comprender *a no que*. *Aná que* significa 'así que'. Recuérdese que en ciertos giros que expresan la sucesión inmediata el hablante procura exagerar la prontitud con que ha de proceder : la idea de 'te escribiré en el momento mismo de su llegada' podrá, pues, expresarse perfectamente con 'aunque ni siquiera llegue, aunque no haya *nada* de su llegada, te escribiré' ; *aná que* puede ser, por lo tanto, un *a la que* + *ná* (< *nada*). Quien encuentre absurda semejante paradoja recuerde que el *facchino* italiano nos dirá : *Farò il mio impossibile* (!) *per contentarla*. Así también explicaría yo *a no* (*que*) por *a lo que* + *no : a no que me trajeron el caballo, monté* = *a lo que me trajeron* + *no me trajeron* ('no me habían traído [todavía] el caballo cuando ya...').

Leo Spitzer.

Jhons Hopkins University

[1] *RFH*, 1941, III, págs. 339-371.

RESEÑAS

ROBERT A. HALL, Jr. *The Italian « questione della lingua ». An interpretative essay* (University of North Carolina, Studies in the Romance Languages and Literatures núm. IV), Chapel Hill, 1942, 66 págs.

Desde hace unos años [1] Hall venía espigando el conjunto de conceptos y puntos de vista teóricos que el Renacimiento italiano formuló a raíz del debate práctico, actual, sobre las calidades, direcciones y orígenes de la lengua vulgar. En este ensayo resume y refunde sus conclusiones, insertándolas en el cuadro general de la « Questione della lingua » que — como se sabe — se debatió particularmente en el siglo XVI, pero se enlaza con el *De vulgari eloquentia* de Dante y por otro lado siguió desarrollándose hasta fines del siglo pasado. Después de analizar (cap. I) los elementos básicos de la « Cuestión » (1° competencia entre italiano y latín ; 2° purismo en sus formas variadas de lucha entre toscano y no toscano, entre arcaico y moderno ; 3° reforma ortográfica), Hall por un lado resume su historia exterior (cap. II) en sus momentos más significativos, y por otro (cap. III) examina la validez de las soluciones propuestas, considerándolas desde el punto de vista de la lingüística moderna. Prepara así al lector para comprender el capítulo central del ensayo (IV) : progresos del método científico (de la lingüística) durante el Renacimiento. Por fin el cap. V considera la « Cuestión » con criterio no teorético, sino meramente histórico, es decir, la relaciona con la historia de la lengua y de la cultura italiana.

Al terminar su reseña del *Idioma gentile* de Edmondo de Amicis (1905), escribía Croce : « Io mi auguro che quest' ultima manifestazione della q u e s t i o n e d e l l a l i n g u a che ci é data dal libro di De Amicis sia anche, definitivamente, l' ultima ; e che il vecchio e vuoto dibattito muoia con l' *Idioma gentile*. Morrebbe, cosí, tra le mani di uno dei nostri più amati ed amabili scrittori » [2]. Huelga decir que, viva o muerta, la « Cuestión » no ha sido siempre una mera contienda de palabras ; ya más de un investigador intentó desenterrar de este secular alud de libros, tratados y folletos, amontonado por el más iracundo género de escritores, los elementos que conservan algún valor, ya conceptual, ya histórico. Después de los libros y de los estudios de D'Ovidio, de Vivaldi, de la señora Labande

[1] *Linguistic theory in the Italian Renaissance*, en *Lan.*, XII (1936), págs. 96-107 ; *Syncronic aspects of Renaissance linguistics*, en *Italica*, XVI (1939), págs. 1-11. Véase también la advertencia de pág. 1.

[2] *Problemi di estetica*, Bari, 1910, pág. 213.

Jeanroy y de otros, esta interpretación, como la llama Hall, es oportuna y útil [1]. Es una síntesis interesante, ya que se funda en una preparación minuciosa y original, y orienta sobre un problema muy complejo en que no está interesada solamente la filología italiana. Salta a la vista, por ejemplo, su analogía — bien por sus derivaciones, bien por sus sugestiones — con problemas que se debatieron en España. Diré más: tan polvorienta materia al pasar por el filtro de la claridad de espíritu de Hall — claridad algo esquemática, norteamericana — se compone en rasgos simples y sugestivos.

Estoy sobre todo conforme con Hall en opinar (pág. 35) que la interpretación del lenguaje como fenómeno eminentemente social y político es concepto que distingue al Renacimiento de las edades anteriores. Hall no deja de notar que esto parece contrario al individualismo renacentista. Quizás hubiera sido oportuno recordar que estamos justamente en la edad en que el mundo occidental deja definitivamente de ser una civilización latino-cristiana perdida entre bárbaros, y se consolida el sentimiento de las nuevas nacionalidades. No sólo la lucha entre lengua vulgar y latín, sobre la cual se detiene particularmente Hall, sino también la tendencia del italiano — y, aunque en forma distinta, de las lenguas hermanas — a adquirir la dignidad y la regularidad del latín, es un testimonio de esta nueva conciencia nacional. Por esta razón el purismo de la tradición toscana puede ya en esos tiempos interpretarse algunas veces en sentido nacional más bien que regional; mejor dicho, ya empieza a esbozarse una situación [2] cuyo desarrollo dará dos siglos más tarde a la « Cuestión » el cariz preponderante de una lucha contra el elemento extranjero (págs. 8 y 22), que será entonces el francés. En este sentido la « Cuestión » — como los debates paralelos del renacimiento español y francés — señala el último fin de la unidad espiritual del viejo mundo románico.

Quedaría también por ver cómo este concepto social del lenguaje y los demás, que en cierto sentido — como prueba Hall — son un hallazgo del Renacimiento, y que efectivamente corresponden a un tipo de cultura y de intereses desconocido en la Edad Media, encuentran su expresión concreta dentro de los moldes del pensamiento clásico. Alguna cita, de vez en cuando, al menos como punto de referencia, no estaría mal. Por ejemplo, las famosas observaciones de Bembo, Castelvetro, Tolomei sobre correspondencias regulares entre sonidos italianos y latinos, y sobre los dobletes, pueden interpretarse como leyes fonéticas formuladas por adelantado; sin duda alguna, todas ellas expresan en forma analí-

[1] Véanse reseñas en *Lan*, XIX, págs. 177-9 (G. Bonfante); *Italica*, XIX, págs. 175-7 (H. R. Kahane); *MLN*, LVIII, págs. 571-72 (Ch. S. Singleton).

[2] Baste recordar aquí cómo la plantea el espíritu libre de Castiglione: « Medesimamente dove occorrerà, sappia parlar con dignità e veemenza; e concitar quegli affetti che hanno in se gli animi nostri... Io vorrei che'l nostro Cortegiano parlasse e scrivesse di tal maniera; e non solamente pigliasse parole splendide ed eleganti d'ogni parte della Italia, ma ancor lauderei che talor usasse alcuni di quei termini e Francesi e Spagnoli, che giá sono dalla consuetudine nostra accettati. Peró a me non dispiacerebbe che occorrendogli dicesse *primor*: dicesse *accertare*...: dicesse *un cavalier senza rimprocchio*... ed altri tai termini, pur che sperasse essere inteso. (*Il Cortegiano*, ed. Sonzogno, Milán, 1890, pág. 59).

tica la conciencia de una posición histórica completamente nueva y proceden de un nuevo espíritu de observación. Sin embargo, claro está que la forma concreta de estos análisis procede directamente de la tradición de la gramática latina, cuando cuestiones de arcaísmo o de grafía la empujaban a « descubrir » el rotacismo u otras correspondencias con el latín arcaico y rústico, o bien con el griego [1].

La verdad es que la valorización de la « Cuestión » para aclarar algunos aspectos teoréticos que la consideración del lenguaje consiguió durante el Renacimiento italiano empuja necesariamente a mirar mucho más allá, por lo menos a la forma con que en Francia y en España se plantearon problemas paralelos, y a mirar sobre todo el nuevo espíritu filológico que descuella al elaborarse en general la gramática de los idiomas románicos [2]. Todo esto lo sabe Hall muy bien; pero el método de la delimitación de los problemas está allí para contenerlo.

Ahora bien, esta delimitación tiene sus ventajas, pero, en cuanto se aplique a una valorización o interpretación histórica, lleva consigo desventajas evidentes. Éste es un reparo que afecta mucho menos a Hall que a un método de investigación, mejor dicho, a una forma mental. Se da la casualidad de que este ensayo haya aparecido casi simultáneamente con la segunda edición del *Castellano y español* de Amado Alonso [3]. El contraste no podría ser más chocante e instructivo. El libro de Alonso es « la historia espiritual de tres nombres », procede por el camino real de la historia y ubica las teorías lingüísticas de Herrera o de Aldrete, etc., en la atmósfera cultural en que han nacido. Sólo acá y allá, cuando la oportunidad se le ofrece, Alonso señala episódicamente conceptos que parecen adelantar los de la lingüística moderna. El proceder de Hall es completamente

[1] Remito, por ejemplo, a Quintiliano, *Institutiones oratoriae*, lib. I, IV, 13-14. Análogamente, cuando Hall nota que el Renacimiento italiano se fija con interés nuevo en las diferencias individuales (págs. 34-35 y 63-64), hasta en la pronunciación, y cita a Trissino (diferencias entre hermanos) y a Varchi (« come tutti gli uomini hanno nello scrivere differente maniera l'uno dall' altro, cosí hanno ancora differente pronunzia nel favellare »), cabe recordar lo que por cierto recordaban Trissino y Varchi : pasajes similares de clásicos ; por ejemplo, el *De Oratore* (III, XI 40-XII 45), donde Craso ensalza el exquisito y natural primor de la pronunciación urbana de su suegra Lelia : « facilius enim mulieres incorruptam antiquitatem conservant, quod multorum sermonis expertes ea tenent semper quae prima didicerunt ».

[2] La cuestión ya está planteada en su conjunto en G. Gröber, *Humanitätsstudien und romanische Philologie. 16 und 17 Jahrhundert*, en *Grundriss der rom. Phil.*, 2ª ed. 1905, I, págs. 9-34 ; Karl v. Ettmeyer en *Geschichte der indog. Sprachwissenschaft*, Estrasburgo 1917, págs. 231-257. Hall remite a Trabalza y a Kukenheim en la nota bibliográfica de la pág. 63 (compárese también A. Pagliaro, *Sommario di linguistica arioeuropea*, I, *Cenni storici e questioni teoriche*, Roma, 1930, págs. 47-48). Sin embargo, al estudiar las bases renacentistas de la filología y de la lingüística románica, lo más interesante es darse cuenta de que este espíritu de investigación histórica procedía justamente de que las naciones románicas habían alcanzado en aquel entonces la plena conciencia de su propia lengua. Es éste un momento de valor trascendental para el desarrollo metódico de la lingüística histórica. Me permito remitir para el planteo de esta cuestión a mis apuntes en *Etimologia (Enciclopedia Italiana*, XIV, págs. 455-59) y *¿ Qué es la lingüística ?*, Buenos Aires, 1942, pág. 17. Véase también L. Olschki, *Struttura*, etc., Bari, 1935.

[3] *Castellano, español, idioma nacional*, 2ª ed., Buenos Aires, 1943.

opuesto : todo su ensayo gira alrededor de los capítulos centrales en los cuales busca sistemáticamente los elementos modernos que asoman en la lingüística renacentista. Este método de investigación, desde el punto de vista de la historia de la lingüística, es legítimo y correcto, y efectivamente es muy común. Con el mismo criterio, si es preciso un ejemplo, Emilio Teza, en 1893, había presentado a los filólogos, y estudiado, el análisis de los sonidos italianos hecho por Giorgio Bartoli [1]. Claro está que Hall se da cuenta (pág. 52) de que lo encontrado por él no pueden ser sino elementos sueltos a los cuales les falta el soporte de un conjunto ideológico para darles su pleno valor doctrinal y metódico ; en otras palabras, le falta al Renacimiento algo que corresponda a las premisas ideológicas de la lingüística moderna. Hall, por otro lado, tiene que considerar estos elementos fuera de las ideas y sentimientos que le dieron su concreto y verdadero sentido. No sólo la saña o los caprichos de uno u otro gramático, sino también las ideas estéticas, literarias, filosóficas, sociales, el espíritu regionalista o nacionalista, se le presenta forzosamente como elementos perturbadores en su investigación [2].

Y forzosamente esta posición inicial ofusca lo bueno que hay en el último capítulo, en el cual considera la cuestión desde el punto de vista de la historia no de la lingüística, sino de la lengua italiana. Sólo en virtud de esta posición puede Hall afirmar que el debate de si la lengua de los italianos debía llamarse italiana o toscana, etc., era en verdad un problema ilusorio, poco más que una mera cuestión de nombre (págs. 52-53).

Pasando a los siglos XVII y XVIII (pág. 54), Hall observa que los fundamentos de la « Cuestión » se mantienen sustancialmente inmóviles : « Cesarotti y Perticari repiten a Trissino. La situación en los tiempos de Manzoni permanece — con respecto a la faz teorética de sus argumentaciones — exactamente la misma que en la edad de Varchi ». Aquí sería oportuno precisar algunos puntos : las bases teoréticas de Cesarotti y también de Manzoni (huelga recordar el *Sentir messa*) se remontan, hablando con rigor, a la Ilustración, más bien que al Renacimiento ; sin embargo, es muy cierto que la forma y las soluciones del debate en el siglo XVIII y a principios del XIX reanudan directamente las del siglo XVI. Hall se fija en lo singular que es esta persistencia de una cuestión que en España y en Francia había muerto dos siglos antes, y lo explica muy correctamente con el hecho conocido de haberse realizado en Italia la unificación de la lengua sólo durante el siglo pasado [3]. ¡ Qué fácil hubiera sido para Hall profundizar, aunque en sín-

[1] Emilio Teza, *Un maestro di fonetica nel cinquecento*, en *Studi di Filologia Romanza*, XVII (1893), pág. 1 y sig.

[2] Véanse págs. 9, 19, 31, 43 y 48.

[3] Hall (pág. 54) habla, para el período anterior, de una « unificación — aunque no absolutamente completa — en las clases superiores », y del « toscano, aunque no completamente puro », que se había generalizado en Italia entre las clases superiores. Está bien, con tal que se entiendan esas expresiones en sentido muy restrictivo. Huelga mencionar el caso de Alfieri, y lo que dice de lo extranjera que era para él la lengua italiana cuando empezó a escribir tragedias. El caso de Alfieri tiene algo excepcional, procediendo de un país de cultura francesa ; sin embargo, se nota simultaneamente en Alfieri un sentimiento de lo poco sincera y viva que era para él esta lengua, muy próximo al que hay en la base de la teoría de Manzoni.

tesis, este concepto, si su posición lo hubiese empujado a ahondar más directa y resueltamente los momentos espirituales que están debajo de la « historia exterior » de la lengua italiana [1] ! La « Cuestión » se aviva otra vez en Italia desde Cesarotti hasta Manzoni — con Monti, Leopardi, Giordani, etc. — cuando la vieja tradición de la cultura italiana se incorpora definitivamente en las corrientes europeas y se afirma la exigencia de un pensamiento moderno. En la raíz de la polémica contra el arcaísmo en el siglo XVI está también la exigencia de un pensamiento nuevo. Conforme al gusto del tiempo, podemos sintetizarla en el verso que Berni arroja contra los petrarquistas : « Ei dice cose e voi dite parole ».

Hay más : tomemos por ejemplo a Castiglione ; su posición, muy liberal con respecto a la lengua, sabemos que brota naturalmente del ideal de estudiada simplicidad, de « sprezzatura », de horror a la afectación, que encuentra en el primer libro del *Cortegiano* una expresión muy completa, ideal de vida y de arte. Sus fundamentos clásicos son evidentes, evidente es su carácter renacentista [2] ; sin embargo, salta a la vista que las teorías de Castiglione se animan y toman sentido dentro de la forma particular de su temperamento y de su gusto. Ahora bien, para muchos escritores, por debajo de este debate hay un problema de estilo. Ésta ha sido una de las interpretaciones que la crítica moderna intentó dar al primer libro del *De vulgari eloquentia* [3] ; hasta el *Proemio* del *Archivio*

[1] Huelga recordar que los motivos fundamentales para una interpretación de la « Cuestión » en este sentido ya están en De Sanctis. Para los siglos XVIII-XIX, véase *L'ultimo dei puristi* en *Saggi critici* (cito por la ed. de Milán 1914, II, págs. 135-169) y *Storia della letteratura italiana*. Bari 1912, págs. 343-47 y 414 ; para el S. XVI : *Storia* II, págs. 79 y sigs. y 123.

[2] Véase Menéndez Pidal, *El lenguaje del siglo XVI*, en el volumen *La lengua de Cristóbal Colón*, Buenos Aires, 1942, págs. 75-76. A los testimonios que menciona me permito agregar, por su contenido específico, la definición de la *urbanitas* dada por Cicerón en el pasaje que se mencionó anteriormente : «... quum sit quaedam certa vox Romani generis urbisque propria, in qua nihil offendi, nihil displicere, nihil animadverti possit, nihil sonare aut olere peregrinum, hanc sequamur neque solum rusticam asperitatem sed etiam peregrinam insolentiam fugere discamus ». Ahora bien, al lado del momento purista de esta definición — explicable con razones históricas — hay yuxtapuesta una actitud permanente, adversa a la *insolentia* por ser hija de afectación. La pronunciación de Lelia no es sólo castiza, sino natural : « sono ipso vocis ita recto et simplici est ut nihil ostentationis aut imitationis afferre videatur ». Huelga, por fin, recordar la moderación de Quintiliano: « sed opus est modo, ut neque crebra sint (verba ab antiquitate repetita) neque manifesta: quia nihil est odiosius affectatione (VIII, III 25).

[3] Se sabe que el *De vulgari eloquentia* dió lugar a una « Questione » dentro de la « Questione ». El resumen de Hall (págs. 4, 7, 11, 29, 39 y 49) es cuidadoso, correcto en su conjunto, una buena muestra de calidades sintéticas. Admite, con muchos, que el « volgare illustre » no ha existido nunca sino en la imaginación de Dante y de los « antitoscanos » y que la práctica de Dante está allí para desvirtuar su teoría. Se adhiere, por lo tanto, a la crítica más reciente, y piensa que el tipo de lengua a que Dante mira no es sino una abstracción. No menciona la interpretación del « volgare illustre » como un anhelo hacia la plenitud estilística de su propia lengua, que Dante había proyectado en las condiciones lingüísticas de entonces y expresado en forma escolástica, probablemente porque esta opinión, en la forma atrevida que le dió Bertoni, ha sido últimamente refutada por Ewert en un artículo (*MLR*, 1940, XXXV, págs. 356-366) muy notable, que Hall mencio-

Glottologico, año 1872 (Hall lo considera con alguna razón el último acto de la « Cuestión »), en donde Ascoli ataca las bases históricas de la teoría de Manna. Ahora bien, estoy persuadido — y pienso desarrollar en forma menos incidental mi pensamiento — de que quizás se pueda llegar a una interpretación satisfactoria del *De vulgari eloquentia*, pero no será sino cuando se interprete a Dantecon Dante y nada más. No cabe duda de que el « volgare illustre » de Dante era para él una realidad : era la lengua de los poetas más prestigiosos de su tiempo (« Hoc enim usi sunt doctores illustres qui lingua vulgari poetati sunt in Italia, ut Siculi, Apuli, Tusci, Romandioli, Lombardi et utriusque Marchie viri », I, XIX). Además, hay que integrar el *De vulgari eloquentia* con el tratado primero del *Convivio*. No sólo porque un pasaje famoso (I, v) anuncia el propósito de tratar este tema en el *De vulgari eloquentia*, sino porque en el *Convivio* está lo que en el *De vulgari eloquentia* se da por subentendido : lo real, lo subjetivo que es el concepto de vulgar que Dante pone a la base de su vulgar ilustre. « E così lo volgare è più prossimo quanto è più unito, che uno e solo è prima ne la mente che alcuno altro, e che non solamente pre sè è unito, ma per accidente, in quanto è congiunto con le più prossime persone, sì come con li parenti e con li propri cittadini e con la propria gente... Per chè, se la prossimitade è segno d'amistà... manifesto è ch'ella è delle cagioni stata do l'amore ch'io porto a la mia loquela, che è a me prossima più che l'altre » (I, XII 4-7). Esta « loquela » es el habla de Florencia (« la tua loquela ti fa manifesto / di quella nobil patria natio alla qual forse io fui troppo molesto », le dice a Dante Farinata). El efecto de esta amistad es doble : Dante ha mostrado ya su amor hacia el romance con su actividad de poeta, así como ahora se prepara a forjar con él un instrumento de ciencia. Esto es, según mi parecer, el propio problema estilístico de Dante en aquel momento. Dante, ora lo ve polémicamente (« Intra li uomini d'una lingua è la paritade del volgare : e perchè l'uno quella non sa usare come l'altro, nasce invidia » I, XI, 16), ora sentimentalmente (« per che si conchiude che non solamente amore, ma perfettissimo amore sia quello che a lui debbo avere ed ho »). Sin embargo, Dante no olvida que a su posición compete un valor universal, y lo subraya considerando el efecto recíproco que se desprende de su amor hacia el romance : « Anche é stato meco [il volgare] d'uno medesimo studio, e ciò posso così mostrare : ciascuna cosa studia naturalmente a la sua conservazione : onde, se lo volgare per sá studiare potesse, studierebbe a quella ; e quella sarebbe, acconciare sé a più stabilitade, e più stabilitade non potrebbe avere che in legar sé con numero e con rime... » I, XIII 6-7). Este vulgar, vigorizado ya, « sarà (nótese el cambio de tiempo) luce nuova, sole nuovo, lo quale surgerá la dove l'usato tramonterà, e darà lume a coloro che sono in tenebre e in oscuritade, per lo usato sole che a loro non luce ». Aquí tenemos los motivos fundamentales del *De vulgari eloquentia*. Estamos en los antípodas de Manzoni, no porque uno sea « toscano » y el otro « antitoscano », no porque Dante encabece una tradición que Manzoni en cierto sentido concluye, sino porque el espíritu de Dante — y reflejadas en él, las condiciones de su tiempo, que afectaban no sólo a Florencia sino a Italia entera — necesitaban estilizar la expresividad nativa del idioma, a la cual por lo contrario Manzoni necesitaba volver.

Al hablar de Hall, aprovecho la oportunidad que se me ofrece para hacer una declaración de la que le soy deudor a él y a los lectores de esta revista. En mi reseña de la *Bibliography of Italian linguistics* de Hall (*RFH*, V, págs. 168-173) lamentaba no encontrar mención de la *Italienische Umgangssprache* de Spitzer, y de unos temas de geografía dialectal que están en la *Enciclopedia italiana* (Abruzzo, Basilicata, Calabria, etc.). Estaba yo equivocado, ya que estos escritos están efectivamente asentados en sus secciones respectivas. La bibliografía de Cerdeña, que yo echaba de menos en este libro, la ha publicado posteriormente Hall en *Italica*, XIX.

zoni, desemboca en una cuestión de estilo y de allí trae su fuerza polémica: Ascoli defiende la razón de ser de su propia lengua [1]. La formación de la lengua nacional en Italia procede por medio de una tradición tan lenta y sinuosa, manifestando desde sus orígenes un contraste tan característico entre lengua culta y vulgar, que cada escritor, al reflexionar sobre su propio estilo, no puede por menos de considerarlo dentro del esquema de condiciones generales, cristalizado en la « Cuestión de la lengua », y cumple con la obligación previa de solucionar por su cuenta el debate, teórica o prácticamente. No sólo Dante, o Boccaccio, o Bembo, o Castiglione, sino también Alfieri, Leopardi, Carducci:

... La favella toscana ch'é si sciocca
Nel manzonismo degli stenterelli,
Canora discendea, co'l mesto accento
Della Versilia che nel cor mi sta,
Come da un serventese del trecento,
Pieno di forza e di soavitá.

Hasta D'Annunzio, al enunciar en el prefacio del *Trionfo della morte* el ideal de su prosa, expresa al mismo tiempo el propósito de « concurrir eficazmente con ello a constituir en Italia la prosa narrativa y descriptiva moderna ».

En este sentido quizás la « Cuestión » no haya muerto todavía, ya que en ella está reflejado uno de los rasgos característicos del idioma. Leopardi lo llamaba libertad y nosotros podríamos más bien interpretarlo como una manifestación de la naturaleza fundamentalmente humanística de la lengua italiana.

Benvenuto Terracini.

Ramón Menéndez Pidal, *La unidad del idioma*. Discurso de inauguración del Instituto Nacional del Libro Español, Madrid, 1944, 35 páginas de texto sin numerar.

Amado Alonso, *La Argentina y la nivelación del idioma*, Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1943, 193 páginas.

Ya había tratado Menéndez Pidal este tema en *La lengua española*, artículo inaugural de la revista *Hispania* de California, 1918, pero ahora lo desarrolla con esplendor y profundidad: a pesar de la enorme extensión de su territorio, la unidad del español es hoy un hecho real gracias a la concordancia de las gentes cultas de todos los países en el modelo de la lengua literaria; y, a pesar de los temores de Rufino José Cuervo, nada se vislumbra en el porvenir que amenace romperla. La réplica a Cuervo, que abarca casi todo el discurso, es una magistral exposición teórica de los cambios lingüísticos.

Cuervo, dejándose arrastrar al final de su vida por ideas de Pott que antes había desechado, llegó a creer en la inevitable disgregación del español como un hecho « natural » y « fatal », tal como se ve en la historia del latín imperial y su fragmentación. (Que se me dispense la satisfacción de ver encarada la cues-

[1] Véase *Archivio glottologico italiano* XVII, págs. 16-20; XIX, págs. 129-131.

tión por el maestro de la filología española en los mismos términos con que yo la encaré en *El problema de la lengua en América*, Madrid, 1935; a mi vez reitero aquí con agradecimiento cuánto debió la orientación entera de aquel librito al primer artículo de Menéndez Pidal en *Hispania*.) Las ciencias naturales, dominadas por el evolucionismo de Darwin, estaban en su fresco apogeo, y en los cultivadores de las humanidades se despertó un deseo de emulación imitativa. Pott, Schleicher y secuaces concebían las lenguas como organismos naturales y autónomos, y su evolución como la marcha de procesos internos ajenos a la voluntad de los hablantes. Contra esta concepción naturalista se reaccionó pronto con encomiable repugnancia (ya en los días de Cuervo; Menéndez Pidal nos revela la causa de su tardía adhesión en el general pesimismo que desencadenó en Cuervo su senectud prematura), y los neogramáticos la desalojaron con otra que veía cada lengua como un producto acumulado de la historia de su colectividad. A principios de siglo aparece y se extiende, compartiendo con los neogramáticos el comando de nuestra ciencia, la concepción sociológica del lenguaje, con su disciplinada falange de lingüistas suizos y franceses que adoptan las doctrinas de Ferdinand de Saussure. (Se le suele llamar escuela de Ginebra por el asiento de su fundador, pero París ha dado ilustres secuaces: Meillet, Vendryès, Brunot, etc.) Con la escuela sociológica nuestra ciencia gana firmeza y amplitud al poner en primer plano, como objeto y tema de la lingüística, el funcionamiento del «sistema» de cada lengua, sistema de funcionamiento y procesos de evolución automáticos y extrapersonales («la langue est un fait éminemment social», es el repetido lema). Mucho de las concepciones historicistas y sociológicas es de valor permanente, sobre todo en los métodos científicos de averiguación y crítica que promovieron y desarrollaron. Ambas, además, coinciden por el lado filosófico en desechar la interpretación biologista anterior; pero ambas son tan positivistas y deterministas como ella, y, como deterministas, tenían preferencia por aquellos aspectos del lenguaje que más se asemejaran a la materia inerte y más se alejaran del espíritu y sus iniciativas. De ahí el hincapié que unos y otros han hecho en el carácter automático, inconsciente, involuntario e ingobernable de los cambios lingüísticos, no ya según leyes «naturales», pero sí según leyes «históricas» (neogramáticos) o «sociológicas» (saussureanos), que escapan igualmente a la acción de los individuos. Concepciones deshumanizadas y desespiritualizadas de un fenómeno — el lenguaje — específicamente humano y espiritual, contra las cuales se alzó Karl Vossler en valiente campaña polémica y de propaganda, atacando primero a los neogramáticos (*Positivismo e idealismo en la lingüística*, 1904; *El lenguaje como creación y evolución*, 1905), y después, más respetuosamente, a los saussureanos (*Aufsätze zur Sprachphilosophie*, 1923; traducción española con el título de *Filosofía del lenguaje*, Madrid, 1941 y Buenos Aires, 1943). La Estética-Lingüística de Croce le despertó contra el positivismo; las profundas y olvidadas ideas de Humboldt dan a sus doctrinas consistencia constructiva. Con Vossler, la actividad espiritual se impone como tema central de la lingüística, lo mismo en el funcionamiento que en la evolución de las lenguas. Todo es acción del espíritu, ya de un individuo («creación»), ya de los gustos colectivos («evolución»). Teóricamente, Vossler nunca desestimó la solidez científica y el rigor técnico de los positivistas, pero es lo cierto que en la práctica él no hacía mucho esfuerzo por alcanzar tales virtudes. Eso sirvió a los recal-

citrantes para tildar a las nuevas doctrinas de diletantismo, confundiendo adrede la validez de los principios con el modo de su aplicación circunstancial. A pesar de todo, las nuevas ideas se infiltraron por todas partes; hasta un ortodoxo saussureano como Charles Bally, en las sucesivas ediciones de *Le langage et la vie* (hay ahora traducción española, Buenos Aires, 1941), ha ido cediendo desde fórmulas como « los cambios lingüísticos son involuntarios e inconscientes » hasta « son en gran parte involuntarios e inconscientes ». Ha sido una bendición que defienda y practique la concepción espiritualista del lenguaje (quizá más a lo Schuchardt que a lo Vossler) un maestro de la lingüística más rigurosamente científica (un superador de todas las técnicas, podríamos decir recordando su invención del método cronológico-geográfico en los *Orígenes del español*): Menéndez Pidal — y sé que en este punto le gustará recordar a su maestro Gaston Paris — se negó desde el principio de su carrera a aceptar la separación de filología y lingüística, que los positivistas postulaban porque en la lengua de la literatura se topaban, sin elusión posible, con el espíritu y su libre acción. De la identificación de las dos disciplinas Menéndez Pidal ha traído a la ciencia frutos de primordial valor teórico: en la historia literaria superó el concepto de « poesía popular » con el de « poesía tradicional », o, si se quiere, introdujo el segundo en el primero, con lo cual aclaró probatoriamente los procesos literarios de la creación popular [1]; y ahora esta nítida idea de los procesos de la trasmisión literaria le ha llevado a explicar los de los cambios lingüísticos. Ya le habíamos visto en los *Orígenes del español*, a propósito de la diptongación romance, prestar atención especial a la intervención del individuo y de su intención expresiva en los cambios lingüísticos, y en las *Adiciones* de la segunda edición, págs. 577-579, defender su idea brillantemente contra los reacios defensores del automatismo y de la mera inercia, extendiéndola a toda una serie de cambios cumplidos por el español; pero en este discurso, y a propósito del porvenir del español en América, es donde desarrolla magistralmente su concepción de cómo participa el individuo en la historia de su lengua: su base es la identidad de todos los procesos de tradición. Por dar a esa página excepcional la necesaria difusión, voy a transcribirla íntegra:

« Debemos ahora insistir en desechar toda semejanza de los principios que rigen el lenguaje, como función del espíritu, con las leyes naturales. Del lado de la Naturaleza conocemos el hecho global, previsible, como regido por leyes dotadas de regularidad; del lado de la vida social humana conocemos el hecho individual y se nos presenta destacado, decisivo, llevando consigo la absoluta incertidumbre del futuro, siempre imprevisible.

« Es verdad que cuanto más la actividad social humana es ejercitada por mayor número de individuos, más regularidad o normalidad reviste. Mientras que la historia política, en cuyo alto curso toma parte muy corto número de personas, es ante todo historia de individualidades, por el contrario, la historia del lenguaje, en el que intervienen absolutamente todos los individuos que componen una nación, alcanza tal regularidad que pareció estar regida por leyes inde-

[1] En *RFE*, 1916, III, págs. 270-276, y en su conferencia de Oxford, *Poesía popular y poesía tradicional en la literatura española*, recogida en el tomo titulado *Los romances de América y otros estudios*, Buenos Aires, 1939.

pendientes de la voluntad humana, pues en multitud de casos los resultados globales no dejan ver la iniciativa individual. Pero si volvemos nuestra consideración a la canción popular y tradicional, una actividad social también muy extensa, pero que, por desarrollarse entre menor número de individuos que el lenguaje, se deja observar mejor, vemos que la participación del individuo es libérrima dentro de ciertos límites que la tradición le señala : cada recitador de un romance o balada, en tensión poética o creadora, introduce variantes en el texto que recita ; jamás un romance se repite exactamente de igual modo, sino con variaciones individuales, aunque, sin embargo, a pesar de tantas modificaciones, el texto tradicional se conserva sin esencial alteración, ajustado al patrón heredado que a todos los recitadores se impone como modelo ejemplar y superior. Ésta es la conclusión a que llegamos en el estudio detenido de la transmisión oral de los romances. Y lo mismo cabe decir del lenguaje : la lengua está en variedad continua y en permanencia esencial. Cada hablante moldea los materiales que en su memoria ha depositado la tradición, los transforma ajustándolos al estímulo expresivo que le mueve a hablar, los vivifica dándoles una existencia singular que nunca tuvieron antes ni volverán a tener después jamás ; pero a pesar de eso, la lengua permanece en su identidad esencial, pues el individuo crea su habla en continuo ajuste y contraste con la comprensión del oyente y con el uso general de los demás hablantes. De un modo algo semejante, la escritura, forma gráfica del lenguaje, aparece personalizada en cada individuo, aunque a la vez reviste formas fijas y comunes a todos, pues ha de ser legible para todos.

« Así, aun admitida esta directa participación personal, es evidente que, siendo el lenguaje actividad colectiva de una sociedad humana, su desarrollo global es independiente de la voluntad del individuo, como decía el positivismo. Sin duda, el individuo por sí solo es impotente para alterar el curso de las modificaciones que el lenguaje tiende a sufrir ; pero también es evidente que los cambios que se produzcan en el lenguaje, siendo éste un hecho humano, serán siempre debidos a la iniciativa de un hombre, de un individuo que, al desviarse de lo habitual, logra la adhesión o imitación de otros, y éstos logran la de otros : en suma, el proceso de cualquier opinión o cualquier costumbre en un grupo humano, hasta hacerse propia de la mayoría. De aquí se deduce que cabe la propaganda en favor de tal o cual uso lingüístico, lo mismo que cabe en favor de tal o cual idea política, económica, jurídica o literaria cuyo triunfo se desea ; así que un individuo puede influir poderosamente en el lenguaje de la comunidad hablante, lo mismo que puede influir en una propaganda electoral : captándose adhesiones. Sólo que la propaganda lingüística no suele hacerse en forma de persuasión oratoria, sino mediante la enseñanza de la gramática, los estudios doctrinales, los diccionarios, la difusión de buenos modelos, el comentario de los autores clásicos, o bien inconscientemente, mediante el eficaz ejemplo que se difunde en el trato social o en la creación literaria ».

En este concepto de la relación entre el individuo y la sociedad funda Menéndez Pidal su razonable esperanza de que no se fraccione en el futuro el español general [1].

[1] Algunos colegas recelosos de las « teorías » (pero, Dios mío, ¿qué será nunca la ciencia más que teoría?) necesitan casos como éste para abrir los ojos y ver que la elabo-

En *La Argentina y la nivelación del idioma* he llegado a análogo vaticinio con la misma perspectiva filosóficolingüística, aunque atendiendo a nuevos factores históricos y a otros modos operandi. Si la lengua literaria es el más eficaz agente nivelador, ahora es cuando América empieza a ser parte activa en el mantenimiento de la unidad del idioma. Ahora, justamente desde el año 1937, y a causa de la guerra civil española. Hasta ahora Madrid era el centro único a la vez de producción y de difusión literarias: por eso era el centro único de unificación del idioma. Un libro argentino no iba al Perú, un libro mexicano no venía a Buenos Aires, si no se editaba y se distribuía desde Madrid [1]. Ahora la Argentina en primer lugar, y México en segundo, se han convertido de pronto en poderosos centros de la industria editora (dejando aparte para mayor claridad la actividad menor de otras capitales), y sus libros llenan las librerías de todo el continente. Por supuesto, producción de libros no es necesariamente de literatura. En su mayoría los libros son todavía españoles, y extranjeros traducidos por españoles, y sin embargo los efectos niveladores de la nueva situación han sido inmediatos y evidentes aun para los escritores españoles. Podríamos reducir la explicación a estos términos: hasta ahora los escritores y traductores españoles escribían (pienso en el acto de escribir) exclusivamente para el público español: ahora cuentan, al escribir, con los gustos de los americanos. Traductores españoles me han confirmado que evitaban algunos giros que aquí suenan a particularismos peninsulares, y que sin repugnancia empleaban otros americanos que no sonarían mal en España si allí se oyeran. Escritores españoles hay ahora en la Argentina y en México que hacen análogas renuncias y adquisiciones. Y del otro lado: traductores argentinos me consultan sobre ciertos giros familiares o simplemente vivaces, con el propósito de excusar los que circulen solamente aquí a favor de los de mayor alcance; como los localismos mexicanos o peruanos ofrecen el mismo conflicto, en tales casos se suelen preferir giros vivaces españoles conocidos en todas partes. Todo escritor tiene un colaborador imprescindible: el destinatario ideal, y de esta ley no escapa siquiera el poeta de torre

ración y el análisis de las concepciones básicas del lenguaje y de la lingüística no son devaneos al margen de la investigación concreta, sino una necesidad elemental del oficio. Toda interpretación de los hechos particulares se cimienta en alguna concepción básica del lenguaje como fenómeno humano general, en unos conscientemente buscada, criticada y mantenida, en otros gregaria y pasivamente admitida.

[1] Por supuesto, el aislamiento literario de los países Americanos era sólo relativo. A las redacciones, si no al público, llegaban diarios y revistas de otros países, y algunos hombres selectos dispersos por todo el continente seguían con cordial atención la vida literaria de todas partes. Una poesía que gustaba — me comenta Pedro Henríquez Ureña —, un artículo, un cuadro de costumbres se reproducía en muchos diarios y revistas de diferentes países (la tijera era el más frecuente secretario de redacción). Así pudo formarse al final del siglo pasado un movimiento literario c o n t i n e n t a l y sin intervención de España, un nuevo estilo de poesía y de prosa, el modernista, que poco después la extraordinaria personalidad artística de Rubén Darío hizo triunfar también en España.

Sin embargo, no creo que esta justa observación altere mi valoración de los hechos: lo que América hizo una vez por excepción con medios de propagación tan precarios, lo hará en adelante con normalidad ahora que cuenta con un nuevo y formidable instrumento de intercomunicación: la industria del libro y su comercio internacional.

de marfil. Y así como Menéndez Pidal se ha valido de los procesos de la trasmisión literaria popular para aclarar los de la evolución lingüística, así quisiera yo valerme de esta evidente intromisión del destinatario en la elaboración de la obra literaria para explicar tanto el funcionamiento como la evolución de una lengua. En todo acto de lenguaje hay un trabajo de acomodación interindividual; y justamente de esas acomodaciones recíprocas, y según su alcance, nace y se mantiene históricamente (es decir, en su realización concreta) la unidad de idioma, de dialecto, de patois, de jerga. Lo que ha solido herir la imaginación de los lingüistas es el porqué de los fraccionamientos de las lenguas, y a eso han dedicado mucho de sus esfuerzos, proponiendo y criticando series de causas y condiciones; pero, en realidad, la maravilla es que no se llegue a la disgregación total, que se formen unidades lingüísticas; y la averiguación de sus causas y modos sí que es un tema científico digno. Ahora bien, la formación y consolidación de áreas dialectales, la emersión de lenguas nacionales de entre los antiguos dialectos, o, al revés, el fraccionamiento de anteriores unidades lingüísticas, todo depende de un factor constante de varia realización histórica: los modos y el alcance de las acomodaciones recíprocas de los hablantes. Porque la historia de una lengua va saliendo cada día de su funcionamiento, y el funcionamiento sólo existe en la mente y en la boca de los individuos, y el individuo, cuando usa su lengua, tiene siempre un ojo espiritual puesto en su interlocutor para la elección de las expresiones y para el sesgo de las innovaciones. En suma, el hombre multitudinario se acomoda al destinatario tanto para la conservación como para la innovación, lo mismo que los escritores. Menéndez Pidal — y yo con él — confía, para el mantenimiento de la unidad de nuestro idioma, en la acción niveladora de la lengua literaria, ideal hacia el cual orientan su hablar cotidiano las personas cultas de todas partes. Y yo me pregunto en mi librito: ¿pero quiénes son los que van a ir haciendo la lengua literaria, el instrumento nivelador? Porque de ningún modo es natural a una lengua el disgregarse, como pensaban los naturalistas, pero a todas les es esencial el cambiar. La lengua literaria tiene un sentido tradicionalista más fuerte que la lengua hablada, pero, aunque con movimiento tardo, está regida por la misma ley de la constante evolución. Y ahora repito la pregunta: esta lengua literaria, expresión e instrumento de la unidad lingüística hispanoamericana, ¿quiénes la van a ir haciendo?

Si la lengua literaria fuese un sistema fijo (lenguas muertas, se llaman las tales), yo también aprobaría el lema de Puigblanch adoptado por Cuervo en sus *Apuntaciones* y encomiado por Menéndez Pidal: « Los españoles americanos, si dan todo el valor que dar se debe a la uniformidad de nuestro lenguaje en ambos hemisferios, han de hacer el sacrificio de atenerse, como centro de unidad, al de Castilla, que le dió el ser y el nombre ». Pero la lengua española no es una lengua muerta, sino en hechura permanente. Mirando a lo lejos, dentro de 100 años, dentro de 500, dentro de 1000, la lengua literaria (idéntica, sí, como todo objeto tradicional) habrá ido evolucionando en su sistema y mudándose en el material, abandonando unos elementos y creando otros. Hoy tiene la América española, aún semidespoblada, unos cien millones de habitantes; España veinticinco; dentro de unos siglos, quizá tenga cien millones la Argentina sola. ¿Es posible imaginar que los castellanos sean por siempre los encargados de ir imprimiendo en la lengua literaria sus transformaciones, y que los americanos, generación tras

generación, esperen a ver qué conservaciones y qué innovaciones han hecho los castellanos para adoptarlas ellos obedientemente? Dicho de otro modo: ¿es posible imaginar que los españoles sigan cultivando la lengua literaria como lengua viva y los americanos como lengua muerta? No se entienda que contrario en esto a Menéndez Pidal, que en su mente tan generosa como lúcida no cabe pensamiento tan tosco. Justamente a la «infeliz ocurrencia» de Clarín: «Los peninsulares somos los amos del idioma», responde con su característica nobleza: «¡Qué vamos a ser los amos! Seremos los servidores más adictos de ese idioma que a nosotros y a los otros señorea por igual y espera de cada uno igual acrecimiento de señorío». Sobre ese punto, un instante rozado ahora por Menéndez Pidal («y espera de cada uno igual acrecimiento de señorío»), es donde más he detenido mis reflexiones en el librito que comento. La lengua española conservará su unidad si, tiempo adelante, en el conservar y en el innovar, las acomodaciones son recíprocas entre españoles y americanos, entre argentinos y mexicanos y peruanos, etc. La lengua literaria, como instrumento expresivo de un pueblo o de muchos pueblos, se va haciendo con la acumulación de los inventos estilísticos, primero personales y luego generalizados. Acomodación recíproca en los actos de estilo, y acomodación recíproca en su gramaticalización es lo que mantendrá la unidad de la lengua. Y no es que predique, sino que me arriesgo a predecir. Hasta ahora los americanos han sido los únicos que se han acomodado a los otros en su escribir; los españoles se han comportado según la ocurrencia de Clarín. Pero la situación va a cambiar. Precisamente en estos días sale el primer gran cargamento de libros argentinos para España, y nada permite dudar de que el intercambio se mantenga y aumente en adelante con provecho recíproco. Los escritores peninsulares serán editados tan pronto en Madrid como en Buenos Aires o en México, y su destinatario natural — no digo calculado, sino intuído — será ya el enorme público americanoespañol. El juego de acomodaciones va a cambiar. Los lectores españoles se irán pronto familiarizando con ciertas expresiones americanas (unas viejas, bien españolas, olvidadas en su solar natal; otras nuevas y también *castizas*, 'conforme a la casta'), y dejarán de mirarlas como rarezas del extrarradio lingüístico. Y hasta la Academia, en algún siglo próximo, les dejará de poner la limitación de «americanismo» y las considerará simplemente de la lengua española. No es que sueñe con una lengua general uniformada y sin colorido geográfico: sin deshacer la unidad del idioma, bien cabe en un buen escritor el sabor regional, como cabe el estilo personal. Lo que yo veo, en suma, es que hasta ahora, por razones de historia cultural, la lengua literaria española ha tenido un centro único de formación y de irradiación, Madrid, porque Madrid ha sido hasta ahora el único centro hispanoamericano que ha irradiado literatura; y que desde ahora, según las perspectivas de la historia próxima, van a ser por lo menos tres (y pueden aumentar) los focos irradiadores de literatura, y por lo tanto, de lengua literaria: Buenos Aires, México y Madrid. Las acomodaciones recíprocas que esta nueva situación exige son las que van a asegurar la unitad de la lengua en su evolución nunca detenida, porque ellas son la condición y la expresión de que españoles y americanos formamos realmente una comunidad hablante. Y me parece evidente que sólo si la lengua literaria va viviendo como hechura cada día renovada por españoles y americanos, nacida

de unos y de otros, expresión viva de unos y de otros, tendrá también cumplida satisfacción la confianza de mi maestro — y de todos — en la enseñanza escolar como mantenedora de la unidad lingüística. (En el capítulo *El periodismo, la radio y el cinematógrafo* estudio formas nuevas y conflictos reales de acomodación lingüística de que he tenido experiencia. Los títulos de los otros capítulos son suficientemente explicativos: *Las Academias y la unificación del idioma; Intereses filológicos e intereses académicos en el estudio de la lengua; Para la historia de la enseñanza del idioma en la Argentina; El ideal artístico de la lengua y la dicción en el teatro.* Una rectificación para el estudio aquí comentado: el étimon f a c e + -a r i a > *acera*, aceptado por mí de los romanistas, *REWb.* 3130, debe desecharse en vista del más convincente árabe español *açcérat* 'el camino', que Asín Palacios, *Contribución a la toponimia árabe de España*, Madrid, 1944, pág. 42, da como origen del toponímico *Acera*, Palencia; si éste es, como creo, el origen del español *acera*, 'orilla pavimentada de la calle', el pensamiento inicial es en *acera* el mismo que en el argentino *vereda*, y mi triple oposición España *acera*, Argentina *vereda*, México *banqueta*, como ejemplo de variedades regionales — históricas — en el modo de ver las cosas, tiene que ser sustituída: por ej.: *vereda* = *acera*, *banqueta*, Santo Domingo *calzada* 'camino afirmado'.)

Amado Alonso.

Emilio Rodríguez Demorizi, *Vicisitudes de la lengua española en Santo Domingo.* Discurso de ingreso en la Academia Dominicana de la Historia. Con la contestación de Virgilio Díaz Ordóñez. Ciudad Trujillo, Santo Domingo, 1944.

En este trabajo, el señor Rodríguez Demorizi narra a grandes trazos la historia del idioma español en la isla Hispaniola desde el Descubrimiento hasta nuestros días. Señala hechos interesantes: cómo Colón, en enero de 1494, enviaba indios a España para que se les enseñase el castellano y se les devolviese a América, donde deberían servir de intérpretes; cómo fray Pedro de Córdoba, primer prior de los dominicos en la isla, predicó en el idioma principal hablado en ella, el taíno, y escribió allí una *Doctrina cristiana para instrucción de los indios*, que se imprimió en México en 1544; cómo fray Domingo de Vico, de la Orden de Predicadores, como fray Pedro, formó en 1544 un vocabulario taíno, ahora perdido; cómo la isla fué, no sólo el primer país de América donde los españoles adquirieron palabras indígenas, sino también el primero donde algunas palabras españolas adquirieron nuevos significados (*estancia, quebrada, alzarse*, etc.), según observó Cuervo; qué disposiciones se adoptan para la enseñanza de los nativos (por ejemplo, en real cédula de 1513 se manda enseñar *gramática* — es decir, latín — a los hijos de caciques); cómo conviven, durante breves años del siglo XVI, tres tipos de lenguas: la española, las indígenas (había tres en la isla, según Las Casas), y las africanas de los esclavos negros, pero para 1600 ya sólo existe la española; cómo se formaron bibliotecas (da como ejemplo la de Gonzalo Fernández de Oviedo) y qué libros circulaban a fines de aquella centuria (entre ellos la *Eneida*, los *Diálogos* de León Hebreo, y, con gran difusión, el *Vocabulario* y la *Gramática castellana* de Nebrija); cómo el castellano estuvo amenazado por el francés, de 1795 a 1844, pri-

mero a causa de la cesión de la isla que hizo España a Francia (la ocupación francesa sólo duró de 1800 a 1809), y luego a causa de la invasión de los haitianos (1822-1844), hasta su expulsión; cómo los próceres Núñez de Cáceres y Duarte ven en la lengua española un elemento de defensa de la nacionalidad incipiente (el himno de guerra contra los haitianos, escrito por Félix María Del Monte en 1844, decía: «¡Al arma, españoles!»; el autor puso después: «¡Al arma, patriotas!»); cómo la efímera reanexión a España (1861-1865) fué «empresa defensiva de nuestra hispanidad... en vista del inminente peligro haitiano»; cómo, a la vez que se mantiene el idioma español, aparece en la literatura el matiz criollo, en los *Cantos Dominicanos* de Del Monte, Nicolás Ureña de Mendoza y José María González Santín (1855), en la comedia *Cacharros y manigüeros* de Javier Angulo Guridi, y posteriormente en los versos dialectales de Juan Antonio Alix (y de Eulogio Cabral, a quien el autor no cita), así como en las *Criollas* de Arturo Pellerano Castro.

Trabajo sintético es éste de Rodríguez Demorizi, pero, dentro de su brevedad, contiene gran número de observaciones atinadas.

Pedro Henríquez Ureña.

John Crowe Ransom, *The new criticism*. Norfolk, Connecticut, «New Directions». 1941, 340 págs.

Cuando el autor de este libro nos dice que, por obra de Richards y Empson, de Eliot, de Ivor Winters, la crítica literaria en lengua inglesa ha hecho durante estos últimos años progresos considerables en precisión y en hondura, quiere decirnos que nunca ha demostrado tantas aptitudes para el análisis inmediato de los textos poéticos; o, con fórmula para él equivalente, que nunca había logrado delimitar con tanto rigor lo que en el poema es pura y específicamente poético: sus propiedades estructurales (*ontológicas*, las llama también Ransom). Y cuando en su crítica de los «nuevos críticos» halla que todavía les sobran impurezas de historia y psicología, ya no nos cabe duda de que estamos ante un testimonio más de esa concepción descriptiva e inmanentista de la teoría literaria que, nacida en parte como negación polémica de direcciones anteriores, tan familiar resulta hoy para el lector de otras lenguas.

Acaso la reacción sea más tardía y menos vehemente en la crítica inglesa porque el historicismo, el sociologismo y el psicologismo sistemáticos nunca llegaron a dominar en ella como en la francesa o en la alemana. Bien claro, no obstante, es el sentido de esa reacción. Cierto que no encontramos en el libro de Ransom alusión alguna a Valéry y a sus quejas *toujours recommencées* contra todo lo que en la crítica y en la historia de la literatura no sea investigación de los valores estrictamente literarios del lenguaje; ni tampoco se recuerda a Croce y su reiterada afirmación de que no hay más camino para la crítica que el interrogar al poema mismo y recibir impresión viva de él, que virtualmente nos traslade al momento original de la creación poética; pero ¿no es evidente que lo que guía a Ransom — como a los más sagaces teóricos y cultivadores de la «estilística», a partir de Vossler — es ese mismo afán de impedir que la unidad y singularidad de la obra literaria se deshaga en rasgos generales de época, en detalles de biografía e historia cultural, en los antecedentes, en las circunstancias,

en los alrededores de la obra misma? Es impulso comparable con el que en el estudio de las artes plásticas lleva a un Heinrich Wölfflin a subrayar la autonomía de los problemas específicos del arte (problemas de visión, y no de técnica, ni de ambiente cultural) y a hablar hasta de una « historia del arte sin nombres » ; o con el que en lingüística general mueve a un Ferdinand de Saussure a separar con no menor énfasis el punto de vista sincrónico del diacrónico. Es, en fin, tendencia que se nos aparece como rasgo común a muy diversas zonas del saber en los primeros años de este siglo. No puede deberse a casualidad el que tanto haya seducido a la filosofía, por esos mismos años, la idea de establecer, como labor primera y fundamental, una descripción de las puras formas en que los fenómenos se dan directamente a la conciencia, excluída toda explicación o supuesto genético.

Lo que a su vez quisiera Ransom ver excluído de la nueva crítica es el lastre impuro de moralismo, historicismo y psicologismo que ella sigue arrastrando. Y, como para medir el trecho que aún la separa de su propio ideal de análisis objetivo de la obra poética, examina en los tres primeros capítulos los principios de la crítica psicológica de Richards y Empson, los de la crítica histórica de Eliot y los de la crítica lógica de Winters [1]. En estos rótulos, claro está, un evidente afán de simetría ha llevado a simplificar las características de los respectivos autores, y Ransom se ve luego obligado a introducir en el curso de cada capítulo las necesarias aclaraciones, ampliaciones y reservas. Así, la crítica de Winters es « lógica » porque sobresale en la tarea de analizar lo que en sentido estricto llama Ransom la estructura del poema, es decir, su hilo central de significación ; pero el propio Winters suele conceder puesto primerísimo a la crítica de la actitud moral de los poetas que estudia, y ese género de consideraciones debiera desterrarse, para Ransom, del juicio objetivo sobre las obras literarias. La crítica de Eliot es « histórica » por su don de situar y valorar cada poema a la luz de la literatura toda [2] ; pero pocas doctrinas contemporáneas, se nos dice por otra parte, han ejercido tan benéfico influjo como su concepción *autotélica* de la poesía, es decir, su afirmación de que el valor estético del poema se debe comprender « como independiente del religioso, o ético, o político, o social ; como un fin que está más allá de esos otros fines, y no coordinado con ellos ». Del moralismo y del historicismo, insiste Ransom, debiera emanciparse la nueva crítica, y de ese psicologismo que, en gran parte por obra de Richards, estorba tan gravemente sus progresos. No llegará a ser crítica literaria la que se atenga al vocabulario de la psicología y se empeñe en apoyar sus juicios sobre referencias a reacciones afectivas e impulsos a la acción. El error, precisa Ransom, consiste en dar predominio a lo afectivo sobre lo cognoscitivo : en hablarnos de reacciones y actitudes psíquicas cuando se debiera hablar sólo de los objetos (correlatos objetivos) de esas reacciones y actitudes.

[1] 1. *I. A. Richards : the psychological critic. And William Empson, his pupil ;* 2. *T. S. Eliot : the historical critic ;* 3. *Yvor Winters : the logical critic.* La exposición final de *desiderata* lleva por título, consecuentemente, 4. *Wanted : an ontological critic.*

[2] Ya en este punto la calificación de « histórico » se presta a duda y ambigüedad. Un Edmund Wilson prefiere reconocer en Eliot, como en Saintsbury, precisamente un ejemplo de crítica comparatista y antihistoricista que tiende a contemplar en cierto modo el conjunto de la literatura como cosa inmóvil y eterna.

Fácil es asentir al rechazo de la crítica psicologista. Pero guardémonos de echar la soga tras el caldero. El « purista » Ransom parece admitir la posibilidad de estudiar en el poema correlatos objetivos que no sean al mismo tiempo portadores de valor; la posibilidad de reducir la naturaleza ontológica del poema a esos objetos « mentados » ; la posibilidad, en fin, de un estudio anestético de la poesía. Lo débil e ingenuo de su actitud resalta sobre todo cuando lo vemos insistir en que toda esa depuración por la cual aboga es necesaria para que de una vez se pueda hablar sobre poesía con exacto vocabulario técnico, como se puede hablar ya (?) sobre música y pintura. Por eso, porque no hay — dice — cómo hablar con exactitud de emociones y reacciones, tenemos que prescindir de ellas. El propio Richards reconoce que los sentimientos no pueden describirse directamente; Ransom infiere que es inútil para el crítico tomarlos en cuenta. Mala señal. Cuando del estudio de un objeto se eliminan aquellos aspectos sobre los cuales no se puede hablar con precisión, es porque no se quieren ver con precisión esos aspectos, y sí otros. Si una cosa importa, háblese de ella, aunque con otro léxico que el de las ciencias exactas. Para poder hablar de la literatura con precisión, hay ahora aficionados a la estadística que se han puesto a contar las letras, sílabas y palabras de poemas que no entienden, y a publicar sus sumas y sus porcentajes. ¿Tendremos que estarles agradecidos?

Pero vengamos, en fin, a los principios de esta crítica ontológica que Ransom propone. Consiste, nos explica, en analizar cómo se cumple en cada poema la peculiar combinación de su estructura con su textura, de una estructura lógica laxa con una textura local extraña a ella, y hasta estorbosa [1]. La estructura del poema es cierto « mensaje », cierto armazón de pensamiento — con estas y otras metáforas suele referirse a ella Ransom —, cierto hilo lógico, por muy laxo que se quiera, separable de la concreta forma verbal en que aparece. La textura es, en cambio, la suma de rasgos locales, de *particularities* y breves digresiones, heterogéneas o impuras con respecto al sentido lógico unitario, aunque no menos importantes que él para los fines de la poesía; « es el recurso poético principal y característico » (pág. 103): lujo de energía creadora que se despliega por caminos imprevisibles y da a las situaciones y objetos poéticos su peculiar densidad y pluralidad de sentidos. Ya en estas definiciones asoma sin duda cierta concepción dualista y negativa de la poesía, como si se diese a entender que lo propiamente poético es la suma de dos insuficiencias: una lógica laxa y unos añadidos y digresiones impertinentes. Y no es caso aislado en el libro. Negación tras negación nos ofrece Ransom en esta materia. La poesía es un « apartarse revolucionariamente por su textura de la convención del discurso lógico » (pág. 280); la heterogeneidad es su modo « específico y característico » (pág. 130). Las imá-

[1] « ...Irrelevant or foreign matter which is clearly not structural but even obstructive » (pág. 280). En el poema logrado, ha dicho Ransom en otro lugar, la estructura se combina « con un gran volumen de textura que no funciona » (Edmund Wilson, Norman Foerster, John Crowe Ransom, W. H. Auden, *The intent of the critic*, Princeton University Press, 1941, pág. 112; citado por Elder Olson en *Modern Philology*, Chicago, XL, 3, febrero de 1943, pág. 276). Implícitamente se señala también el carácter « no funcional » de la textura en esta otra afirmación del libro que comentamos (pág. 58): « El poema desarrolla sus particularidades locales mientras avanza hacia su realización funcional ».

genes del soneto LXXIII de Shakespeare analizadas por Empson en sus *Seven types of ambiguity* deben sus « maravillosas profundidades de sentido » a que no se ajustan al objeto real significado, sino que le son exteriores y tangentes (pág. 130). Expresiones poéticas como *light divine, turnings intricate*, contrarias al orden de palabras usual en inglés, son ejemplos de molesta inversión, sólo tolerable por razones de métrica (pág. 305). Negando, en fin, la existencia de la llamada « armonía imitativa », Ransom explica cómo no hay frase poética cuyo sonido o movimiento sea siquiera análogo al del objeto significado, y observa que, por el contrario, para que la frase suscite impresión de conformidad o armonía, es indispensable en ella la heterogeneidad de los dos elementos (pág. 326 y sig.). Bien está que se señale la tensión entre valores diversos como de suma importancia para el efecto total de la expresión poética; sólo que esa tensión, por serlo, supone justamente unidad e influjo mutuo, no una mera asociación arbitraria. Ransom no se detiene a examinar esa viva convergencia y colaboración. Una vez que ha separado, se olvida de unir.

Cuando por ventura llega a hablar de la poesía en términos positivos, su estudio parece renunciar sin titubeos al ideal de « precisión ». Desde luego, no se lo reprochamos, ni le reprochamos que, mientras acusa a Richards de acudir a inútiles nociones de psicología de los sentimientos y de la voluntad, nos defina a su vez el poema bello diciendo que es aquel que « avanza hacia la realización de una estructura lógica, aunque no sin a t e n d e r [1] a la peculiaridad local de sus componentes » (pág. 53), o bien (pág. 54) que es « un discurso objetivo que a p r o b a m o s, y cuyos pormenores objetivos n o s a g r a d a n »; pero ¿a qué polemizar entonces contra el empleo de nociones psicológicas? Agrado, aprobación, atención a detalles. No basta repetir la palabra *objetivo* para disimular el recurso a lo psíquico, a reacciones, sentimientos y propósitos en el poeta y en el lector. Más valiera reconocer desde el principio la importancia y los límites de esas nociones, que es vano querer borrar de la teoría literaria. Redúzcase a conocimiento puro la percepción de lo poético; no hay entonces más remedio que ensanchar desmesuradamente la noción misma de conocimiento. Inténtese eliminar toda referencia al proceso de creación de la obra poética y al de su comprensión; imposible hacerlo sin que pierda sentido la descripción estática de la obra misma. Destiérrese lo afectivo y estimativo; *il revient au galop*: así lo hemos visto *revenir* y campear por sus fueros — si no como confesada psicología, bajo el disfraz de una metafísica de moda — en aquellos análisis de la obra literaria emprendidos, hace años, por dos investigadores de la escuela de Husserl [2] con minucioso empleo de los métodos de descripción « fenomenológica ».

Ya en la « ontología » de Ransom, según queda dicho, las finas observaciones de detalle sobre la textura del poema aparecen invadidas por esa explicación retórica de las *particularities* como arbitrariamente agregadas a una previa estructura lógica. Pero el autor suele también pasar del análisis del poema concluso al de su génesis, y entonces es cuando con más crudeza se nos muestra su concepción negativa y dualista de la poesía. Nos habla, en efecto, de la estructura del poema

[1] El espaciado es nuestro, en esta cita de Ransom y en la siguiente.

[2] Roman Ingarden, *Das literarische Kunstwerk*, y Johannes Pfeiffer, *Das lyrische Gedicht als ästhetisches Gebilde* (ambas obras publicadas en Halle, 1931).

como de un « mensaje » o sentido inmóvil que por tanteos sucesivos — es decir, para él, por sucesivas desviaciones y falseamientos — debe ir acomodándose a las peculiaridades fónicas del verso [1]. ¿ Es que de veras cree Ransom que escribir un poema sea inventar un discurso en prosa y versificarlo luego a fuerza de renuncias y compromisos ? La « vacilación entre el sonido y el sentido » no la ve él como íntima y mutua configuración, sino como conflicto en que el sentido y el sonido se estorban, perjudican y desnaturalizan. Difícil es que de este modo se logre ir más allá de la vieja oposición retórica entre materia y forma, entre asunto y adorno, entre discurso lógico (o propio) y discurso poético (o impropio). Ni parece ver Ransom cómo las representaciones objetivas y las formas rítmicas suelen nacer en el poeta de un mismo impulso inicial, tensamente afectivo : de aquella « vaga tendencia a descargar cierta agitación de sentimiento » que busca a tientas el asunto de la obra futura — como explicaba Schiller en carta de 1796 a Körner —; de una confusa y honda inquietud, en fin, que no encuentra satisfacción sino cuando se desarrolla, articula y exterioriza en el poema.

Fácil es comprender cuánto ganarían, con una concepción más orgánica de la labor poética y de la obra poética conclusa, las muchas y muy atinadas observaciones de Ransom sobre la naturaleza del verso y sobre la lectura del poema como aprehensión simultánea de unidades de sentido y unidades métricas [2], sobre las características de la poesía contemporánea (válidas no sólo para la de lengua inglesa, a que él se refiere exclusivamente) y, en especial, sobre los pasajes poéticos que el autor cita para ilustrar sus afirmaciones y analiza con rara sagacidad. Porque Ransom es, entre los *new critics*, crítico avisado y sutil, y acaso no le falte más que advertir los peligros de ese empuje polémico con que tanta nueva escuela y tanto nuevo descubridor, en esta materia como en todas, suelen bajar al ruedo de la discusión para defender los títulos de su aportación propia a expensas de la unidad del conjunto. Al comienzo de esta nota hemos recordado las rotundas declaraciones de anti-historicismo comunes a Wölfflin, a Croce y a Vossler ; recordemos ahora su ulterior rechazo de toda crítica « purista y fragmentaria », como la ha llamado Vossler. Al formalismo de Wölfflin se ha opuesto expresamente Croce en uno de sus *Nuovi saggi di estetica,* y muchas son, en su copiosa obra de filósofo y de crítico, las páginas en que, con el mismo vigor con que en su juvenil *Estetica* defendía la especifidad del arte, señala y subraya su enlace con todos los momentos de la vida « circular » del espíritu. El propio Wölfflin, volviendo sobre sus *Conceptos fundamentales* [3], sólo reprochará al historicismo su ignorancia de lo que el arte tiene de específico, reconocerá a

[1] Esta idea domina las explicaciones de Ransom, y no es mucho lo que se gana cuando él mismo la completa afirmando también el proceso inverso (desviaciones y falseamientos del esquema métrico para adaptarse al sentido) y distinguiendo etapas intermedias en el doble esfuerzo de acomodación.

[2] « ...Ambas estructuras avanzan al mismo tiempo, ya que no con los mismos pasos. Con intervalos variables, dos pasos acaban juntos y otros dos pasos empiezan juntos » (pág. 317). Bien observado el hecho, aunque la manera de describirlo no sea irreprochable.

[3] « *Kunstgeschichtliche Grundbegriffe* » : *eine Revision,* en *Logos,* XXII, Tübingen, 1933, pág. 210 y sigs.

su vez que la historia de la visión artística está íntimamente coordinada con la historia total y no vacilará en condenar el uso mecánico y simplista de las cinco parejas de categorías propuestas en su famoso libro de 1915. Y Vossler denunciará como peligroso desvío de la crítica contemporánea el afán de buscar con rigor microscópico las chispas de lirismo dispersas en el conjunto del poema ; de ceñirse por principio al examen de cada obra como objeto individual, sin relación con la historia de su época ni con la de su pueblo, ni siquiera con las circunstancias biográficas del artista ; de rechazar en bloque conceptos auxiliares como el de género literario (desconociendo lo que puede haber de tradición vivida y re-creada en la adopción de modelos, de temas y de estructuras formales típicas) y tachar desdeñosamente de elementos parasitarios y prosaicos los recursos de construcción poética : como si, tras haber sido indispensables al poeta para dar orden y firmeza a sus aisladas intuiciones líricas, no apareciesen, en el poema logrado, fundidos con esas intuiciones en unidad íntima y final, más importante para la justa comprensión de la obra que los inconexos jirones de poesía pura en que esos críticos neorrománticos se detienen y extasían [1]. Por todas partes, pues, igual reconocimiento de la complejidad y unidad de la obra poética. A propósito de los análisis de Empson en los *Seven types* arriba citados, Ransom se congratula de que por fin la interpretación de los textos literarios haga pasar a primer plano lo que en ellos hay de cognoscitivo y objetivo, y comenta con alborozo : « Trabajos tan agudos y a la vez tan pacientes y consecuentes no los ha habido en la crítica inglesa, creo, antes de Richards y Empson. Se van haciendo frecuentes ahora... » Así sea, y vengan a enriquecer la investigación literaria coordinándose con estudios guiados por otros intereses y otras perspectivas. El conceder atención primordial a la unidad del organismo poético nunca significa, en los buenos críticos, olvidar la importancia de lo cognoscitivo y objetivo, sino, por el contrario, asignarle el sitio exacto que le corresponde en el conjunto de la obra, una y múltiple.

Raimundo Lida.

[1] *Puristiche und fragmentarische Kunstkritik*, en la misma *Logos*, XXII, pág. 203 y sigs. Véase ahora Leo Spitzer, *A new program for the teaching of literary history*, en *American Journal of Philology*, LXIII, Baltimore, 1942, especialmente pág. 315, nota, donde se señala con particular énfasis lo que hay de supervivencia religiosa en ese sentido de condición orgánica de la obra de arte, indispensable para « leer poéticamente los textos poéticos ». La *explication de textes*, observa Spitzer, proviene históricamente de la exégesis bíblica. Y bien clara es, añade, la resonancia del lenguaje religioso en aquella « devoción a las cosas mínimas » *(Andacht zum Kleinen)* que Jakob Grimm recomienda al filósofo.

RUFINO JOSÉ CUERVO: 1844-1911

La *Revista de Filología Hispánica* tributa su homenaje al insigne filólogo americano Rufino José Cuervo en el centenario de su nacimiento. Su *Diccionario de construcción y régimen*, aunque interrumpido en la letra *d*, es un riquísimo venero para los estudios históricos de sintaxis; sus notas a la *Gramática* de Andrés Bello, finas, penetrantes y certeras, la completaron orgánicamente, y la *Gramática* de Bello-Cuervo es hoy el mejor libro de consulta de que dispone la lengua española sobre la materia; su artículo *Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellanas* sigue ofreciéndonos hasta ahora la mejor representación de la pronunciación que daban los españoles a su lengua en el siglo XVI, a pesar de la media docena de libros dedicados después al tema; pero nosotros queremos honrarle particularmente por sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, porque con ese libro, aunque concebido en su primera edición como repertorio de enmiendas al localismo idiomático de una ciudad, se inaugura en las ediciones siguientes la lingüística hispanoamericana. Desde lo alto de Bogotá, Cuervo contempló el panorama lingüístico de toda la América hispana, y, al azar del originario plan educativo del libro, fué descubriendo y planteando los temas y problemas primordiales de la historia lingüística de América: la homogeneidad fundamental de sus cambios fonéticos y su profundo tradicionalismo español; la reducción a unidad histórica de la enredada diversidad geográfica de la conjugación; las reliquias, las transformaciones y los neologismos en la sintaxis; las distintas capas de indigenismos léxicos y sus diversos centros de expansión; la historia americana de palabras españolas; los problemas de la colonización idiomática y de la procedencia de los colonos; etc. Y siempre con erudición asombrosa, con juicio sereno y ejemplar altura de miras, que hacen de este libro un monumento imperecedero de saber y de virtud profesional.

ÍNDICE DEL TOMO VI

1944

ARTÍCULOS

Bénichou, Paul, *Romances judeo-españoles de Marruecos*..... 36-76, 105-138, 255-279, 313-381

Bonfante, Giuliano, *El nombre de Cataluña*..... 382-386

Corominas, Juan, *Indianoromanica, Estudios de lexicología hispano-americana*..... 1-35

— *Indianoromanica. Occidentalismos americanos*.....139-175, 209-254

Spitzer, Leo, *Español y portugués « decorar » 'aprender, recitar de memoria'*..... 176-186

NOTAS

Alonso, Amado, « *¡ Dios, qué buen vasallo ! ¡ sí oviesse buen señore !* ». 187-191

— *La identidad del fonema*..... 280-283

Avalle Arce, Juan Bautista, *Mateo Alemán en Italia*..... 284-285

Gatti, José Francisco, *Anotaciones a « La derrota de los pedantes »*... 77-82

Henríquez Ureña, Pedro, *Horacio en México*..... 286-292

— *Los jueces de Castilla*..... 285-286

— *Papa y batata. Notas adicionales, II*..... 388-394

Llorens Castillo, Vicente, *Papa y batata. Notas adicionales, I*..... 387-388

Moglia, Raúl, *Una representacion de Colegio en la colonia*..... 83

Sánchez Albornoz, Claudio, *De Sidonia a Segoyuela*..... 191-196

Spitzer, Leo, *Adición a « decorar »*..... 283-284

— *Las expresiones temporales « a lo que », « a la que », etc., en España y América*..... 394-395

RESEÑAS

Alonso, Amado, *La Argentina y la nivelación del idioma*. — Amado Alonso 402-409

Béquer, Gustavo Adolfo, *Rimas*. — José Francisco Gatti..... 293-294

Bodmer, Frederick, *The loom of language*. — Louis Furman Sas.... 290-293

Églogas y fábulas castellanas. I. (Siglos XVI y XVII). — Julio Caillet-Bois 202-203
HALL, ROBERT A., *The italian «questiones della lingua». An interpretative essay.* — Benvenuto Terracini 396-402
MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN, *La unidad del idioma.* — Amado Alonso ... 402-409
PARKER, ALEXANDER A., *The allegorical drama of Calderón. An introduction to the autos sacramentales.* — Pedro Henríquez Ureña 197-199
PIRES DE LIMA, JOAQUIM ALBERTO, FERNANDO DE CASTRO PIRES DE LIMA, *Romanceiro minhoto.* — Daniel Devoto 204-208
RANSON, JOHN CROVE, *The new criticism.* — Raimundo Lida 410-415
SÁNCHEZ Y ESCRIBANO, F., *Juan de Mal Lara. Su vida y su obra* 294
RODRÍGUEZ DEMORIZI, EMILIO, *Vicisitudes de la lengua española en Santo Domingo* 409-410
TORRES NAHARRO, BARTOLOMÉ DE, *Comedia Trophea.* — Frida Weber.. 200-202
ZAMORA VICENTE, ALONSO, *El habla de Mérida y sus cercanías.* — Ángel Rosenblat 287-290

Rufino José Cuervo: 1844-1911 416

BIBLIOGRAFÍA

SECCIÓN GENERAL

OBRAS BIBLIOGRÁFICAS 295
España 84
Portugal 84
HISTORIA 295
España 84
Portugal 84
DERECHO E INSTITUCIONES 295
RELIGIÓN 84, 295

CIENCIA Y ENSEÑANZA
Español 295
Portugués 296
ARQUEOLOGÍA Y ARTE 85, 296
VIAJES 85

LENGUA

ESTUDIOS GENERALES

Lingüística 85, 296
Estilística 85
Geografía lingüística 85
FILOLOGÍA ROMÁNICA 85
HISTORIA DEL IDIOMA 296

Español ... 85
Portugués ... 86
Gramática ... 296
Enseñanza del idioma ... 296
Español ... 86
Portugués ... 86
Fonética ... 86
Métrica ... 85, 296

Lexicografía

Español ... 86, 297
Portugués ... 87, 297

Dialectología

Extrapeninsular ... 196, 300, 409
Español ... 87, 297
Portugués ... 87, 298
Paleografía, diplomática, textos ... 87

LITERATURA

Literatura general

Literatura comparada ... 298
Literatura hispanolatina ... 87
Literatura hispanoárabe ... 88, 298
Literatura hispanojudaica ... 88

Literaturas regionales

Catalana ... 88
Gallega ... 88
Historia literaria ... 88
Temas ... 89, 299

Relaciones literarias

Obras extranjeras inspiradas en temas hispánicos ... 89
Influencias extranjeras ... 89, 299
Traducciones ... 89, 299
Autores y obras de géneros diversos ... 91, 302
Poesía ... 92, 302
Épica ... 92, 303
Romancero ... 92

Autores antiguos

Español ... 92, 303

Portugués 93, 304
Autores modernos 304
Español 94
Portugués 95
Teatro 95, 305
Teatro antiguo 305
Español 95
Portugués 96
Teatro moderno 306
Español 96
Portugués 97
Novelística 97
Autores antiguos 97, 307
Autores modernos 308
España 98
Portugal 100
Historia 309
España 100
Portugal 100
Literatura religiosa 100, 109

Tratados, Ensayos y Discursos

Autores antiguos 101, 309
Autores modernos 101, 310
Memorias, Epistolarios y Viajes 102
Periodismo 103

FOLKLORE 311

España 103
Portugal 103

ABREVIATURAS

DE REVISTAS Y LIBROS CITADOS EN ESTE TOMO

AACL — Anuario de la Academia Colombiana de la Lengua. Bogotá.
ABS — Ábside. México.
AIA — Archivo Ibero-Americano. Madrid.
AILC — Anales del Instituto de Lingüística. Universidad de Cuyo. Mendoza.
ALi — Argentina Libre. Buenos Aires.
AmerE — América Española. Cartagena. Colombia.
ASFM — Anuario de la Sociedad Folklórica de México. México.
AUSD — Anales de la Universidad de Santo Domingo. Ciudad Trujillo, Rep. Dom.
BAAL — Boletín de la Academia Argentina de Letras. Buenos Aires.
BADom — Boletín de la Academia Dominicana de la Lengua.
BAV — Boletín de la Academia Venezolana. Caracas.
BDH — Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana. Instituto de Filología. Buenos Aires.
BH — Bibliografía Hispánica. Madrid.
BSAL — Bolletí de la Societat Arqueológica Luliana. Palma de Mallorca.
BSS — Bulletin of Spanish Studies. Liverpool.
CienL — Ciências e Letras. São Paulo.
ClPH — Classical Philology. Chicago.
CuA — Cuadernos Americanos. México.
DH — Divulgación Histórica. México.
ELH — ELH A Journal of English Literary History. Baltimore.
FyL — Filosofía y Letras. México, D. F.
HispW — Hispania. Washington, D. C.
HR — Hispanic Review. Philadelphia.
Jud — Judaica. Buenos Aires.
LetrasM — Letras de México. México.
LitIn — La Literatura Internacional. Moscou.
Log. — Logos. Buenos Aires.
M — Musicalia. La Habana.
ML Forum — The Modern Language Forum. Los Angeles, Cal.
MLN — Modern Language Notes. Baltimore.
MP — Mercurio Peruano. Lima.
Nac — La Nación. Buenos Aires.
Nac — La Nación. Santiago de Chile.
Nos — Nosotros. Buenos Aires.
Orient. — Orientación. Buenos Aires.
Peruan — Peruanidad. Lima.
PhQ — Philological Quarterly. Iowa.
PMLA — Publications of the Modern Language Association of America. Baltimore.
PN — Petrus Nonius. Lisboa.
Por — Portucale. Pôrto.
PrL — La Prensa. Lima.
RAPE — Revista de la Asociación Patriótica Española. Buenos Aires.
RCMRosario — Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Bogotá.
RepAm — Repertorio Americano.
RevCu — Revista Cubana. Habana.
RevInd — Revista de las Indias. Bogotá.

RFH — Revista de Filología Hispánica. Buenos Aires-New York.
RHM — Revista Hispánica Moderna. New-York-Buenos Aires.
RNC — Revista Nacional de Cultura. Caracas.
RRQ — The Romanic Review. New York.
Rue — Rueca. México.
Sp — Speculum. A Journal of Mediaeval Studies. Cambridge, Mass.
SPh — Studies in Philology. Chapel Hill, N. C.
Sur — Sur. Buenos Aires.
UDLH — Universidad de La Habana. La Habana.
UMich — Universidad Michoacana. Morelia, Michoacán, México.
UnivPan — Universidad Nacional de Panamá. Panamá, R. de Panamá.
UnivSF — Universidad. Universidad Nacional del Litoral. Santa Fe, Argentina.
VF — Voz Franciscana. Bogotá.

Revista Hispánica Moderna

El Hispanic Institute in the United States, de Nueva York, y el Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras, de Buenos Aires, editan conjuntamente la Revista Hispánica Moderna y la Revista de Filología Hispánica, ambas complementarias en su objeto común de estudiar y difundir la cultura hispánica. La Revista Hispánica Moderna publica trimestralmente artículos, reseñas de libros y noticias sobre la literatura de hoy; textos y documentos para la historia literaria moderna; una bibliografía hispanoamericana clasificada; noticias acerca del hispanismo en este continente; y una sección escolar dedicada a los estudiantes de español.

Director : FEDERICO DE ONÍS

REDACTORES

Amado Alonso	Instituto de Filología
José M. Arce	Dartmouth College
Ángel J. Battistessa	Instituto de Filología
M. J. Benardete	Universidad de Columbia
Juan Guerrero	Universidad de Columbia
Irving A. Leonard	Universidad de Michigan
Félix Lizaso	Dirección de Cultura, La Habana
Jorge Mañach	Universidad de Columbia
Arturo Marasso	Universidad de La Plata
José A. Oría	Universidad de Buenos Aires
Ángel del Río	Universidad de Columbia
F. C. Tarr	Universidad de Princeton
Arturo Torres-Rioseco	Universidad de Columbia

Redactor bibliográfico : Sidonia C. Rosenbaum

Secretario de redacción : Andrés Iduarte

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN Y VENTA

4 dólares norteamericanos al año ; número suelto : 1 dólar

Países de habla española y portuguesa : 10 pesos argentinos al año; número suelto : 2,50 pesos argentinos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

HISPANIC INSTITUTE — 435 West 117th street, New York City

INSTITUTO DE FILOLOGÍA — San Martín 534, Buenos Aires

Los suscriptores y anunciantes de los países de lengua española y portuguesa deben dirigirse a la administración de Buenos Aires, y los de los Estados Unidos y demás países a Nueva York.

La correspondencia sobre asuntos de redacción debe dirigirse a Buenos Aires para la Revista de Filología Hispánica y a Nueva York para la Revista Hispánica Moderna

S U M A R I O

ARTÍCULOS

Paul Bénichou, *Romances judeo-españoles de Marruecos (conclusión)*, pág. 313; Giuliano Bonfante, *El nombre de Cataluña*, pág. 382.

NOTAS

Vicente Llorens Castillo y Pedro Henríquez Ureña, *Papa y batata (Notas adicionales)*, pág. 387; Leo Spitzer, *Las expresiones temporales "a lo que", "a la que", etc., en España y América*, pág. 394.

RESEÑAS

Robert A. Hall, Jr., *The Italian « questione della lingua ». An interpretative essay* (Benvenutto Terracini), pág. 396; Ramón Menéndez Pidal, *La unidad del idioma* (Amado Alonso), pág. 402; Amado Alonso, *La Argentina y la nivelación del idioma* (Amado Alonso), pág. 402; Emilio Rodríguez Demorizi, *Vicisitudes de la lengua española en Santo Domingo* (Pedro Henríquez Ureña), pág. 409; John Crove Ransom, *The new criticism* (Raimundo Lida), pág. 410.

Rufino José Cuervo : 1844-1911, pág. 416.

Printed in Argentina

Imprenta y Casa editora CONI. Calle Perú 684, Buenos Aires (República Argentina)

THE UNIVERSITY OF ILLINOIS AT CHICAGO
3 8198 318 940 028

BOUND BY
HNM